

II | ESCALA DE LOS DELIRIOS
Y FORCLUSIÓN DEL
NOMBRE DEL PADRE

5. ESTUDIO GENERAL DEL DESARROLLO DEL DELIRIO

Después de haber intentado en dos oportunidades aprehender la estructura de la psicosis, en principio en 1932, en una obra intitulada *Acerca de la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad* [*De la psychose paranoïaque dans ses rapports avec la personnalité*], luego en 1946, aprovechando el artículo «Consideraciones acerca de la causalidad psíquica» [*Propos sur la causalité psychique*], en ocasión de una atenta relectura de las *Memorias de un neurópata* de Schreber [1903] y del comentario de la obra que hizo Freud [1911], Lacan extrajo en su Seminario III [1955-1956] y en la *Cuestión preliminar a todo posible tratamiento de la psicosis* [*Question préliminaire à tout traitement possible de la psychose*] [1958-1959], el concepto de forclusión del Nombre del Padre.

Éste se difundió muy rápidamente, pero de manera tergiversada. Así, pudo expandirse la idea de que una de las características de la psicosis sería la ausencia de toda referencia al Padre en los enunciados de un sujeto. Se había producido allí una confusión entre lo imaginario y lo simbólico: la carencia paterna no es imaginaria, recordemos que Freud descubrió sin problemas la presencia central de un «complejo paternal» en el delirio de Schreber. En el psicótico, dicha presencia revela ser simbólica, lo cual significa que acusa la existencia de la estructura, que es «transfenoménica»: ¹ no está dada, se deduce. [Advirtamos que en las ciencias naturales siempre es así: las leyes, las constantes, sólo se extraen por la intermediación de construcciones que nunca están dadas directamente en los fenómenos.]

1. Según una expresión de J.-A. Miller. En el orig.: *transphénoménale*.

La rápida fortuna que conoció el concepto de forclusión del Nombre del Padre a partir de los años 1960, en buena parte reside en la comprobación inabarcable que revela que lo imaginario paternal –encarnado de diferentes maneras– tiene un lugar preponderante en la sintomatología de la psicosis. Pensemos por ejemplo en la magnitud que toman las figuras de Dios en un sujeto como Schreber –cuando, recordémoslo– antes de sus perturbaciones éste era librepensador. Ahora bien, no se trata de una anécdota excepcional. Desde principios del siglo XIX, Esquirol señalaba que había observado muchas veces alienados «nada religiosos antes de su enfermedad» convertirse después en creyentes practicantes. Advertía con agudeza que el hecho de haber abrazado la religión parecía «vinculado con su convalecencia».²

Desprovisto de la mediación paterna, para orientarse en un mundo con frecuencia descompuesto, pre-especular, fragmentado, el psicótico no dispone más que del eje imaginario; no obstante, en el seno de la multitud de los seres imaginarios, se introduce, como lo señala Lacan, «de una manera deformada y profundamente a-simbólica, la señal central de una mediación posible». El trabajo del delirio genera la producción de padres míticos con una notable frecuencia.

En presencia de la terrible amenaza de «dejarlo plantado», es decir, de ser abandonado por Dios, en la cual se adivina un eco remoto de la forclusión del Nombre del Padre, el delirio de Schreber parece orientado por una encarnizada tentativa de construir un Padre que aguante. Sin embargo, la tarea se revela difícil. En principio son llamadas las «almas difuntas», y surge toda una teoría: «centenares, si no millares», numerosos sacerdotes, un padre jesuita, un arzobispo, un canónigo, cardenales, «el propio papa», doscientos cuarenta monjes benedictinos, médicos, magistrados, los «veteranos» de la corporación «Sajonia», etcétera. Esos personajes no consiguen adquirir consistencia. Mucho mejor asegurada está la figura del principal perseguidor [*père-secuteur*],³ el profesor Flechsig. El «rey reinante» en persona se hace presente en lo que Schreber más tarde admitirá que había sido sólo una «visión onírica».

2. Esquirol, J.E.D. *Des maladies mentales*, I. París: Ballière, 1838. Pág. 233.

3. *N. del T.* Otro juego de palabras didáctico, en el original *père-sécuteur*, padre *sequor*, (lat.: el que sigue a otro, o va detrás de alguien) y también padre *secutor* (lat.: el gladiador que combatía contra el reciario: seguidor de éste en la lid, y *enémigo mortal*).

Lo que está forcluido en lo simbólico retorna en lo real; ahora bien, es manifiesto que nada regresa con más facilidad en el delirio que las figuras paternas, pacificantes unas, inquietantes otras.

En la patología de Schreber, la investigación de éste parece orientada hacia la instalación progresiva de una imagen paterna unificada, mientras que la metáfora delirante se establece alrededor de la noción de redención. Al final de la reconstrucción, Schreber se convierte en un mediador entre Dios y los hombres; gracias a ello puede consentir la fantasía inicial, es decir, que sería hermoso «ser una mujer copulando». Ser el elegido de Dios, ser el principal objeto de las atenciones de un padre parece conseguir calmar a Schreber. Ahora bien, se sabe que un gran número de delirios generan fantasmas de redención: reconciliar a los hombres con Dios, transmitir la palabra del Padre, anunciar la creación de un mundo mejor... eso es lo que evidentemente calma al psicótico. Y también lo que incita a suponer, en primer análisis, es decir, ateniéndose a la temática imaginaria, que le falta algo concerniente a la función paterna.

La pregnancia delirante de las figuras paternas, que ha favorecido el éxito del concepto de forclusión del Nombre del Padre, aunque frecuente, constituye a pesar de todo sólo un signo clínico accesorio, superficial y aleatorio. Lacan no insistió demasiado en ello, subrayando por el contrario, que ninguna formación imaginaria se revela suficientemente específica como para remitir a una estructura subjetiva de manera unívoca.

EL ESQUEMA CUATRIPARTITO DEL DESARROLLO DEL DELIRIO

La psiquiatría clásica puso en evidencia una estructura evolutiva del delirio que en la mayoría de los casos responde a una periodicidad tripartita: desde la perplejidad inicial hasta la sutura megalomaniaca, pasando por un período intermediario de elaboración inquieta. Como la sucesión de los períodos está relacionada con la deducción racional, y en consecuencia limitada a una psicología de la consciencia, Freud no se interesó en estos análisis. En cuanto al «único maestro en psiquiatría» de Lacan, Gaëtan de Clérambault, el automatismo mental de éste, fundado en una etiología neurológica, distingue con claridad entre un período de incubación «ani-

deico», seguido por la construcción de la superestructura delirante; pero dicho autor no observa el período megalomaniaco terminal, y nada en sus presupuestos lo conduce a un examen profundizado de la finalidad del delirio. A partir de entonces hubo una ruptura entre los enfoques psiquiátricos y psicoanalíticos en cuanto respecta al estudio del delirio. Sin embargo, en ese punto parece posible demostrar que del acercamiento de ambos surgió una lógica nueva; y ésta preside la sucesión regular no de tres fases sino de cuatro.

Esta lógica cuaternaria apenas ha sido esbozada por Lacan, pero las enseñanzas de éste incitan a despejarla: al estudiar el texto de Schreber, indica una evolución específica del delirio en tal sentido. Y la relaciona fundamentalmente con la posición del presidente en cuanto a la inversión que constituye su mayor preocupación: «En principio, objeto de horror para el sujeto, luego aceptada como un compromiso razonable [...], a partir de entonces toma de posición irremisible [...], y motivo futuro de una redención que concierne al universo».⁴ Si nos atenemos al significado literal, tal como ocurre en estas líneas de los años 50, resulta muy difícil precisar la especificidad de cada uno de los períodos. Resultará más conveniente ir a lo esencial: se trata de una evolución en la relación del sujeto con el goce. Comienza con una angustia inicial, luego, con el objeto de poner remedio a ésta, se orienta hacia la elaboración de una solución siempre más acabada. Sin embargo, si se intenta detallar estos cuatro períodos a partir de una atenta lectura de las *Memorias de un neurópata*, se distingue en principio, a finales de 1893, un «derrumbe nervioso», paroxismo de angustia en el cual el sujeto, invadido por temores hipocondríacos, intenta suicidarse, aunque él ya se consideraba muerto. Hubo que esperar algunos meses, hasta principios de 1894, para que la intuición que postulaba «sería hermoso ser una mujer...», aparecida en el verano de 1893, adquiriera con posterioridad un sentido, relacionándose con una persecución dirigida contra Schreber por el profesor Flechsig. «De esa manera —escribió el presidente— se perpetró la conspiración dirigida contra mí [más o menos hacia marzo o abril de 1894], que apuntaba, una vez que hubiera sido reconocido o admitido el carácter incurable de mi enfermedad nerviosa, a entregarme a un hombre de manera que mi

4. Lacan, J. «De una cuestión preliminar...», *op. cit.*, pág. 249.

alma quedase abandonada a él, al tiempo que mi cuerpo transformado en cuerpo de mujer, aprovechando una interpretación ambigua del dinamismo inmanente al orden del universo [...], entretanto mi cuerpo habría sido entregado a ese hombre, con miras a los abusos sexuales, para ser enseguida abandonado a la putrefacción».⁵

Esta primera tentativa de significantizar el goce deslocalizado dejaba al sujeto presa de las iniciativas de un perseguidor todopoderoso, de manera que se revelaba ineficaz para sofocar la angustia. La dinámica que impulsaba la movilización del significante en esas condiciones no podía encontrar el reposo. Si semejante problemática no se hubiera modificado, Schreber habría quedado atrapado en la búsqueda paranoide de una salida inhallable. Ahora bien —escribe éste— «que Dios mismo fue el cómplice, si no el primer instigador del plan concebido con vistas a perpretar en mí el asesinato de alma y entregar mi cuerpo en subasta como el de una puta femenina, es un pensamiento que se me impuso mucho despues...».⁶ Debía elaborar una hipótesis semejante para que pudiese llegar a «la búsqueda de un compromiso razonable»,⁷ que caracteriza este segundo período. La transformación sólo se revela aceptable a partir del momento en que puede ser concebida como al servicio de los designios de Dios. E implica pasar por un sacrificio del cual da testimonio la muerte del sujeto.

A partir de entonces —comprueba Lacan— «toma de partido irremisible», cuando el goce del Otro se encuentra identificado, el sujeto queda en condiciones de hacerlo suyo. «Fue con plena consciencia —señala Schreber— que he inscrito en mis estandartes el culto de la femineidad, y de ahora en adelante me atenderé a ello...»⁸ Esta resolución parece haber sido tomada a finales de 1895, y se confirmó el año siguiente, cuando se hizo afeitar el bigote con el objeto de «producir el efecto de un ser femenino».⁹ La aceptación de la feminización progresiva no implica sin embargo la desaparición del sentimiento de ser objeto de violencia. «Me asombraría —comenta Schreber— si

5. Schreber, D.P. *Mémoires d'un névropathe* (1903). París: Seuil, 1975. Pág. 61.

6. *Ibidem*, pág. 63.

7. *Ibidem*, pág. 151.

8. *Ibidem*, pág. 151.

9. *Ibidem*, pág. 165.

me mostraran a alguien situado ante la alternativa de volverse loco conservando su carácter [habitus] masculino o de volverse mujer pero sana de espíritu, no optase por la segunda solución.» Hay que subrayar que durante este tercer período, todavía no deja de estar perseguido por las «almas examinadas», en especial por las dos más malignas, «el alma Flechsig» y «el alma von W.».

El comienzo de la última fase debe situarse en la época de la desaparición de estas últimas, en el transcurso de 1897. En ella, el sujeto ya no se siente perseguido, de manera que consigue consentir plenamente al goce del Otro. Aunque subsista, ciertamente un «resto miserable» del alma Flechsig, ésta ha perdido sus poderes maléficos, «una confirmación más –escribe Schreber– y de las más notorias, del orden del universo, que quiere que nada de cuanto ha sido creado para atentar contra él pueda mantenerse bien mucho tiempo».¹⁰ El drama del sujeto se transforma entonces en el «motivo futuro de una redención que interesa al universo»: al final de su feminización se realizará el cambio de rumbo que se continuará nada menos que con su fecundación por medios divinos, con el objetivo de generar «hombres nuevos hechos de espíritu Schreber».¹¹ La convicción prestada a ese tema fantástico se afirma a medida que la persecución se atenúa. La redacción de las *Memorias*, entre los años 1900 y 1902, y su publicación en 1903, no son la obra de un paranoico perseguido –ya no acusa más al hombre Flechsig de ser responsable de las fechorías del alma del mismo nombre– sino la de un parafrénico que considera haber contribuido «al grandioso triunfo del orden del universo»,¹² y que está «dispuesto a asumir los riesgos del martirio de una condena» para que la humanidad no deje escapar la ocasión, «que sin duda no se repetirá jamás», de acceder, gracias a la publicación de sus *Memorias*, a «una representación más justa del más allá».¹³

El tener en cuenta el goce incita a una precisión del enfoque de los clásicos, y sugiere un nuevo análisis de la dinámica de las elaboraciones delirantes.

10. *Ibidem*, pág. 104.

11. *Ibidem*, pág. 104.

12. *Ibidem*, pág. 207.

13. *Ibidem*, pág. 344.

El primer período, llamado de incubación, de malestar, de inquietud, de perplejidad, estrechamente correlacionado con perturbaciones hipocondríacas, revelador de una carencia paterna fundamental, tiene como característica más importante la deslocalización del goce. Y coincide con una angustia extrema.

Con el objeto de remediar lo insoportable de esta situación, se desarrolla un trabajo de movilización del significante que permite al delirante construir una explicación adecuada para justificar lo que le ocurre. Se observa con frecuencia que para realizar esta tarea el sujeto recurre a una función paterna apta para moderar el goce deslocalizado. No obstante, la perplejidad del sujeto se mantiene presente, el delirio no llega a suturarse, de manera que se presenta en general con una forma paranoide. La elaboración de un «compromiso razonable» llega al final de las tentativas de significatizar el goce que caracteriza este segundo período.

Como el goce del Otro se encuentra a partir de entonces identificado, es decir, trasladado al significante, el sujeto se revela capaz de recuperar cierto fundamento a partir del cual se convierte en organizador de lo que le sucede. Sin embargo, en el interior del delirio que se sistematiza subsiste un eco de la violencia operada por las iniciativas del Otro, éste se traduce en la intermediación de perseguidores que ahora se revelan localizados. El Padre que surge es una figura obscena del goce desenfrenado que atenta contra el orden del mundo. Con el objeto de restablecer las bases de ese orden, ciertos paranoicos intentan golpear las encarnaciones del Padre gozador.

Al llegar a la última fase del delirio, el psicotizado ya no tiene tales preocupaciones: se encuentra en total acuerdo con la nueva realidad que ha construido. Consiente el goce del Otro porque posee la certeza de que, gracias a la experiencia de haberlo experimentado, ha llegado a la adquisición de un saber esencial. Con mucha frecuencia, ese último le ha sido dado por una todopoderosa figura paterna de la cual se convierte en portavoz y hasta en su encarnación. El acceso al conocimiento supremo se revela inseparable del desarrollo de temas megalomaniacos y del surgimiento de construcciones más o menos fantásticas, al tiempo que la desaparición de los perseguidores ya no conduce al sujeto a realizar actos médico-legales. Todas esas características son las de una forma de delirio llamado, a partir de Kraepelin, la parafrenia sistemática. Se trata de una elaboración compleja cuya escasa frecuencia acaso explique que haya sido tan poco estudiada

por los clásicos, quienes suelen confundirla en sus análisis con el delirio paranoico. En la actualidad, el enfoque psicoanalítico incita a diferenciarlas con mayor claridad.

Parece posible dar un nombre a cada uno de los cuatro períodos, refiriéndolos a aquello que los especifica de manera manifiesta, deslocalización del goce y perplejidad angustiada, para el primero; tentativa de significatización del goce del Otro, para el segundo; identificación del goce del Otro, para el tercero; consentimiento del goce del Otro, para el último. No obstante, tales denominaciones todavía resultan demasiado restrictivas, no cabe duda que esos diversos fenómenos se interpenetran, poco o mucho, y por ello, las letras P_0 , P_1 , P_2 , P_3 , parecen más apropiadas, con el objeto de subrayar que se trata de una sucesión ordenada que posee una misma fuente, y que precisamente Lacan escribió P_0 en el esquema I,¹⁴ a saber: la forclusión del Nombre del Padre. Estas notaciones designan sintomatologías psicóticas que traducen posiciones subjetivas en su mayoría poco estables. No sólo el despliegue del delirio hasta P_3 se realiza con bastante infrecuencia, sino que por añadidura se producen pasajes retrógrados de P_2 a P_1 , de P_1 a P_0 , y hasta de P_3 a P_0 , etcétera. La letra P se revela de esa manera abierta a numerosas lecturas, aunque designe principalmente cuatro posiciones subjetivas propias del psicótico. Si P_0 connota la carencia paterna, P_1 evoca paranoide, P_2 paranoico y P_3 parafrénico. Aunque estos cuadros psiquiátricos estén fuertemente correlacionados con las fases del delirio, no se corresponden exactamente con éstas, de ahí la necesidad de recurrir a otra notación.

Los clásicos distinguían tanto dos, como tres, cuatro y hasta cinco períodos en el delirio crónico de evolución sistemática; un enfoque basado en el goce del sujeto incita más bien a aislar cuatro posiciones. Éstas se superponen a las descripciones de los antiguos manuales aunque nunca concuerdan rigurosamente con ellas. Se advertirá sin embargo una gran convergencia entre la perspectiva analítica y una de los últimos estudios psiquiátricos anteriores al descubrimiento de los medicamentos psicotrópicos. Si se tiene a bien considerar, como lo desarrollaremos más adelante, que el período terminal de la demencia no es un producto del trabajo de-

14. Lacan, J. «De una cuestión preliminar...», *op. cit.*, pág. 256.

fensivo del sujeto, sino un artificio sugerido por las condiciones hospitalarias, entonces queda a la vista una notable concordancia entre nuestro análisis y el de Lévy-Valensi.¹⁵ Este último llama «período de incubación» lo que nosotros escribimos P_0 , para P_1 se vale de un «estadio de organización», para P_2 se trata de un «estadio de sistematización», mientras que P_3 se llama «período megalomaniaco».

Durante P_0 el psicotizado comprueba que el orden del mundo está perturbado. En el campo de lo simbólico se abre una falla central que genera angustia y perplejidad. Es lo que Freud intenta comprender como una ruptura primordial entre el yo y la realidad; es lo que Lacan llama en 1955 «la entrada en juego del enigma del Otro absoluto». [En esta época el Otro todavía no estaba concebido como barrado, él propone allí que la verdad última, que formularía el Otro absoluto, permanece inasequible.] La carencia del significante paterno se revela con sus consecuencias mayores: el desencadenamiento del significante y la deslocalización del goce.

Durante P_1 el paranoide moviliza un enorme aparato significativo con el objetivo de remediar la falla simbólica inicial. «Con respecto a la génesis de los delirios —escribió Freud— [...] el delirio surge precisamente en aquellos puntos en los que se ha producido una solución de continuidad en la relación del yo con el mundo exterior.»¹⁶ Lacan introdujo la noción de metáfora delirante con el objeto de designar un proceso de sustitución que se opera en el campo del lenguaje: los significantes del delirio toman lugar allí donde antes no había más que P_0 , un agujero en lo simbólico, reflejado en lo imaginario en diversas formas. En este período emerge de manera bastante regular el llamamiento a un principio paterno, cuyas encarnaciones revelan ser muy variables, aunque las figuras del poder, de la Ley y de la divinidad sean privilegiadas. De hecho, lo que parece crucial para el psicotizado reside en la búsqueda de un fundamento que supone apropiado para hacer llegar una completud del Otro. Con el objeto de borrar P_0 el sujeto no siempre se remite a las palabras de un personaje infalible, a veces sabe recurrir a una invención revolucionaria, a una nueva fórmula matemática, e incluso a un hallazgo intuitivo cualquiera. En esta fase, el trabajo del delirio to-

15. Lévy-Valensi, J. *Précis de psychiatrie* (1926). París: Baillière, 1948. Págs. 289-292.

16. Freud, S. *Neurosis y psicosis, op. cit.*, t. VII, pág. 2743.

davía se encuentra con dificultades para desarrollar elaboraciones fortalecedoras.

Pero son muchos los psicotizados que no llegan a P₂, período en el cual el delirio se sutura, se organiza en un armazón rígido, al tiempo que el sujeto adquiere certezas inquebrantables en cuyo nombre se empeña en denunciar los falsos principios, pagando a veces hasta con su persona para hacer que se apliquen los suyos propios. El paranoico se caracteriza por ser aquel que identifica en el campo del Otro el goce desenfrenado que perturba el orden del mundo. El drama puede desarrollarse tanto en un marco conyugal, cuando el gozador infame resulta ser la pareja del celoso, como en un terreno planetario, cuando el Padre gozador se encarna, como fuera el caso de Hitler, en «el judío».

El enfrentamiento termina para los escasos psicotizados que consiguen llevar la elaboración de la metáfora delirante hasta P₃. Entonces se impone un sentimiento de comunión con el Padre, de manera que la megalomanía conoce allí su mayores éxitos. El sujeto se convierte en el propio Dios, o en un gran personaje, incluso en el elegido de Dios, y está en condiciones de transmitir su palabra, o más aún, se iguala al Creador por la resolución de un problema fundamental, etcétera. Lo que el parafrénico gana en sosiego lo pierde en credibilidad ante sus interlocutores. La inverosimilitud de los descubrimientos de Brisset, situando a la rana en los orígenes del hombre, se revela al lector más ingenuo. Es bien sabido que el paranoico suele resultar convincente para sus allegados. No sólo se han descrito «locuras de dos», además, algunos consiguen incluso formar discípulos y crear sectas; en cambio las fantasmagorías del parafrénico han perdido el poder de convicción –salvo una excepcional credulidad. Ello no preocupa demasiado al sujeto, que en general se satisface con dar testimonio. El propio Schreber, al final de la evolución de su trabajo delirante, en 1901, afirma: «La certeza de mi conocimiento de Dios y de las cosas divinas es tan grande y tan inquebrantable que en el fondo me tiene del todo sin cuidado saber lo que piensan los demás acerca de la verdad o verosimilitud de mis ideas. Por lo tanto nunca haré nada [...], para difundir entre el público mi experiencia y mis opiniones, salvo dar a mis *Memorias* una forma apropiada para la publicación».¹⁷

17. Schreber, D.P. *Mémoires d'un névropathe*, op. cit., pág. 334.

La mayoría de los psicotizados que no están internados ni encarcelados en general han llegado a las fases P_2 o P_3 del delirio. Lo imaginario fálico restaurado les permite dar cierto fundamento a sus representaciones de sí mismos, de manera que ya no tienen el sentimiento desestabilizante de estar faltos de una base esencial, encontrada con tanta frecuencia en las fases P_0 y P_1 . Y con frecuencia detentan importantes posiciones en la vida social.

La sintomatología de cada uno de los cuatro períodos se revela extremadamente variable, y tan diversa como lo son los delirios crónicos. Además, esta sucesión regular constituye la forma más desarrollada de éstos, tan es así que la ausencia de ciertas fases es de observación más corriente. Hay psicosis que no llegan siquiera a elaborar una defensa paranoide, y otras no superan una tentativa desordenada de ésta, al tiempo que resultan infrecuentes los paranoicos que alcanzan el apaciguamiento parafrénico.

Cuando surge una temática de persecución, cuando el Otro se encarna en una figura de Padre gozador, el psicotizado sólo dispone de un número limitado de soluciones para sostener el enfrentamiento: hacerse desecho ante su deseo innombrable es una, convertirse en su Mujer constituye otra, más elaborada, el paranoico experimenta fácilmente el anhelo de suprimir al inoportuno, por último algunos eligen ponerse a su servicio dando testimonio de las revelaciones que él les ha comunicado. De hecho, más allá de estos fenómenos, hay una misma problemática insistente: ¿cómo volver aceptable la posición fundamental del sujeto psicótico que por falta de inscripción de su ser en el campo de lo simbólico¹⁸ está consagrado a apre-

18. El ser del sujeto, el goce del viviente, se encuentra en posición de heterogeneidad, de pérdida, en relación con la cadena significante que ya está allí. En lo que respecta al neurótico y al perverso, ambos disponen de la función fálica para representar el goce en el campo de lo simbólico, de manera que están en condiciones de enmascararse la pérdida fundamental del ser gracias al fantasma. En cambio para el psicótico el falo simbólico se revela ausente, y además el ser de goce amenaza revelarse en la angustia cuando se rompen las elaboraciones significantes que lo disimulan; es entonces cuando el sujeto debe movilizar las pesadas defensas de la psicosis clínica.

Recordemos que la fórmula oída con frecuencia que postula que los psicóticos no tienen acceso a lo simbólico, debe ser precisada. No cabe duda que un gran número de éstos son perfectamente capaces de emplear todas las riquezas de la lengua, lo que les falta depende de la articulación de su ser con el campo del lenguaje, la carencia reside en la función copulatoria del falo simbólico que sólo se instaure como Nombre del Padre.

henderse como un objeto de goce para el deseo del Otro? Ésa es la pregunta que las construcciones delirantes intentan responder con mayor o menor habilidad.

En una primera aproximación, la clasificación cuatripartita del delirio parecería poder analizarse en relación con lo imaginario de la función paterna: en principio, la carencia radical de ésta se entrevé, a continuación se elabora un llamamiento a dicha función, luego una figura perseguidora toma un lugar central, por último el proceso termina en una reconciliación con un principio paterno. No obstante, semejante análisis resulta grosero por su excesiva adhesión a los elementos manifiestos. La lógica del delirio tiene su motor decisivo en la moderación del goce deslocalizado. El hecho de que el Nombre del Padre esté forcluido no obstaculiza la emergencia de una figura paternal encarnando el goce desenfrenado. Por el contrario, la carencia del Padre simbólico tiende a inducir un retorno del Padre real: el Padre gozador, todopoderoso, semejante al Padre primordial, poseedor de todas las mujeres, evocado en el mito de *Totem y tabú*.

En un análisis centrado en un enfoque de la lógica de lo real, el agujero en lo imaginario que se pone de manifiesto en P_0 se revela correlativo de una deslocalización del goce. La perturbación inicial del orden del mundo arraiga en un desbordamiento del goce, resultado de una fractura de los límites de éste. Surgen diversas manifestaciones derivadas, las más importantes de las cuales consisten en alucinaciones verbales, perturbaciones hipocóndricas, fenómenos intuitivos o interpretativos, postulados pasionales, etcétera. Las referencias al goce suelen expresarse entonces de manera muy explícita. Se recordará la primera intuición de Schreber: sería hermoso ser una mujer apareándose. Se sabe, por otra parte, la propensión de las alucinaciones verbales a las injurias sexuales, hasta tal punto que se ha podido hablar de un síndrome SVP [Salope, Vache, Putain: cast.: sucia, marrana, puta], al tiempo que, por añadidura, las acusaciones de homosexualidad están presentes de manera relevante. En cuanto a las interpretaciones que generan los postulados del erotómano y del celoso, también se refieren a un goce que el sujeto atribuye al otro. Por último, las perturbaciones hipocóndricas dan testimonio de un goce doloroso del propio cuerpo.

Durante P_1 , el psicotizado se esfuerza en civilizar el goce llevándolo al significativo. En el transcurso de P_2 y P_3 , para aquellos que tienen éxito en la sutura de la cadena significativa, el goce se modera: un delirio sistemati-

zado consigue contenerlo. Ciertos fenómenos observados en P_0 , que prosiguen en P_1 , se atenúan, e incluso desaparecen [intuiciones, alucinaciones, trastornos hipocondríacos...]. El goce se encuentra identificado en un principio mediante el cual el sujeto busca hacer llegar una completud del Otro, éste puede encarnarse tanto en un Dios como en una fórmula fundamental. Si accede a esas posiciones que permiten, ya sea denunciar el goce del Otro, ya sea convertirse en el portavoz de éste, el psicótico es conducido a dar testimonio de su saber. Es en este período donde encuentra toda su pertinencia la observación de Lasègue, que postula que el loco «se constituye de buena gana en abogado de su delirio».¹⁹ El goce inherente al delirio sistematizado otorga a éste un valor de Verdad revelada que el psicotizado intenta hacer conocer mediante escritos, o hacer compartir gracias a su palabra. [Se ha observado con frecuencia que la psicosis empuja a la escritura, pero también genera grandes oradores —Hitler, Jim Jones, por ejemplo—.] El delirio dirigido a los demás, que se produce durante P_2 y P_3 , conoce sus realizaciones más acabadas fuera del hospital, por eso ha sido poco estudiado.

Las transformaciones del delirio no se efectúan por el paso o salto de un período a otro, más bien el entrelazamiento de los que son contiguos se revela como la regla, al tiempo que a veces se observa la coexistencia de elementos pertenecientes a muchas fases. Las etapas descritas entre P_0 y P_3 constituyen organizaciones inestables, y deben recordarse principalmente a causa del esquema de lógica evolutiva que permiten extraer. Además, dan cuerpo a una intuición de Lacan que éste nunca se tomó el trabajo de desarrollar: la existencia de lo que llamó «una escala de los delirios». El día en que mencionó esta noción, sólo dejó un indicio para concebir su naturaleza. Como se podrá comprobar, concuerda plenamente con la lógica del delirio expuesta aquí: «el delirante —afirmó el 11 de enero de 1956— a medida que asciende la escala de los delirios, está cada vez más seguro de cosas planteadas de maneras cada vez más irreales».²⁰ El verbo «ascender» sugiere la idea de un trabajo que progresa, el cual culminaría en el delirio más irreal, a saber, el delirio fantástico del parafrénico, después de haber pasado por las certezas del paranoico. Esta noción de escala de los delirios es una imposi-

19. Lasègue, C. «Le délire des persécutions» (1852). En: *Écrits psychiatriques*. París: Privat, 1971. Pág. 36.

20. Lacan, J. *Les psychoses, Le séminaire III*. París: Seuil, 1981. Pág. 89.

ción de la clínica, en particular cuando se centra en el caso Schreber, como hiciera Lacan en su seminario aquel mismo año. Sin embargo no es posible precisarla con rigor puesto que no se dispone de elaboraciones posteriores a su enseñanza. A partir del momento en que se toma en cuenta el goce del sujeto, se impone con mayor claridad una escala de los delirios orientada por un trabajo autoterapéutico.

LOS DELIRIOS MELANCÓLICOS

Aislar con rigor las etapas de una lógica defensiva inherente al trabajo del delirio implica un esfuerzo previo de fortalecimiento del concepto del delirio, restituyéndolo a la forclusión del Nombre del Padre. Los delirium neuróticos deben entonces separarse del campo de estudio. Sin embargo, en el dominio restante aún se impone una división entre los delirios en los cuales el sujeto siente que la iniciativa procede del Otro, y aquellos que se originan en una falta de la cual el sujeto se considera responsable. En lo esencial, la diferenciación coincide con la de los delirios crónicos y delirios melancólicos. La lógica cuaternaria que acaba de ser esbozada, sólo se despliega en los primeros. Sin embargo es importante observar que los delirios melancólicos también poseen una escala que les es propia. Incluso se podría ceder a la tentación de distinguir en ellos cuatro etapas un tanto homologadas con las del delirio crónico: la de la melancolía estupefacta, pasando por el delirio borroso de la melancolía simple, luego por la melancolía de persecución [los *perseguidos melancólicos* de Lalanne,²¹ el caso Wagner de Gaupp²²], hasta la melancolía megalomaniaca [síndrome de Cotard]. En esta

21. Lalanne, G. *Les persécutés mélancoliques*. Burdeos, Durand, 1897.

22. En contra de la opinión de Gaupp, quien sostuvo un diagnóstico de paranoia en el caso Wagner, parece más pertinente considerar como melancólico a aquél cuya mayor certeza, generadora de asesinatos, reside en el hecho de haber consumado una falta que lo ha infamado a él, a su familia y a la humanidad. «¿Que éra lo más fuerte en usted -le preguntó Gaupp- el sentimiento de su falta o el odio? -El sentimiento de mi falta -respondió él. Es por eso que juzgué que la eliminación de mi familia era más importante que la destrucción de Mühlhausen» (Viandras, A.-M. *Ernst Wagner, Robert Gaupp, un monstre et son psychiatre*. París: EPEL, 1996. Pág. 269.

última forma, que eleva hasta elaboraciones más complejas, y con frecuencia hasta un poco fantásticas, la pobreza ordinaria del delirio melancólico, centrado en la repetición de una falta vivida como espantosa, la inmortalidad del sujeto se convierte en un tema central. Ahora bien, los clásicos concuerdan en el hecho de que las tendencias suicidas desaparecen con la emergencia del delirio de inmortalidad. Dicha clínica prueba que el trabajo del delirio melancólico contribuye a una sedación de la angustia, y que ésta se acentúa a medida que ese trabajo se elabora. No obstante, según Cotard, el paciente, una vez muerto, a causa de sus faltas recibe la más sádica de las condenas, la de permanecer eternamente en un universo desierto. Puesto que no puede morir, se instala en la zona invivible de una agonía que no termina nunca.²³ Séglas pone el acento en el hecho de que el tema de la inmortalidad es una tentativa de negación de la muerte, pero el síndrome no deja de formar parte de una posición melancólica: «los enfermos —afirma— sólo son inmortales para sobrellevar sus males eternamente».²⁴ La evolución más elaborada del delirio melancólico suscita lo que Cotard ha denominado un «delirio de enormidad». Tal sujeto se cree más alto que el Mont Blanc, tal otro imagina que su cabeza ha adquirido proporciones tan monstruosas que supera los muros del hospital donde se encuentra internado, etcétera. La imagen del cuerpo se vuelve ilimitada, inmensa, llegando a veces hasta la fusión con el universo. Es el retorno de un reinvestimiento narcisista que intenta enmascarar la decadencia del sujeto. La imagen del cuerpo se extiende hasta la desmesura a falta de estar pautada por los límites instaurados por la función fálica. Sin embargo, incluso en esta forma que es la más imaginativa del delirio melancólico, el sujeto no deja de estar desesperado: siempre se siente horrible y monstruoso. En adelante, todo indica que se trata de un delirio cuyas capacidades autoterapéuticas revelan ser mucho menos eficientes que las que se encuentran movilizadas por el delirio crónico. La lógica de éste no es una determinación esencial del melancólico. Aunque este último delirio comporte, ciertamente, algunos indicios de aquella lógica, parecen intervenir otros factores.

23. Cotard, J. *Études sur les maladies cérébrales et mentales*. París, 1891.

24. Séglas, J. *Leçons cliniques sur les maladies mentales et nerveuses*. París, 1895.

6. DESLOCALIZACIÓN DEL GOCE Y PERPLEJIDAD ANGUSTIADA [P₀]

En la raíz de la psicosis se trata, según Lacan, «de un callejón sin salida, de una perplejidad concerniente al significante. Todo ocurre como si el sujeto reaccionara allí con una tentativa de restitución, de compensación. El ataque se desencadena fundamentalmente por alguna pregunta. ¿Qué es...?». ¹ De buenas a primeras no puede discernirse respuesta alguna. Al sujeto se le impone el sentimiento de haber llegado al borde de un agujero en lo simbólico. Se abre una falla insoportable, que cautiva toda su atención y no le concede reposo. Con frecuencia se deja descomponer en dos momentos: no es infrecuente que una perplejidad sin objeto preceda al surgimiento de un enigma.

LA PERPLEJIDAD INICIAL

En principio concedamos la palabra a un clínico que posee una gran experiencia del periodo inicial de la psicosis, a causa de su práctica como médico jefe en l'Hôtel Dieu de París, ² por donde pasa la mayoría de los sujetos recogidos en las calles de la ciudad en los cuales se sospechan perturbaciones mentales. Las investigaciones de Henri Grivois sobre la «psicosis naciente» lo han conducido a aislar en este sentido la existencia de una «experiencia central» cuyas principales características le parecen ser las siguientes:

-
1. Lacan, J. *Les psychoses, Le séminaire III*. París: Seuil, 1981. Pág. 219.
 2. N. del T. El hospital más antiguo y uno de los más importantes de París.

- mutismo inicial e incapacidad de relatar la experiencia;
- imprevisibilidad de la evolución;
- abandono de toda búsqueda de ayuda dirigiéndose a quien sea;
- sentimiento de un movimiento inexorable que arrastra al conjunto de los hombres hacia un fin, una solución, un cambio desconocidos, pero en cuyo seno el papel del sujeto debe ser importante;
- inestabilidad emotiva, que oscila entre el terror y el maleficio, el arrebatamiento y la maldición.³

Es conveniente subrayar, con Grivois, que uno de los componentes esenciales de esta situación reside en «la incapacidad inicial para dar [le]⁴ una significación», de manera que la psicosis parece articulada alrededor de un «punto central» consistente en una «experiencia vivida por el sujeto fuera de toda posibilidad de comunicarla.⁵ La peor de las soluciones, comprueba el autor, porque es la más cargada de angustia, consiste en «permanecer en ese estado central altamente inestable», en cuyo seno él comprueba que la perplejidad se asocia con perturbaciones del lenguaje, de la relación y de la emotividad. La clínica de Grivois, recogida, al igual que la Clérambault, en la Enfermería especial, constituye una aguda descripción del momento inicial de la psicosis, pero si nos atenemos demasiado a ella se vuelve difícil elevar el análisis hasta despejar una estructura de los fenómenos. Aprender ese «punto central» como el encuentro de una falla en lo simbólico sólo puede hacerse con posterioridad, apoyándose en una clínica menos puntual, más longitudinal.

En un trabajo posterior, con el objeto de describir la «psicosis naciente», Grivois pone el acento en una experiencia de centralidad en la cual «el concernimiento» sería la modalidad extrema. Se trata de una experiencia inefable, que escapa a toda descripción, en la cual el sujeto se siente situado en el centro de las preocupaciones de sus semejantes, por motivos que se le escapan. «Es como si, comprueba *a posteriori* una paciente,

-
3. Grivois, H. «Psychose naissante, La reconstruction du lien». *L'information psychiatrique*, núm. 66, 9 (1990): 848.
 4. N. del T. En el original à [lui] donner une signification. El autor emplea un juego de palabras para leer en la teoría del psiquiatra uno de sus propios postulados.
 5. Grivois, H. «Psychose naissante», *op. cit.*, pág. 851.

yo hubiera perdido la costumbre de las cosas elementales y hubiese desembarcado en medio de una gente cuyas razones de comportamiento no comprendiese, salvo en lo que respecta a su interés común en relación a mí». Ella experimenta entonces el sentimiento de ser la clave de bóveda de todo el sistema humano. «Una serie de hechos —comenta Grivois— conduce y reconduce sin cesar al paciente a esa posición. Está situado allí por todos los hombres, pero está para nada. La singularidad de su situación no hace de él un ser único, es singular sin ser por ello único. Ese hombre que de repente polariza todo el concernimiento del mundo, sin siquiera medir las consecuencias todavía, admite muy pronto que otros se encuentren un día en la misma situación. Ni esta modestia, como tampoco el orgullo —tan presente en los textos psiquiátricos— podría caracterizarlo. Lo arbitrario —¿por qué esto me ocurre a mí?— es en cambio la calidad más fluctuante de la experiencia.⁶ La centralidad es una prueba inestable, inasequible, con frecuencia asociada a una angustia extrema, que empuja irrefrenablemente al sujeto a hacer hipótesis para rendir cuentas de ella.

Aunque pertinente y rica, la clínica desarrollada en *El loco y el movimiento del mundo* padece no obstante por el postulado que asegura que la centralidad poseería una «génesis neuropsicológica» situada en un misterioso «nivel motor». Más allá del hecho de que esta hipótesis no nos parece lo bastante heurística, tiene como consecuencia otorgar la prevalencia, en la descripción de la psicosis naciente, a un carácter formal, la centralidad, que incita a borrar la singularidad de la experiencia. Grivois busca no «detenerse en situaciones particulares»,⁷ con el objeto de aislar un diseño, pero entonces ¿no corre el peligro de dejar de lado lo más importante, es decir, en este caso, la manera propia de cada sujeto para superar la perplejidad inicial? Es evidente que el segundo período de la psicosis naciente, es decir, la construcción del enigma, ya no interesa a Grivois. Otros autores que tuvieron prejuicios parecidos, para designar ese momento clínico habrían recurrido a denominaciones que evitan tal escollo: «significación personal», de Neisser, «experiencia delirante primaria» de Jaspers, «momento fecundo» de Lacan.

6. Grivois, H. *Le fou et le mouvement du monde*. París: Grasset & Fasquelle, 1995. Págs. 21-22.

7. *Ibidem*, pág. 39.

En su Tesis de 1932, este último considera que el fenómeno central en las psicosis es lo que llama, de acuerdo con Sérieux y Capgras, «*significación personal*», para designar un momento en cuyo transcurso el sujeto experimenta la certeza de ser el blanco de una significación cuyo sentido le resulta particularmente enigmático. A dicho autor le parece que la clínica francesa no ha puesto bastante en evidencia el fenómeno aislado por Neisser [de Silesia]⁸ y por Margulies [de Praga].⁹ Lo que dichos autores llaman «*kranhafte Eigenbeziehung*» describe un estado que comporta una difusa inquietud y al mismo tiempo la impresión de ser interpelado; y en la mayoría de los casos, una indeterminación total acerca del contenido de las significaciones dirigidas hacia la persona que las experimenta. Estos trastornos tienen una duración variable, puede manifestarse durante algunas horas o algunos meses. «Fue así como se constituyó una serie de observaciones clínicas, más o menos buenas», comenta Sauvagnat, que fue resumida por Jaspers en la primera edición de su *Psicopatología general* con estos términos: «Numerosos acontecimientos que sobrevienen en la vecindad de los enfermos y atraen su atención, despiertan en ellos sentimientos desagradables y apenas comprensibles. Este hecho los preocupa mucho y los fastidia [...]. Casi siempre tienen la impresión de que allí dentro es a ellos a quienes se apunta [...] puestas en forma de juicio, esas experiencias engendran el delirio de relación». Dichos sentimientos desagradables son los siguientes: «espera indefinida, inquietud, desconfianza, tensión, sentimiento de un peligro amenazador, estado medroso, presentimiento, etcétera». Jaspers los califica de «*primäre Wahnerlebnisse*».¹⁰ «Cuando intentamos llegar a esas experiencias delirantes primarias, escribe este último en la tercera edición de su obra, observamos enseguida que nuestro conocimiento sigue siempre fragmentario porque somos incapaces de representarnos concretamente esos modos de experiencias psíquicas que nos resultan completamente ex-

-
8. Neisser, C. «Erörterungen über die Paranoïa», *Zentralblatt für Nervenheilkunde und Psychiatrie*, 1892.
 9. Margulies, A. «Die primäre Bedeutung der Affekte im ersten Stadium der Paranoïa», *Monatschrift für Psychiatrie und Neurologie*, 1901. Pág. 10.
 10. Sauvagnat, F. «Effets de signification dans les psychoses». En: *Phänomen, struktur, Psychose*. Regensburg: Roderer, 1992. Págs. 123-124.

trañas. En ellas siempre hay mucho de inconcebible, abstracto, incomprendible [...]. En la vida psíquica del enfermo hay sensaciones primarias, sentimientos vitales, estados de alma, «Bewusstheiten» que no podemos representar en absoluto. «Hay algo, dime entonces lo que hay», así hablaba a su marido una enferma de Sandberg. Cuando este último le preguntó lo que había, la enferma respondió: «No lo sé, sin embargo *de todos modos hay algo*». Los pacientes tienen sentimientos desagradables; ocurre algo que ellos presienten. Todo objeto tiene para ellos un nuevo significado. Aquello que les rodea ha cambiado, pero no desde el punto de vista sensible, grosero, deformando los detalles —las percepciones sensoriales permanecen inalteradas—, lo que existe más bien es una alteración fina, penetrante, que lo envuelve todo en una luz misteriosa y aterradora. Una habitación familiar, antes indiferente o simpática, provoca en el enfermo un humor indefinible. Hay algo en el aire, pero aquél no puede darse cuenta de lo que es; es presa de un estado de tensión desconfiada, desagradable, desconocida.¹¹ Cualquiera sea el modo de llamar a dicho estado, todos los clínicos concuerdan en comprobar que la perplejidad constituye una de sus características mayores. Es por error, precisó Lacan en 1958, que a veces se califiquen dichos fenómenos de intuitivos, aún no tienen ese peso: atestiguan un efecto de significación que anticipa acerca del desarrollo de éste. El sujeto tiene la certeza de que lo que siente significa algo, pero no sabría decir qué. «Significación de significación», escribe Lacan, para subrayar que eso no tiene otra significación que ser en sí misma una significación —pero que permanece inasible—. «Se trata de hecho, de un efecto del significante —precisa—, sin embargo su grado de certeza [segundo grado: significación de significación] adquiere un peso proporcional al vacío enigmático que se presenta en primer término en el lugar de la propia significación».¹²

Ahora bien, ocurre que de esta significación vacía emerge, como lo señala Jaspers, «algo que es, muy oscuramente a veces, el germen de un valor y de una significación objetiva». Grivois hace ver en este sentido, de manera pertinente, que la expresión «experiencia delirante primaria» induce un

11. Jaspers, K. *Psychopathologie générale* (1922). París: Alcan, 1933. Pág. 87.

12. Lacan, J. «De una cuestión preliminar...». En: *Escritos II*. México: Ed. Siglo XXI, 1975. Pág. 257.

enfoque tergiversado del fenómeno, pues sugiere que allí se genera necesariamente un delirio, hecho desmentido por la clínica. Por el contrario, la focalización sobre la centralidad conduce a este autor a subestimar en esta experiencia lo que la mayoría de los clínicos de P_0 mencionan, esto es la presencia de elementos significantes que en estas circunstancias poseen un peso inusual y un carácter extraño. Las *interpretaciones frustradas* de Meyerson y Quercy describen con gran precisión ese «mal inefable» que consiste en que ciertos significantes se aíslan de la cadena y en adelante sólo valen como un enigma doloroso.¹³ Es a partir de ellos que a veces se operará la construcción de una nueva realidad.

EL ENIGMA

Gracias al aislamiento de un enigma, algunos intentarán encontrar un apaciguamiento de sus angustias a través de la intermediación de construcciones delirantes. Para otros parece que una pregunta no consigue imponerse, sin duda porque para paliar su posición dolorosa no han tenido otro recurso que orientarse hacia la anulación de toda fuente de perplejidad. Nosotros estudiaremos aquí, con mayor atención, a los primeros, los delirantes crónicos, pero también indicaremos en qué consisten las principales maneras de acondicionar la posición esquizofrénica.

La observación de Anna Rau, caso presentado en 1971 por Blankenburg, posee un interés excepcional para el estudio de P_0 , porque esa paciente no llega a construir un delirio ni a anular la perplejidad. Se trata de una mujer joven que presenta un cuadro de esquizofrenia, internada por apragmatismo y tendencias suicidas. Esa mujer ofrece la particularidad de demostrar notables cualidades de introspección, con la ayuda de las cuales sabe describir su sufrimiento con precisión. Experimenta la certeza de que le falta algo esencial, una base que le permitiera ser como las otras, es decir, poder fundamentar su juicio y estar en condiciones de encontrar «una dirección» en la existencia. A falta de lo cual «no alcanza a tomar posición», lo cual la atormenta sin tregua.

13. Meyerson, I.; Quercy, P. «Des interprétations frustrées». *Journal de psychologie, de neurologie et de médecine mentale*, 1920. Págs. 813-15.

«¿Qué me falta, verdaderamente?» se pregunta. «Algo *pequeño*, curioso, algo *importante*, sin lo cual no se puede vivir. En casa, con mi madre, humanamente yo no estaba allí. No estaba a la altura. Simplemente estaba allí, sólomente en el lugar, pero sin estar presente. Necesito una relación que me guíe [...] sin que todo sea artificial [...]. Sin duda lo que me falta es la *evidencia natural*. [...] No llego a afirmarme. Es por allí que viene el suicidio. [...] Falta algo. Pero qué, no consigo nombrarlo, no puedo llamar por el nombre a lo que en realidad falta. No puedo darle un nombre, lo siento [...]. No sé, es siempre lo mismo. No sé como debo llamar a eso.»¹⁴ La formulación más rigurosa de su inasible inquietud la lleva a decir: «No puedo ser semental para mí misma».¹⁵ Lo mismo que todavía evoca cuando observa que le falta una «retaguardia», tomando la expresión en su sentido literal de «lo que nos protege por detrás». La paciente entiende con esas palabras que no se siente protegida por detrás, es decir, en relación al origen.

La teoría analítica llama Nombre del Padre al significante impronunciable que asegura el ser del sujeto en sus fundamentos, y que clausura las preguntas angustiantes acerca del origen. La sintomatología de Anna Rau revela de manera muy pura la carencia radical de ese significante y las consecuencias desestabilizadoras que derivan de ello. No está en condiciones de encontrar apoyo en su juicio, por eso se pone a interrogar a los otros a propósito de todo, para intentar orientarse en la existencia. «Al principio —observa la paciente— cuando eso comenzó a hacerme tanto daño, siempre he *planteado preguntas*, por ejemplo: qué es la vejez, etc., y estaba forzada a pensar en nociones parecidas. Me sentí muy mal. Simplemente me falta el sentimiento para ciertas nociones. Es el sentimiento hacia las cosas lo que me falta, por ejemplo la noción de estar enferma, de sufrir, lo cotidiano.»¹⁶ Blankenburg comprueba que la paciente «permanecía *enganchada* a las preguntas y a los problemas evidentes que las personas sanas simplemente dejan de lado: ¿por qué, por ejemplo, se hace tal cosa de esta manera y no de otra? [...]. Siempre quería obtener respuestas a «preguntas» como aquella acerca de hacerse adulta, sobre la naturaleza de su trastorno, pero también relativas al tema

14. Blankenburg, W. *La perte de l'évidence naturelle* (1971). París: PUF, 1991. Págs. 77-78.

15. *Ibidem*, pág. 154.

16. *Ibidem*, pág. 81.

de saber como se recuperan las nociones y las pequeñas evidencias más habituales de la vida cotidiana». ¹⁷

La falta de significante basal del orden simbólico confiere inconsistencia no sólo a su ser sino también a su saber. Cuando se desvela la forclusión del Nombre del Padre se produce un nuevo cuestionamiento del conjunto del significante, y éste tiende a partir a la deriva. La paciente hablaba de un [estado como] «soñar» o «fantasear» en pleno día y en estado de vigilia. Pero no se trataba de auténticos sueños o verdaderas fantasías. Su comentario era siempre el siguiente: «Es tan difícil de describir como los fantasmas ¡Es tan deshilvanado!» [¿Contenido?]. ¹⁸ «Por ejemplo, reacciones que he sentido en los otros... No tiene pies ni cabeza... ¡es tan irracional!» «Eran precisamente pensamientos que me eran impuestos. Contra eso todo resultaba impotente». ¹⁹ La paciente intenta detener la desbandada de la cadena significante buscando compensar lo que le falta por el razonamiento. No obstante, ni sus propias elaboraciones ni las respuestas que obtuvo con sus preguntas llegan a aliviar su dolor, suscitado por el sentimiento de que le falta una base esencial. La más ínfima alternativa, el juicio más simple, la más modesta afirmación de sí misma se convierten en pruebas perturbadoras. «Entonces todo está tan *abierto*, dice ella». ²⁰ A los veinticuatro años, enfrentada con la carga inasumible de un empleo, la paciente puso fin a su vida. Su primera tentativa de suicidio había tenido lugar en las mismas circunstancias.

Un paciente de Minkowski con una experiencia vital semejante relativa a la falta de fundamento de su ser: «Se siente incapaz de vivir como los demás; no se siente consciente, no tiene ideas, tiene la impresión de no poder pensar; lo hace todo sin estar presente, sin el menor interés; sólo siente el vacío y la nada [...] se siente como cortado de los otros; condenado a fingir, a interpretar un papel, es como una fachada detrás de la cual no hay nada

17. *Ibidem*, págs. 79-74.

18. *N. del T.* La pregunta entre paréntesis del autor, responde a una asociación fonológica entre *décousu* (cast.: deshilvanado) y *contenu* (cast.: contenido).

19. *Ibidem*, pág. 74.

20. *N. del T.* La expresión *béant* que emplea la paciente, significa «abierto de par en par», pero también, por metonimia, «asombroso», «sorprendente»... Puesto que hay elisión sobre tópicos expresivos como *béant d'étonnement* (boquiabierto de sorpresa) o *béant de perplexité* (... de perplejidad).

[...] en apariencia lleva una vida como los demás, va al teatro y al cine, lee los periódicos, cuando se le invita acude a donde está la gente, pero no está allí, en su presencia, los demás probablemente no perciben nada. [...] pasa las vacaciones con compañeros pero no está allí; querría tener alguna idea y estar adentro; tiene la idea de que no hace realmente nada; su vida sexual es normal, la de los hombres de su edad, pero también allí finge [...] ha fingido amar a una mujer joven pero no la amaba, finge todo; cuando recibe de ella una carta de ruptura, finge sentir pena; sentimiento de estar forzado, de representar un papel». ²¹

Es bastante infrecuente observar patologías centradas de manera tan insistente en el agujero de lo simbólico en sujetos que sin ser delirantes, a pesar de todo se encuentran en situación de poder informar con precisión. No obstante, no debe olvidarse que sus posiciones subjetivas van acompañadas, por regla general, de dos fenómenos estudiados con mayor detenimiento más adelante: el desencadenamiento del significante y la deslocalización del goce. La significación fálica, instalada por el Nombre del Padre, hace que uno y otro sean aptos para prevenir. Que en el caso de Anna Rau no sea de ese modo, se deja discernir un tanto en sus trastornos de lenguaje y en sus sufrimientos. Durante ciertos períodos, sus enunciados se caracterizaban «por interrupciones y repeticiones fatigosas e interminables de fragmentos de frases». ²² Con frecuencia realizaba pausas muy largas entre cada una de sus palabras. Desde un punto de vista puramente formal, su discurso con frecuencia era sólo un balbuciente combate por las palabras, ya en forma de perseverancia, ya en forma de discontinuidad que se acercaba a la desaparición. En ciertos temas ni siquiera era capaz de formular una sola frase coherente. Por otra parte, solía ocurrir que perdiera el hilo. La propia paciente se quejaba de una interrupción del pensamiento y del hecho de que, siempre de nuevo súbitamente, *todo se había ido*. Además se advertían ciertos neologismos aislados. ²³ Con frecuencia, durante el período de perplejidad, las perturbaciones del lenguaje adquieren formas más acentuadas. En cuanto a la deslocalización del goce, que a pesar de todo se mantiene discreta, puede discer-

21. Minkowski, E. *Traité de psychopathologie*. París: PUF, 1966.

22. Blankenburg, W. *La perte de l'évidence naturelle*, op. cit., pág. 79.

23. *Ibidem*, pág. 74.

nirse, ciertamente, por intermedio de la ausencia de una orientación existencial, por la obsesión en una carencia y por la interrogación insistente. No obstante ocurre que las inhibiciones de la paciente le producen dolores sobre cuya naturaleza psíquica o física vacila en pronunciarse. Otros psicóticos atestiguan de manera parecida experimentar dolor corporal asociado a la adversidad de la deriva del significante. La correlación de estos dos fenómenos, característicos de P_0 , explica el hecho que clínicos tales como Morel y Régis lo hayan calificado de *período hipocondríaco*.

Sucede que el enigma inicial se vincule, como lo muestra el caso de Anna Rau, no a letras aisladas ni a un problema fundamental, sino a la representación que tiene el sujeto de sí mismo. El signo del espejo es en este sentido característico del sentimiento de una falta del fundamento de su ser que experimentan ciertos psicóticos, éstos se enganchan entonces a su imagen en el espejo, ante la cual permanecen muchas horas cada día, con el objeto de retener lo que sienten que vacila en su identidad. Esta perturbación revela que el significante unario, que en la estructura representa al sujeto, no asegura su función, de manera que para identificarse no le queda al psicótico más que una imagen. Entonces puede decir que se siente «seudo», con la sensación de que sus ropas son una piel, interrogándose sin cesar acerca de su personalidad. Para poner remedio a estas inquietudes a veces hacen los ejercicios físicos con el objeto de habitar el cuerpo.

Los sujetos en los cuales la perplejidad se enfrenta durante P_0 a una pregunta precisa, formulable, cuando se trata de elaborar una respuesta al enigma inicial, se encuentran en una posición más favorable que aquellos cuya perplejidad no puede ceñirse sobre un punto preciso; de manera que los primeros se revelan más aptos para inscribirse en los desarrollos de la lógica del delirio.

He aquí algunos de los problemas cruciales que acaparan fácilmente el pensamiento de los psicóticos:

- ¿Cuál es el fundamento de la lengua materna? ¿O el del propio lenguaje? ¿Cuál es la lengua original?
- ¿Cuál es la verdadera organización del universo? ¿[cuál es] la naturaleza de los seres? ¿[...] la solución al problema de la creación?
- ¿Cuáles son los principios que deben permitir reformar la sociedad? O bien, uno de los sistemas simbólicos mayores, es decir, la ciencia, la religión, el derecho, ver el calendario, etcétera.

— Está claro que los enigmas que ya existen se prestan muy bien para centrar una psicosis. Un paciente se obnubila con el movimiento perpetuo, otro con una demostración del axioma euclidiano de las paralelas, un tercero con el teorema de Fermat o con la trisección de los ángulos, etcétera. Todos esos problemas que parecen hacer fracasar a la razón, poseen un prestigio de dificultad mayor capaz de hacerles representar el paradigma de la falta de un principio en el Otro. No obstante, entre todos ellos, la palma sin duda corresponde al de la cuadratura del círculo. A partir de 1775 la Academia de Ciencias, atestada con diversas elucubraciones sobre el particular, decidió rechazar todo nuevo escrito que tratara el tema. No obstante siguieron proliferando hasta la actualidad.

— Además hay psicóticos que inventan problemas originales: uno busca el punto de apoyo de Arquímedes para desplazar al planeta, formulación insensata, claro está, pero signifiante suficiente como para que consiga elaborar una respuesta; por el contrario, aquél que se consagró a la búsqueda del punto central que le permita obtener en un cuadrado tantos puntos como en un círculo, se hizo cargo de una tarea tan mal determinada que no pudo ver sus esfuerzos coronados por el éxito.

Los escritos de los paranoicos y de los parafrénicos resultan ser de una gran monotonía en relación a la pregunta que se revela como el origen: todos buscan las causas primeras, los principios fundamentales, las ideas primordiales, las bases inquebrantables, la Verdad absoluta. Si lo buscan con tanta obstinación, todo conduce a creer que es a causa de la aproximación a un agujero en lo simbólico de imposible asunción para ellos. Se trata de uno de los datos clínicos que permite deducir con la mayor comodidad que el Nombre del Padre se encuentra forcluido. Muy revelador de esta problemática resulta ser un sujeto que se interroga largamente para saber si Dios puede suicidarse.

La forclusión del Nombre del Padre, en contra de lo que postula una noción que alguna vez se difundió, no introduce necesariamente la perturbación en las concepciones que el sujeto se forma acerca de su genealogía. No obstante, la muerte del sujeto puede incitarlo a renegar de sus orígenes, y la megalomanía puede conducirlo a inscribirse en un linaje más noble, de manera que los temas de filiaciones fantásticas no resultan infrecuentes. Sucede, por añadidura, que el agujero de lo simbólico se encarna en el seno de la genealogía del sujeto. Por eso la demanda de análisis de Karim estaba

motivada por un no saber concerniente al supuesto delito cometido por un bisabuelo paterno más de un siglo antes en otro continente. El paciente consideraba que el linaje paterno estaba viciado por dicho acto, se encontraba profundamente desestabilizado, y bosquejaba múltiples hipótesis con el objeto de resolver dicho enigma. De manera parecida, Schreber tuvo comunicaciones alucinatorias al principio de sus trastornos, que le informaron que estos últimos tenían su origen «mucho antes y tal vez en el siglo XVIII»²⁴ en un asesinato de alma originaria perpetrado por un antepasado de Flechsig contra uno de sus propios ascendientes».

Una mujer joven internada en un hospital, llamada Marie, se pasaba los días caminando de un lado a otro, mientras rumiaba incansablemente preguntas que comunicaba a todos aquellos que se le acercaban: «¿Qué edad tienes? —preguntaba— ¿Podrías ser mi hermano? ¿Mi hermana es la madre de mi padre? ¿Soy más vieja que mi padre? ¿Soy la hija del doctor Leblond; por qué él no lo dice? ¿Por qué él es más joven que yo? ¿Qué es la edad; qué [es] la juventud; que [es] la vejez?», etcétera. Al no encontrar respuesta a estas preguntas angustiantes, múltiples e incesantes, centradas en el misterio de las relaciones de parentesco, se vio conducida a poner fin a su vida.

Confiar la regla analítica a un sujeto psicótico puede incitar a éste a interrogarse acerca de los temas relativos al origen, y sobre los fundamentos de la palabra; entonces comporta el peligro de tener efectos desestabilizantes. Cuando un psicoanálisis establecido con un sujeto supuesto neurótico, hace surgir a partir de los primeros meses el fantasma que Freud llamara de la «novela familiar», en general conviene modificar rápidamente la conducción de la cura. Se sabe que el contenido más corriente de la novela familiar consiste en la idea que afirma que el sujeto no sería hijo de sus padres. Este aserto negativo implica plantear la pregunta: «¿de quién soy hijo?». Con facilidad sobreviene una respuesta aduladora: «soy de alta cuna». El sujeto imagina pertenecer a una noble estirpe rica en figuras paternas prestigiosas. En algunas circunstancias, bastante infrecuentes, ocurre que se crea de nacimiento inferior. A la manera de toda formación imaginaria, ese fantasma no pertenece en exclusividad al psicótico, sin embargo, cuando el surgimiento de una ruptura semejante en la genealogía constituye un efec-

24. Schreber, D. P. *Mémoires d'un névropathe*, op. cit., pág. 35.

to conseguido en los comienzos de una cura analítica, ésta comporta el peligro de arrastrar al paciente a la psicosis declarada.

EL DESENCADENAMIENTO DEL SIGNIFICANTE

El enfrentamiento angustiado con el agujero de lo simbólico, el desencadenamiento del significante y la deslocalización del goce constituyen trastornos estructuralmente correlativos. Son las necesidades de la exposición las que nos conducen a distinguir estos fenómenos, al tiempo que la clínica los combina regularmente.

La ruptura inicial de la cadena significativa produce en el psicótico el sentimiento de una perturbación del orden del mundo, la sensación del acercamiento a un agujero, y luego, a veces, la impresión de tener que resolver un problema central y enigmático. No obstante, de buenas a primeras, la dimensión de la significación se hurta de manera tan radical que el sujeto no alcanza a formular lo que se ha producido. Suele asistir asombrado, y hasta un poco divertido, a una emancipación de su pensamiento que no reconoce como tal. Éste rompe a hablar por sí solo. Clérambault califica al fenómeno, que ha denominado «pequeño automatismo mental», de «perturbación, por llamarla así, molecular del pensamiento elemental».²⁵ Se trata, afirma dicho autor, de una «alteración en el mecanismo del pensamiento», e insiste en el hecho de que tales perturbaciones son inicialmente neutras, es decir, —precisa— que «consisten sólo en desdoblamiento del pensamiento».²⁶ Recién en una segunda fase se enriquecerían con «complicaciones verbales que contienen ideaciones y con una carga afectiva».²⁷ Un sujeto describe muy bien el fenómeno, informando: «se habla en mí sin pensar». Con el objeto de subrayar su carácter del todo desprovisto de significación en el origen, Clérambault sostiene que el automatismo mental «no comporta por sí mismo hostilidad de ninguna clase. Cuando subsiste en estado puro comporta —observa— una tendencia vagamente optimista: el

25. De Clérambault, G. G. *Œuvres psychiatriques*, II. París: PUF, 1942. Pág. 485.

26. *Ibidem*, pág. 493.

27. *Ibidem*, pág. 594.

sujeto es halagado, las voces lo acompañan, en el remedio para salir del paso, es fastidiado por experiencias que lo tienen como centro, pero que no se hacen para perjudicarlo».²⁸

Los diversos fenómenos que constituyen el pequeño automatismo mental, es decir, la forma más pura del desencadenamiento²⁹ del significante, parecen ser las siguientes:

- el eco del pensamiento es el principal fenómeno, al cual se puede agregar la enunciación de los actos;

- otros, «puramente verbales», consisten en «palabras impetuosas, juegos silábicos, retahilas de palabras, absurdos y disparates»; –y otros, todavía, «puramente psíquicos», están constituidos por intuiciones abstractas, veleidades abstractas, interrupciones del pensamiento abstracto, o por el mudo desgranar de los recuerdos;

- por último, los comentarios acerca de las acciones y los recuerdos, las preguntas y pensamientos respondiéndose que serían, en general, más tardíos.³⁰

Cuando Clérambault, llevado por su deseo de probar el origen neurológico del síndrome S,³¹ afirma que las alucinaciones temáticas y la superestructura delirante sólo aparecen en un momento posterior a la emergencia del pequeño automatismo mental, conviene mantener ciertas reservas. Aunque sea posible invocar ciertas observaciones en apoyo de su tesis, se encuentran muchas otras que la invalidan. Tal es por ejemplo el caso de las que realizara Charles Durand, quien en 1941 recoge un material clínico muy documentado acerca de «el eco del pensamiento», que desemboca en una refutación del carácter «neutro» y «primitivo» del automatismo mental. De acuerdo con Janet, este autor subraya que muy lejos de ser neutro, posee de hecho un carácter odioso, que se lo siente como animado de la mala intención de atormentar, de ridiculizar. Clérambault no niega que tiende hacia

28. *Ibidem*, pág. 196.

29. *N. del T.* También *ruptura de la cadena significativa*.

30. *Ibidem*, pág. 484.

31. Gracias al progreso de sus investigaciones, designa con mayor facilidad el *síndrome de automatismo mental*, lo cual presenta el interés de evitar la confusión con lo que Bailarger y Janet entendían por la misma expresión.

la hostilidad, pero considera ese proceso como secundario. Pero es innegable que no siempre sucede así: las alucinaciones verbales pueden revelarse insultantes de entrada.

El eco del pensamiento constituye el síntoma mayor del síndrome S, y por ello merece que nos detengamos en sus características.

Sus rasgos esenciales son la sonorización y desdoblamiento del pensamiento. A esos dos fenómenos Durand querría adjuntar la divulgación. De hecho, este último fenómeno, parece observado con menor asiduidad que los precedentes: es bastante infrecuente que un sujeto se queje de que sus ideas sean conocidas por todos.

Estos diversos trastornos se encuentran descritos con precisión por un paciente:

«Mi pensamiento salía a pesar de mí –informa– y mi cerebro respondía por el micro sin que pudiera detenerlo. No podía detener mi pensamiento. Era éste el que emanaba a pesar de mí. Creía todo el tiempo que cuando pensaba se me oía y que eso se difundía constantemente.

– ¿Qué hacía usted –se le preguntó– para impedir que su pensamiento se difundiera de ese modo?

– Intentaba abandonar el pensamiento que tenía –respondió–, y caminaba para evitar que mi pensamiento se difundiera a pesar de mí. Era un sufrimiento atroz. Sin embargo respondía sin hablar.

– ¿Usted oía su respuesta?

– La oía como si se cogiera mi pensamiento y se difundiera por radio. Mi pensamiento respondía a pesar de mí. El nombre de un vecino me pasaba por la cabeza: de inmediato era difundido. No bien, pensaba «Dumas», oía que era radiodifundido; tan pronto como había salido lo oía.

– ¿Cuánto tiempo después?

– ¡Un relámpago! Cuando mi pensamiento salía me imaginaba que era difundido siete veces. ¡Además, había otra cosa! ¡Cuando la gente hablaba y me contaba historias, mi pensamiento las repetía!

– ¿Cómo?

– Por ejemplo, usted me dice «usted es un buen hombre» y mi pensamiento repetía «usted es un buen hombre». Desde que mi pensamiento salía era tomado por el micro que lo radiodifundía por todas partes. Así, todo el mundo oía cuanto pensaba y así sabía toda mi vida y todos mis secretos.» [...]

El psiquiatra lo invita a precisar lo que él llama «micro».

– «¿El micro? Pues bien, sí, había un micro, estoy seguro de ello, era como si fuese mi boca que enviaba palabras a ese micro y, sin embargo, yo no hablaba, puesto que no movía la lengua ni la boca. En el fondo, me oía conversar sin hablar yo mismo. Un día me habían pedido cantar el Credo con el pensamiento, me imaginé que sin que cantara, el micro tomaba eso y que era radiodifundido.

– ¿Para qué servía ese micro?

– Era el intermediario entre las personas y yo, era a través de él que ellas se comunicaban conmigo y era también gracias a él que yo me comunicaba conmigo mismo [...] La única forma para mí de saber lo que pensaba era escuchar el micro».³²

Otro paciente observado por Ségla, que creía que se oían sus pensamientos, tenía la impresión de ser «pasado al estado de magnetófono grabador».³³

Cuando Lacan indica en sus últimos seminarios que el loco es normal, no es por simple afición a la paradoja. Alude al pequeño automatismo mental, dominado por el eco del pensamiento, durante el cual el psicótico comprueba lo que ordinariamente se mantiene oculto, a saber: que recibimos del Otro los significantes de nuestra palabra. La «normalidad» reside aquí en la puesta al desnudo de la primacía del Otro.

No es infrecuente que el comienzo de una psicosis permita asistir a la progresiva autonomización del enunciado que funda el eco del pensamiento. En el caso de un joven de dieciocho años, cuya observación fue proporcionada por Lagache, la enfermedad comenzó por cefaleas y una fatiga general que lo obligaron a interrumpir los estudios; al mismo tiempo, se volvió triste, se aisló, pasó días enteros soñando despierto. Luego aparecieron una serie de fobias, de escrúpulos, era una especie de ceremonial, como los que se ven en los obsesivos, perturbaciones cenestésicas de carácter absurdo, perturbaciones del curso del pensamiento. «Nunca estoy seguro de mí –dijo– ni de mis pensamientos. Tengo miedo de pensar en voz alta. No voy más a la iglesia por miedo a hablar en voz alta sin darme cuenta y perturbar el oficio.» Presenta también fuga de ideas: «Pienso siempre, fluyo, no puedo llegar a pensar en nada, siempre piensa mi cabeza, estoy aturdido.» Luego,

32. Durand, C. *L'écho de la pensée*. París: Doin, 1941. Págs. 80-81.

33. *Ibidem*, pág. 13.

cuando la ruptura de la cadena significante se acentúa aún más, comienzan a aparecer fenómenos alucinatorios: «A veces oigo —dice entonces— injurias o preguntas por medio del pensamiento... pienso en la respuesta que daría si hablase alto. Es como si se hablara dentro de mí, no oigo nada por las orejas. Quizá por momentos podría ocurrirme pensar en voz alta inconscientemente, y es entonces cuando deben conocerse mis pensamientos. Pienso una cosa, la persona me responde. Es como si hiciera las preguntas y las respuestas; de golpe, en medio de un pensamiento, siento que se me conversa, entonces me detengo, pero no sé si este pensamiento viene de mí».³⁴ En esta observación, la autonomización del significante se revela claramente en el origen de los sentimientos de perplejidad.

El eco del pensamiento puede estar precedido por trastornos menos elaborados que Lacan menciona llamándoles «fenómenos de borde»,³⁵ recuerda en tal sentido alucinaciones a-significantes, alucinaciones «elementales», decía Magnan, que sólo consisten en zumbidos, susurros, cuchicheos...

Por otra parte, dentro de la clínica del automatismo mental Clérambault descubre además la presencia de fenómenos negativos, «de naturaleza deficitaria», tales como sentimientos de extrañeza o falsos reconocimientos, conductas de inhibición y sensaciones de perplejidad.³⁶ A dicho autor le parece que esta última sólo constituye un dato de menor cuantía, accesorio. Puesto el acento en la ruptura de la cadena significante, debe no obstante subrayarse que es infrecuente la ausencia de la perplejidad. Ésta atestigua la forclusión del Nombre del Padre y lo que ello implica: la falta de la función del significante unario [S₁] que representa al sujeto en relación con los demás significantes [S₂]. Cuando la cadena cede ya no permanece anclada, de manera que amenaza partir a la deriva, al tiempo que surgen sentimientos

34. Lagache, P. «Les hallucinations verbales et la parole» (1934). En: *Œuvres I*. París: PUF, 1977. Pág. 107.

35. La pregunta planteada por la falta de un significante se manifiesta —indica Lacan—, «por fenómenos de borde donde es puesto en juego el conjunto del significante. Se consuma una gran perturbación del discurso interior, en el sentido fenomenológico de la expresión, y el Otro enmascarado que está siempre en nosotros, aparece de golpe despejado...» (Lacan, J. *Les psychoses*, op. cit., pág. 231.)

36. De Clérambault, G. G. *Œuvres psychiatriques*, op. cit., pág. 588.

de incertidumbre en cuanto a la identidad,³⁷ y cuando se impone la noción de que se pierde algo informable y esencial.

La perplejidad angustiada constituye un signo clínico directamente correlacionado con la forclusión del Nombre del padre acerca de cuya presencia hay que insistir. En este sentido Lacan, en su *Seminario III*, aporta la observación de un sujeto realizada durante una presentación de enfermos en Sainte Anne. Ese hombre se había «apegado a un amigo que se había convertido en su punto de inserción en la existencia, y de golpe ocurrió algo, que el paciente no era capaz de explicar qué era. Hemos comprendido muy bien –comenta Lacan– que ello tenía que ver con la aparición de la hija de su compañero, y lo completamos diciendo que había sentido el hecho como incestuoso, de lo cual resulta la prohibición [...]». Ahora bien, el sujeto «chocaba allí contra algo, y le faltaba toda clave, fue a meterse en la cama durante tres meses para reencontrarse. Estaba en la perplejidad». Esta viñeta clínica pone singularmente en evidencia un fenómeno que, según Lacan, siempre se encuentra en lo que se llama la prepsicosis, «a saber, el sentimiento que tiene el sujeto de haber llegado al borde del agujero». Se trata de concebir que a orillas de la psicosis al sujeto se le plantea una pregunta que procede de allí donde no hay significante. Es el agujero que se hace sentir como tal.³⁸

En ese momento suele ocurrir que el psicótico presente signos que prueben que siente embotamiento, que experimenta una sensación de vacío o una impresión de misterio. Si tiene recursos creativos, tenderá a emplear un neologismo para describir ese estado innombrable: un autor inspirado hablará de «muetismo ignorántico». Artaud evocará más simplemente una «fisura en el pensamiento», otros tendrán el sentimiento de una «falta de fundamento» o de una «ausencia de certeza». Es característico que estas ideas sean vividas de manera angustiante, y sentidas como concernientes a un problema crucial.

37. El sujeto psicótico se queja con frecuencia de padecer incertidumbre en cuanto a su identidad, interrogándose acerca de su ser, o sintiendo la falta de un fundamento. Es lo que formulaba A. Artaud cuando escribiera: «Siento mi núcleo muerto». (*Œuvres complètes*, I**, pág. 145.)

38. Lacan, J. *Les psychoses*, op. cit., pág. 228.

Cuando las rupturas de la cadena significativa se multiplican, puede surgir lo que Minkowski llama una «actitud interrogativa». En este sentido incluye la observación de Paul, un joven de diecisiete años: «En casa —relata éste— planteo preguntas continuamente; mi madre debe responderlas todo el día. Esas preguntas conciernen a los objetos que veo frente a mí, así como a diversos detalles de dichos objetos. De esa manera, pregunto a mi madre si cambia las sábanas cada ocho días; le pregunto para saber, estoy incitado a plantear esa pregunta por la comparación con la forma en que ocurrían las cosas en el servicio, donde se cambiaban las sábanas todas las semanas. Debo estar fijado en todas las preguntas que me vienen a la cabeza. Cuando tengo que sentarme en una silla quiero saber cómo y de qué está hecha, de junco, de paja... si es sólida, si no se romperá.

Hay que tratar de saber todo lo que está ante la vista. Cuando me siento en una silla, me parece lógico saber sobre qué me siento, conocer los detalles de fabricación. Antes no me preocupaba por todos esos detalles, pero ahora me planteo preguntas acerca de todo lo que tengo delante y lo encuentro muy natural».³⁹ La intuición de una falta de lo simbólico se manifiesta omnipresente para este sujeto: toda cosa tiende a volversele enigmática. «El único vínculo —escribe Minkowski— que todavía lo relaciona con los acontecimientos, con las personas y con los objetos del ambiente, es el fenómeno de la interrogación... No persigue ningún objetivo real, se ahoga en preguntas.» La acentuación de ese fenómeno, que atestigua una carencia del cierre de la significación, puede conducir a la pérdida del carácter real del mundo exterior: el sujeto no está en condiciones de elaborar una construcción significativa mínima que pueda detener la deriva de la cadena.

La forclusión del Nombre del Padre en la estructura acarrea el no funcionamiento del falo simbólico, fenómeno que Lacan indica en el esquema I de la «Cuestión preliminar a todo tratamiento posible...», escribiendo que a P₀ corresponde F₀. El agujero en lo imaginario, la perplejidad, la autonomización del significativo, la actitud interrogativa, el enigma, todos esos fenómenos constituyen una consecuencia directa de la falta de la significación fálica.

39. Minkowski, E. *La schizophrénie*. París: Payot, 1927. Pág. 225.

La acusación de pansexualismo a Freud es un efecto de la naturaleza fálica de la significación: es verdad que la interpretación analítica causa risa cuando se limita a la significación, es así porque la revelación del falo da risa. Freud lo señalaba: «no soy responsable de la monotonía de las soluciones que aporta el psicoanálisis; siempre se llega al Padre y al falo». Ocurre de ese modo porque la significación de un mensaje nunca es unívoca, sino que se presenta gracias a una apuesta del sujeto que está fundada sobre su goce, a partir de la cual aquél se encuentra en condiciones de concluir en una significación entre los diferentes sentidos posibles. La interpretación analítica tiende a revelar el goce fálico que soporta la significación, poniendo el acento, por ejemplo, en el deseo inconfesable revelado por un lapsus.

El fundamento fálico de la significación nunca resulta más comprensible que cuando ha dejado de funcionar. Aparece en una forma muy pura en la siguiente observación, realizada sobre un sujeto inteligente que había hecho buenos estudios literarios y filosóficos. Cuando se le hablaba –informa Séglas– aunque se tratara de preguntas muy simples e incluso formuladas con lentitud, apenas comprendía el sentido: «¿Cómo dice usted? Repita por favor –nos decía sin cesar– ya no comprendo bien el sentido de su pregunta. Cuando hablo –agregaba– tengo una idea, pero aunque tenga a mi disposición todas las palabras de la lengua francesa, tengo muchas dificultades para formular mi pensamiento. La construcción de la frase me resulta muy penosa; las palabras apropiadas a mi pensamiento se me escapan, y tengo dificultades para terminar las frases. Ahora ya no puedo sostener una conversación, y eso me resulta tanto más penoso por cuanto antes tenía una gran facilidad de elocución. Hasta me destinaba a la Escuela Normal y al profesorado cuando caí enfermo».

Séglas observa que ese enfermo «comprende el sentido de todas las palabras leídas u oídas aisladamente [...] pero que le falta la facultad de agrupar los vocablos en conjuntos, de comprender el sentido de las palabras dispuestas en frase. En la lectura, lee correctamente las palabras [...] para para él dicha lectura está vacía de sentido [...]. Es incapaz del esfuerzo de atención necesario para hacer la síntesis primera, indispensable para la construcción de la frase».⁴⁰ Semejante carencia de atención revela con claridad

40. Séglas, J. *Des troubles du langage chez les aliénés*. Paris: Rueff, 1892. Pág. 25.

que el goce se ha ausentado del lenguaje. En el campo de la psicosis, el paciente se sitúa en el polo opuesto al de los paranoicos y los parafrénicos, para quienes lo esencial del goce está unido a los significantes mayores del delirio.

Cuando la falta de la significación fálica se manifiesta por medio de una dificultad para concluir el mensaje, ello suscita además lo que la psiquiatría ha descrito como una disminución de velocidad del pensamiento, el cual, en sus formas más acentuadas, conduce al sujeto hasta un estado de detención del pensamiento, de embotamiento y de mutismo. En ese sentido, Bleuler considera el «bloqueo» [*sperrung*, fr.: *barrage*] como uno de los rasgos más impresionantes de la palabra del esquizofrénico. También menciona la presencia de bruscas detenciones en las asociaciones del psicótico, mientras que a continuación retoman su curso sobre el mismo tema [auténtico bloqueo], o sin la menor relación con el pensamiento anterior [despropósito].

Antonin Artaud ha experimentado dolorosamente la ausencia de la significación fálica en sus manifestaciones sobre el curso del pensamiento, y ha redactado descripciones muy precisas. Algunos años antes de su internación, informó que la característica esencial de su estado le parecía residir en una «espantosa sensación de vacío» intelectual cuyo origen él mismo sitúa en un daño de su pensamiento más que de su personalidad.⁴¹ Cuando le faltan energías para buscar ideas y se embota en un estado de indiferencia, a pesar de todo todavía puede dar testimonio de una infrecuente lucidez. «Ya nada despierta en mí la asociación —escribió en una carta de 1932—. Esa inercia afectiva que siento que en cualquier caso resistiría, me desespera. No pienso nada, no siento nada. Querría pensar o sentir algo, no me viene nada. Sólo siento esta coagulación física de mis impresiones, me siento cogido, helado, el cerco se estrecha, y vago como era se convierte en un dolor caracterizado alrededor del cráneo.»⁴² Aquí puede comprobarse que cuando la cadena significativa se pierde, los afectos que son correlativos de ella se desvanecen, mientras que el goce tiende a penetrar dolorosamente en el cuerpo.⁴³

41. Artaud, A. *Œuvres complètes*, I^{**}. Págs. 188-189.

42. *Ibidem*, I^{**}, pág. 190.

43. Se observará también que la ineffectividad de la cual se queja Fritz Zorn se revela asociada a un claro sentimiento de artificialidad del lenguaje, condiciones favorables para

Nadie sabe indicar mejor que él que la «enfermedad del espíritu» tiene su fuente, en tales circunstancias, en la ausencia de la significación fálica: «ninguna frase –escribe– nace completa y bien armada: siempre, hacia el final, falta una palabra, la palabra esencial, cuando al comenzar a pronunciarla tenía la sensación de que era perfecta y lograda [...] y cuando la palabra precisa no viene al fin de la frase que es comenzada, aunque había sido pensada, así mi duración interna se vacía y flaquea por un mecanismo análogo, por la palabra faltante, al que gobierna el vacío general y central de toda mi personalidad». ⁴⁴ La fragmentación de su pensamiento se encuentra relacionada por él mismo, con toda razón, con la falta de una «cierta vista sintética», ⁴⁵ la que hace llegar el cierre fálico.

La falta de la función paterna no sitúa al sujeto psicótico en la imposibilidad de hacer referencia a su padre real; del mismo modo que el no funcionamiento del falo simbólico no coloca en la imposibilidad de recurrir a un falo imaginario no negativizado por la castración. ⁴⁶ De hecho, el lenguaje desorganizado, separado de su fundamento, tiende a hablar del goce y del sexo, de manera que las falofanías imaginarias se revelan extremadamente frecuentes en las palabras y en las alucinaciones del psicotizado. Por añadidura, cuanto más se estructura el delirio más se identifica el sujeto con una imagen asociada a la megalomanía.

El no funcionamiento del falo simbólico, en particular durante P_0 y P_1 , períodos en cuyo transcurso resulta infrecuente que el psicotizado llegue a instalar una imagen fálica, ya sea para representarse a sí mismo como para aprehender a los otros, hace que, por regla general, el abordaje del otro sexo

que el goce canceroso invada el cuerpo. Artaud y Zorn comparten el mismo «desastre intelectual», la misma aptitud para la «lujosa descripción de un vacío» y la misma intuición, que postula: «el espíritu siente físicamente su desposesión» (Artaud, A. *Op. cit.*, I**, pág. 168).

44. Artaud, A. *Œuvres complètes*, I**, *op. cit.*, pág. 203.

45. *Ibidem*, I**, pág. 194.

46. La inabarcable alienación en el lenguaje de todo ser hablante introduce a cada uno en la noción de pérdida del objeto, pues, como dice la fórmula de Hegel: «la palabra es el asesinato de la cosa». El significante fálico permite aprehender esa falta como una pérdida irrecuperable, un límite insuperable del goce, haciendo posible a partir de entonces un acceso pacificado de ese agujero.

le resulte muy problemático. «No he integrado psicológicamente lo que tengo entre las piernas –me decía uno de ellos–. No me siento un hombre, viril. Tengo una actitud de verificación en este sentido: orino con frecuencia, me masturbo muchas veces por día.» Cuando Wolfson se prueba en un encuentro con una prostituta, describe de manera ejemplar la ausencia del imaginario fálico: «el esquizofrénico», como se califica a sí mismo, «se encontraría súbitamente salido de la mujer «de vida alegre», sin haber encontrado alegría alguna, arrebató alguno entre los labios de su vulva ni de su vagina, las cuales le habrían parecido un poco como un auténtico vacío, como una nada».⁴⁷ Correlativamente, se siente amenazado en la integridad de las funciones de su pensamiento: expresa su «temor a volverse súbitamente confuso, o más bien petrificado...», y comprueba que le es necesario un cierto esfuerzo «para no hundirse, para no detenerse, para continuar obrando, para «vivir», para ser «sensato», «lúcido» [...] pero quizá –escribe– hacerlo es, no obstante, menos difícil que hundirse, detenerse, caer en un estado de estupor».

Cuando la forclusión del Nombre del Padre se actualiza, se revela la falta de un límite estructural, de manera que el significante se desencadena, lo imaginario se disloca y el goce se deslocaliza.

LA DESLOCALIZACIÓN DEL GOCE

En la práctica es corriente observar que el enfoque intuitivo de la noción de goce induzca a error, por ello parece necesario precisar la acepción psicoanalítica. Ahora bien, ésta se revela difícil de delimitar, puesto que se caracteriza por escapar a la representación. El goce es indecible: se deduce de aquello que orienta al sujeto en la existencia. Reside en una tensión que lleva hacia la satisfacción de la pulsión. A partir de entonces, no se confunde con el placer, principio de reducción de las tensiones físicas, según Freud. El goce arraiga en el más allá del principio del placer, allí donde el fundador del psicoanálisis distingue el fundamento de los fenómenos de repetición. El goce está muy lejos de ser siempre agradable, su tensión se parece

47. Wolfson, L. *Le schizo et les langues*. París: Gallimard, 1970. Pág. 94.

más al displacer; lo que se revela agradable se dirige a las satisfacciones pulsionales. El orgasmo es una de éstas, se trata de un momento particular durante el cual el goce consiente al placer, es decir, a una reducción temporaria de la tensión pulsional.

Al separar al sujeto del objeto primordial del goce, la castración simbólica crea una insatisfacción fundamental generadora de una búsqueda del objeto perdido, en lo cual consiste el deseo. El vientre materno es en principio aprehendido por el niño como perteneciente a su propio cuerpo [M. Klein]. Si la ley paterna se instaura, el sujeto incorpora el significante, se separa del vientre materno, vacía por eso mismo su cuerpo del goce, y localiza a éste en un fuera del cuerpo que orienta la satisfacción de las pulsiones, a partir de esas cortaduras que constituyen los bordes del organismo. En consecuencia, existen dos clases de goce, uno es posterior a una pérdida, está sometido a la ley del significante y de la castración, y sólo encuentra satisfacción por la intermediación de objetos situados fuera del cuerpo del sujeto. Es el goce fálico, «aportado por los fonemas»,⁴⁸ que permite el cierre de la significación y que da la posibilidad de gozar de la falta del Otro. Sólo llega en la medida de la extracción del objeto *a*, el cual instaura la búsqueda de objetos sustitutivos, investidos de una dimensión fálica, percibidos sobre fondo de falta del objeto perdido.

Por el contrario, el goce del Otro no está regulado por la ley del significante, de manera que encuentra su satisfacción en objetos no separados del sujeto. En términos freudianos, se trata de un goce pregenital, es decir, que no se encuentra sometido a la prioridad del falo. Se revela loco, enigmático, extra simbólico, centrado en el cuerpo del sujeto y sobre sus órganos. Lacan llega incluso a formular que el goce del Otro no existe, en el sentido en que no se le puede designar por «el», es diverso, no es automorfo, no se deja definir intrínsecamente. No obstante, todo ello no impide que se experimente. El éxtasis constituye uno de sus avatares más conocidos, el vivido por los místicos tanto como el procurado por las drogas alucinógenas. Sin embargo, esos goces del cuerpo no son necesariamente agradables: oscilan fácilmente desde la extrema voluptuosidad hasta el paroxismo de la angustia.

48. Lacan, J. *Les non-dupes errent*. Seminario inédito, 11 de junio de 1974.

Los seres hablantes que se sitúan del lado femenino [el sexo anatómico no siempre corresponde a la sexuación inconsciente] están divididos en cuanto al goce. Una mujer no está por entero en el goce fálico, estructuralmente se encuentra en relación con el goce del Otro, posee un goce suplementario.⁴⁹ Así, los éxtasis místicos han sido experimentados mucho más por mujeres que por hombres. Este goce Otro en una mujer nunca deja de estar bordeado por el goce fálico. En la psicosis no ocurre lo mismo: la forclusión del Nombre del Padre implica la ausencia de un límite del goce, el instaurado por la pérdida del objeto primordial, de manera que el sujeto psicótico se encuentra invadido por el goce del Otro, su cuerpo se convierte entonces en terreno de diversos fenómenos, agradables o penosos, voluptuosos o angustiantes.

En este sentido Schreber ha dejado un precioso testimonio. «Mi condición física —escribió— es de penosa descripción; en general, existe una rápida alternancia entre una euforia muy intensa y todas las clases de fases más o menos dolorosas y contrarias. El sentimiento de euforia procede de la voluptuosidad del alma que en ciertos momentos alcanza un grado elevado, y no es infrecuente que se vuelva tan fuerte [...] para procurarme un bienestar que dé una clara presciencia de lo que puede ser el goce femenino en el coito.»⁵⁰ «Un exceso de voluptuosidad —precisa en otra parte— volvería a los hombres incapaces de ejercer las funciones que les incumben [...] Ahora bien, en cuanto me concierne, esos límites han dejado de imponerse.» Le parece exigido por Dios verse a sí mismo como hombre y mujer en una sola persona, con el objeto de consumir el coito consigo mismo. Dios exige de su parte «un estado de goce constante».⁵¹ No se podría indicar con mayor claridad que el goce del Otro, que invade el cuerpo, rebasa un límite que se impone a la mayoría de los sujetos.

Las sensaciones de extrema voluptuosidad o de éxtasis bienaventurado no constituyen las manifestaciones más corrientes del goce del Otro. Éste suscita con frecuencia sensaciones cenestésicas diversas y penosas. Schreber atestigua dolores en casi todas las partes de su cuerpo. «Uno de los milagros

49. Lacan, J. *Encore, Le Séminaire XX*. París: Seuil, 1975.

50. Schreber, D. P. *Mémoires d'un névropathe*, op. cit., pág. 220.

51. *Ibidem*, pág. 230.

más abominables —escribe— era aquel llamado de la opresión torácica, que he vivido al menos varias docenas de veces; toda la caja torácica se encontraba entonces comprimida, de manera que el estado de sofocación provocado por la angustia respiratoria se comunicaba a todo el cuerpo.⁵² Además, con frecuencia tenía la sensación de que la pared de la bóveda craneana se adelgazaba transitoriamente, porque la sustancia ósea estaba provisionalmente pulverizada, etcétera.⁵³

Las quejas hipocondríacas vertidas por Schreber allí aparecen en el transcurso de su psicosis, durante el segundo período [P₁], pero no es infrecuente comprobar en otros psicóticos que tales fenómenos constituyen signos de entrada en la psicosis declarada.

He aquí otro ejemplo particularmente demostrativo del desencadenamiento doloroso del goce del Otro. Se trata de una paciente de cincuenta y ocho años observada por Minkowski, que anteriormente había tenido tres accesos de depresión, acompañados de fenómenos obsesivos y alucinaciones, a los dieciocho, veintiocho y cuarenta años de edad, y se encontraba inmovilizada en la cama después de una fractura no consolidada. Se quejaba de múltiples sufrimientos: «Se me arranca el cuerpo entero. Todo se remueve en mí, de pies a cabeza. No sé si todavía tengo sangre en las venas, es así de curioso. Todo el tiempo eso me pasa en los dientes y se embrolla. Me parece que me caeré a pedazos por todas partes. Diría que me siento adelgazar. Tengo la impresión de que mi cuerpo se marcha por todas partes. Me arrancan la parte de arriba de los dientes, antes me arrancaban sólo las encías [...]. Se diría que tengo diez millones de hilillos que me tiran. Se diría que mis piernas están a lo largo y que eso me arranca fuera de mí, como si hubiese hilos que tirasen hacia afuera».

«Tengo la impresión de que mi nalga derecha se despegas de mi cuerpo. Ayer, las nalgas subían muy alto en la espalda, hasta los omóplatos, hasta el cuello. Hoy es todavía peor que ayer, hoy las nalgas están encima de la cabeza. Me hago el efecto de tener una cabeza como si la boca estuviese en el vientre y mis dientes en las nalgas. Ya no sé si es un cuerpo es un bulto de dolor [...]. Ya no tengo boca de tanto que me duele. No sé si tengo manos y

52. *Ibidem*, pág. 132.

53. *Ibidem*, pág. 135.

piernas; todo está molido. Ya no tengo encías, se diría que están completamente arrancadas.»⁵⁴ Esta descripción de las perturbaciones hipocondríacas corresponde a una clínica de las manifestaciones del goce del Otro mucho más corriente y trivial que la de los arrebatamientos extáticos, sugerida por la expresión psicoanalítica.

En su comentario del caso Schreber, Freud afirma: «no podría tener por válida ninguna teoría de la paranoia que no implicara los síntomas hipocondríacos casi siempre concomitantes de esta psicosis».⁵⁵ Observación que por otra parte también viene a propósito en cuanto concierne a la esquizofrenia. Según Freud, la causa de estos síntomas debe situarse en un proceso de retirada de la libido en relación a los objetos del mundo exterior, de manera que el sujeto se encuentra conducido a concentrar la atención sobre sus órganos.⁵⁶ Lacan abandonó durante mucho tiempo el enfoque teórico freudiano de las perturbaciones hipocondríacas del psicótico porque la química de la libido —consideraba— era un mito basado en una noción hipotética e incomprensible si no se relaciona con el campo de la representación, puesto que no posee una lógica independiente de la que corresponde a la cadena significante. No obstante, en los años 1970 se abrió para él una perspectiva heurística gracias a la distinción entre dos clases de goce. Al producir un desencadenamiento del significante, la forclusión del Nombre del Padre suscita los desbordamientos del goce del Otro y convierte al psicótico en un «sujeto del goce». También consigue concebir con soltura que la deslocalización de éste, cuando no hay instalada suplencia alguna, cuando no hay ninguna defensa delirante elaborada, se traduce en una parte considerable en la emergencia de trastornos hipocondríacos. A partir de entonces, cuando Lacan caracteriza al «llamado esquizofrénico», observando que «sin el apoyo de ningún discurso establecido» se encuentra enfrentado a un cuerpo en el cual la función de cada uno de los órganos es un problema.⁵⁷ Según parece, extiende la «llamada esquizofrenia» hacia la po-

54. Minkowski, E. *Le temps vécu* (1933). Neuchâtel: Delachaux y Niestlé, 1968. Pág. 299.

55. Freud, S. *Observaciones psicoanalíticas... (caso Schreber)*, op. cit., t. IV, pág. 1.504.

56. Freud, S. *Introducción al narcisismo*. En: O.C., t. VI. México: Biblioteca Nueva, 1975. Pág. 2.023.

57. Lacan, J. «L'étourdit». *Scilicet* 4. París: Seuil, 1973.

sición en que el sujeto psicótico es invadido por el goce del Otro sin disponer de una construcción delirante para moderarlo. P_0 busca aislar esa misma posición, que la psiquiatría generalmente describe empleando el término «esquizofrenia», más particularmente en sus aspectos catatónicos y hebefrénicos, para retomar las denominaciones bleulerianas. Dichos esquizofrénicos son aquellos que no llegan a elaborar una defensa delirante lo bastante estructurada, o bien aquellos para quienes dicha defensa ha dejado de cumplir su función.⁵⁸ El esquizofrénico, subraya Jacques-Alain Miller, es «el único sujeto que no se defiende de lo real por medio de lo simbólico, como lo hacemos todos los que no somos esquizofrénicos. No se defiende de lo real por medio del lenguaje, porque para él lo simbólico es real».⁵⁹

La psicosis clínica tiende a hacer presentes los objetos de los goces pregenitales: a falta de asunción de la castración simbólica, su separación no está operada. Gracias al estudio de la sexualidad infantil, Freud había comprobado la importancia del objeto oral y del objeto anal, al tiempo que el voyeurismo y el exhibicionismo le habían permitido discernir la del objeto escópico; en cambio, no había descubierto la del objeto vocal. Lacan sin duda pudo aislar este último gracias a su mayor familiaridad con los psicóticos, entre quienes el hacerse presente [*la présentification*] de la voz se revela singularmente marcado. Cuando se sonoriza,⁶⁰ da nacimiento a las alucinaciones verbales, y en el extremo, al sentimiento de divulgación del pensamiento. Se vuelve de imposible asunción por el sujeto en el modo del Yo, de manera que entonces se encuentra asignada al Otro.

Cuando es la mirada la que demuestra ser prevaleciente, surge el sentimiento de ser vigilado, observado, espiado; y en el extremo, el de ser visto desde todas partes.

58. Entre el discurso de la psiquiatría y el del psicoanálisis, la línea de demarcación entre paranoia y esquizofrenia se separa. En lo esencial, Freud y Lacan entienden la paranoia en una acepción amplia, de acuerdo con el concepto prekraepeliniano, incluyendo en ella a la mayoría de los estados delirantes, y sobre todo a las esquizofrenias paranoides.

59. Miller, J.-A. «Clinique ironique». *La Cause freudienne, Revue de psychanalyse*, núm. 23 (1993): 7.

60. Cuando opera la castración simbólica, el objeto voz cae en lo reprimido originario, se vuelve inaudible, y constituye el punto de anclaje de la enunciación.

En lo que concierne al objeto oral, su no extracción suscita temores de envenenamiento, extravagancias alimentarias y hasta episodios de anorexia.

Finalmente, el hacerse presente del objeto anal se comprueba en los psicóticos crónicos que nunca se separan de un bulto o de un saco que guarda un misterioso tesoro, cuya revisión revela que consiste en trapos viejos, residuos menudos, excrementos secos, recortes de periódicos y hasta manuscritos abstrusos. En este sentido merecerían un estudio particular los «mendigos atesoradores» sobre los cuales Dupré llamó nuestra atención en 1913, quienes a veces aparecen muertos de frío en un solar o en una casa abandonada, cuando se descubre que sin embargo llevaban una importante suma de dinero que nunca pensaron en transmitir por herencia a nadie porque conciben su ser como inseparable del propio peculio. No todos son psicóticos, ciertamente, pero entre ellos se encuentran sujetos cuyas perturbaciones superan claramente la retención avara y obsesiva; por otra parte, se observó que algunos de ellos experimentaban alucinaciones.

Cabe señalar que el hacerse presente de los objetos del deseo, la voz y la mirada, es preponderante en la sintomatología de la psicosis; el de los objetos de la demanda anal y oral tiene un papel más modesto. En todos los casos, el objeto pulsional del psicótico se caracteriza por no estar conectado con la función fálica, de ahí su aspecto la mayoría de las veces maléfico: injurias de la voz, aojamientos o mal de ojo, envenenamiento alimentario, etcétera. A veces, por el contrario, adquiere fuerza mágica: voces mesiánicas, residuos protectores, papeles conjuratorios, etcétera. El objeto real, por no estar sometido a los límites instaurados por el campo de la significación, adquiere ora un valor desgarrante ora un valor satisfaciente: actualiza una castración no simbolizada o bien sirve a la más extrema de las satisfacciones.

La no extracción del objeto *a* se correlaciona necesariamente con la falta del falo simbólico que tiene la función de representarlo en el campo del significante. Resulta de ello, como hemos señalado, un déficit de la significación atestiguado por la esquizofrénica disminución de velocidad del pensamiento, los bloqueos [*barrages*], las frases inconclusas, etc.; sin embargo, el fallo de puntuación de la palabra, el cierre imperfecto de la significación, tiende también, a veces incluso de manera conjunta, a generar un aumento de sentido. Así, el eco del pensamiento revela que cuando el psicotizado no consigue hacer llegar la significación, suele producirse un brote de sen-

tido. Gracias a la sonorización, en las alucinaciones verbales no sólo se libera el goce del objeto vocal, sino que también surgen fenómenos intuitivos e interpretativos.

Éstos son esenciales a la lógica del delirio, puesto que la tentativa de significantización del goce puede eventualmente desarrollarse a partir de su advenimiento.

La significación enigmática emerge en lo real y conmueve al sujeto. Fue en un estado de duermevela cuando el presidente Schreber tuvo la súbita intuición, poco tiempo antes del segundo desencadenamiento de la psicosis clínica, que «de todas maneras debe ser algo singularmente hermoso ser una mujer aparéandose». ⁶¹ Semejante pensamiento para un hombre de moral tan austera, en principio se le apareció como inconveniente e inaceptable. Su extrañeza para la consciencia del sujeto resulta de la autonomización del significante en lo real. Es notable por añadidura que trate del goce, de un goce desenfrenado, y que presente a éste en una imagen [«sería hermoso»]. En todo el proceso, a partir del origen de los trastornos, el presidente Schreber nos orienta hacia los fundamentos estructurales de la psicosis. Se sabe que necesitará muchos años de trabajo del significante para crear formaciones imaginarias que le vuelvan aceptable la enigmática intuición inicial, permitiéndole instalar una precaria limitación del goce. Sólo se decidirá al cambio para convertirse en la mujer de Dios.

En cuanto concierne a Brisset, una de las fuentes de su delirio se encuentra en una alucinación verbal que lo sorprendió cuando atravesaba una plaza de Angers, ciudad donde estaba empleado en una estación después de una carrera militar notable; de pronto oyó: «Soy Dios, tú juzgas a los vivos y a los muertos». El delirio parafrénico desplegará las implicaciones de esta afirmación enigmática. En efecto, el mensaje alucinatorio conduce a Brisset poco a poco a convertirse en portavoz de Dios, identificándose con el «Séptimo Ángel del Apocalipsis», y exhumando el lenguaje de los orígenes, en el cual está incluida toda verdad, y a partir del cual parece implícito que puede juzgarse a los vivos y a los muertos. En la posterioridad del delirio, la alucinación inicial se convierte en un mensaje de Dios [«Soy Dios»] destinado a Brisset a quien le manda la misión de juzgar a los vivos y a los muertos.

61. Schreber, D. P. *Mémoires d'un névropathe*, op. cit., pág. 46.

Necesita pasar por el descubrimiento del lenguaje de los orígenes, el de los dioses, alojado en los significantes de la lengua francesa, para acordar su realidad subjetiva con el mensaje de lo real.

El valor primordial de las intuiciones y alucinaciones que se encuentran en el origen del delirio reside en un enigma crucial que el sujeto se esfuerza en resolver. A la certeza en cuanto a su designación se opone la perplejidad concerniente a su contenido. Por eso es a partir de éste que se desarrolla un trabajo de reconstrucción de la realidad que intenta que ésta se haga compatible con el fenómeno inicial.

En lo que concierne a un paranoico como Hitler, el episodio alucinatorio que vivió en 1918, poco antes de la derrota de Alemania, le remitió un mensaje que no constituía un enigma, limitándose a confiar al sujeto una misión, e incitándole a poner en acción los medios para realizarla. En efecto, internado en el servicio de psiquiatría de un hospital de Pasewalk, cerca de Berlín, el 11 o 12 de noviembre de 1918, Hitler experimentó «una visión sobrenatural» en cuyo transcurso oyó voces que le ordenaban salvar a Alemania. Poco después recuperó la vista, que perdiera por primera vez, durante algunas semanas, el 14 de octubre de 1918 a causa de una explosión de gas mostaza, y por segunda vez, el 9 de noviembre de 1918, al conocer la noticia de la insurrección revolucionaria en Alemania, que para él significaba que todo estaba perdido. A partir de entonces decidió no ser más pintor artista sino «convertirse en un hombre político, y consagrar todas sus energías a ejecutar la orden que había recibido». ⁶²

Con el objeto de escapar de la angustia inherente a P₀, que hace dicha posición altamente inestable, se revelan como posibles numerosas estrategias. Una de ellas orienta al sujeto hacia un pasaje al acto sacrificial, suicida u homicida. ⁶³ Otra, se apoya en la esperanza de que «a pesar de todo llegará el momento —como lo expresa Schreber— en que la sinrazón pasará mientras circunstancias en conformidad con la razón renacerán por sí solas». ⁶⁴ una base sobre la cual podrá intentar desplegarse la lógica del deli-

62. Toland, J. *Adolf Hitler*, I. París: Pygmalion, 1978. Págs. 19-20.

63. Cf. Maleval, J.-C. «Logique du meurtre immotivé». En: *Psychose naissante, psychose unique?* Obra colectiva bajo la dirección de Henri Grivois. París-Milán: Masson, 1991. Págs. 43-67.

64. Schreber, D.P. *Mémoires d'un névropathe*, op. cit., pág. 265.

rio. Ya volveremos a este punto. Otra estrategia consiste en negarse a considerar que se despliega un enigma.

ACONDICIONAMIENTOS DE LA POSICIÓN ESQUIZOFRÉNICA

Puesto que sabemos que la perplejidad inicial está acompañada de una angustia insoportable en relación a la cual todo sujeto se encuentra necesariamente conducido a reaccionar, debe comprobarse que existen acondicionamientos de la posición del sujeto en aquellos que no superan la primera fase de la psicosis, durante la cual las construcciones defensivas del delirio demuestran estar casi ausentes. Cuando no se opera una movilización del significante con el objeto de intentar el enmascaramiento del agujero de lo simbólico, el psicotizado se presenta casi siempre con el aspecto de un hebefrénico o de un catatónico. Según parece, en esas patologías la desposesión del significante conoce sus realizaciones más acentuadas, de manera que el goce deslocalizado invade un cuerpo ora pasmado ora atravesado por impulsos inesperados ora atormentado por sufrimientos hipocondríacos. La presentación del sujeto traduce su decadencia de manera manifiesta.

El catatónico alcanza a protegerse de las angustias de la perplejidad al precio exorbitante de la obliteración del pensamiento. Lo que sobrevive del lenguaje puede aún más o menos ser apropiado para la satisfacción de las necesidades, pero ya no alcanza para la reflexión. La autodescripción que sigue, ofrecida por Jaspers, permite penetrar en la vida interior del catatónico agitado: «Mi estado durante la agitación —atestigua con posterioridad el sujeto— no era de furia, no había en mí ningún sentimiento particular, fuera de la alegría puramente animal de moverme; no era la maligna excitación que se puede tener cuando se quiere asesinar a alguien ¡muy lejos de ello! era completamente inocente. A pesar de ello, padecía una molestia tan fuerte que no habría podido evitar saltar. En esos momentos sólo puedo compararme con un jabalí o un caballo salvaje... sólo se agrega una alegría, una exuberancia, un placer de vivir que nunca había sentido tan fuertemente. [...] Estoy orientado, veo todo, pero no lo tengo en cuenta, continúo siguiendo libremente la excitación. Sobre todo no tengo para nada en cuenta a las personas, aunque las vea y las oiga. Pero estoy muy atento a no caer... Enton-

ces, cuando me paran y devuelven a la cama, estoy muy asombrado por ese súbito cambio, me siento ofendido, y forcejeo. Las descargas motoras no se hacen saltando, sino peleando; pero ese no es un signo de irritación... No hay concentración del pensamiento. A veces, durante un momento de lucidez, tengo consciencia de ello directamente [pero no siempre]. Pero entonces advierto que soy incapaz de construir una frase... Ahora me parece que aquella época haya sido como una completa descomposición... Con todo eso, jamás tenía el sentimiento de una perplejidad o de una insuficiencia; me parecía que no era yo quien estaba en desorden, el caos era exterior a mí, que allí estaba la causa de todo eso... Nunca tenía miedo... También recuerdo haber hecho largos discursos al atardecer, pero ya no sé acerca de qué; he olvidado los detalles por completo, pensamientos desordenados; ideas tan descoloridas y confusas, tan poco precisas...». ⁶⁵

En el síndrome catatónico se manifiesta el desinvestimiento del lenguaje y del pensamiento que troncha toda posibilidad de hacer llegar la perplejidad angustiante, al tiempo que se libera un goce ingobernable del cuerpo.

Los hebefrénicos pueden recurrir a una forma de estabilización semejante que reside en un rechazo activo de toda interrogación. Su manera de expulsar las angustias de la perplejidad consiste en deshacerse de todo problema. A partir de entonces acceden a una despreocupación correlativa de una liberación de la existencia del sujeto. «La metafísica de la inercia se manifiesta como una normalización de la perplejidad» ya observaba muy correctamente Jacques Vié. ⁶⁶ «Lo que nos atrae y moviliza hacia el mundo —escribió Blankenburg— deja en la indiferencia a esos pacientes. No se dejan coger por nada, ni por su honor, ni por su orgullo o por no importa qué otra cosa, con frecuencia ni siquiera por su punto débil. Cuanto los médicos, enfermeros, auxiliares de limpieza, etc., hacen alrededor de ellos, lo viven desde el exterior, a una gran distancia, tanto es así que tienen la impresión de una *maquinaria y fabricación* funcionando en el vacío». ⁶⁷ La alegría necia es muy característica de la presentación de los hebefrénicos, y da tes-

65. Jaspers, K. *Psychopathologie générale*. París: Alcan, 1933. Págs. 540-541.

66. Vié, J. «Quelques terminaisons de délires chroniques». *Annales Médico-Psychologiques*, II, núm. 4 (noviembre de 1939): 483.

67. Blankenburg, W. *La perte de l'évidence naturelle*, op. cit., pág. 181.

timonio de la actividad de éstos en la aniquilación de toda seriedad, es decir, de toda puesta en serie.⁶⁸ Esos pacientes emplean de buena gana lo que J.-A. Miller despeja como la ironía de los esquizofrénicos. Que no debe confundirse con el humor, el cual se inscribe en la perspectiva del Otro, mientras que la ironía, subraya dicho autor, va contra el Otro: «aquella dice que el Otro no existe, que en el fondo, el vínculo social es una estafa».⁶⁹

Cuando un esquizofrénico acepta prestarse a una entrevista, el uso del diálogo propio de la presentación del enfermo pone frecuentemente en juego este mecanismo:

Pregunta: —¿Desde hace cuanto tiempo está usted aquí?

Respuesta: —No sé nada; me han cogido la virginidad para ponerla en una custodia; era bonita una bella piel blanca.

P.: —¿Desea usted salir del hospital?

R.: —Sí; me imagino que soy Ana Bolena, tengo la locura histórica. [...]

P.: —¿Quien le ha dado esa bonita manzana?

R.: —La he robado como Cartouche y Mandrin; para evitar a los conductores, el «Correo de Lyon» el bosque de Sénart ¿Por qué Carlos IX inventó el día del año? En el muérdago el año nueve.⁷⁰

Esta carta reivindicativa de Jeanne Tripier es también ironía esquizofrénica:

«Desde Maison Blanche; hospital de los alienados 28 / 7 / 36

Carta abierta al Sr. Procurador General de la República Francesa, argentina;

Juana de Arco, Medium de primordial necesidad Justiciera en jefe del pueblo bárbaro y del universo entero tiene el honor de recordarle que ciertos Mediums antiguos notables escapan a sus Misiones primordiales pretextando que serán internados si se manifiestan. Prefieren actuar desde sí mismos; y nosotros debemos hacerle observar que Santa Cecilia está interna-

68. N. del T. Para Lacan la seriedad consiste en seguir una serie; de aquí este juego de palabras.

69. Miller, J. A. «Clinique ironique». *La Cause freudienne, Revue de psychanalyse*, núm. 23 (1993): 7.

70. Pelletier, M. *L'association des idées dans la manie aiguë et dans la débilité mentale*. París: Jules Roussel, 1903. Págs. 75-83.

da también en *Maison Blanche*, con las Iniciales primitivas obdqxyz-abdqrgstuwaiz oubdqjassitgapdqairstuxaiz honorífica [...].⁷¹

Como puede verse, estos fragmentos no corresponden exactamente a lo que se entiende de manera general por «ironía», los procedimientos característicos de ésta no están bastante en acción: ni preguntas que fingen ignorancia, ni expresiones contrarias al pensamiento. No obstante, si se quiere entender la ironía en el sentido amplio que le asigna J.-A. Miller, aparece en la mayoría de las producciones del esquizofrénico: ¿acaso la esquizofasia, en su implícita burla de las convenciones léxicas no es ironía esquizofrénica? Y más en general ¿no se encuentra en acción en los trabajos de descomposición del lenguaje a los que se entregan muchos «autores bastos»? El efecto cómico es pobre, y suele estar ausente, no se apunta a él, más bien se trata de una tentativa de estar cómodo con «el saber que el Otro no sabe, es decir, que como Otro del saber no es nada. Mientras que el humor se ejerce desde el punto de vista del sujeto-supuesto-saber —precisa J.-A. Miller— la ironía sólo se ejerce allí donde la decadencia del sujeto-supuesto-saber ha sido consumada».⁷² En la acepción restringida de Lacan, el esquizofrénico es un ser hablante para quien «todo lo simbólico es real»,⁷³ y no semejante, como para el neurótico o el perverso. Resulta de ello que no se encuentra en condiciones de protegerse contra lo real. No obstante, algunos acondicionamientos para distanciarse de la angustia siguen siendo posibles. Uno de ellos reside en la ironía tomada como modo de arreglárselas con la perplejidad. Reiteración esquizofrénica —observaba Lacan en 1954— del primer paso de todo movimiento dialéctico centrado sobre la oquedad de un vacío. La ironía esquizofrénica sólo alcanza el efecto cómico por inadvertencia; no suele recurrir lo bastante a los procedimientos retóricos usuales, se manifiesta más fácilmente en una disposición burlona insistente que atestigua un rechazo de la creencia en el saber del Otro ¿Da testimonio de alguna otra cosa que no sea una tentativa de subjetivación de la perplejidad?

El delirio no apunta a los mismos fines, sino que tiende hacia la identificación del goce en el Otro, constituye «una prueba de rigor» [Lacan], su seriedad es incompatible con la ironía.

71. Tripier, J. Citada por Thévoz, M. *Écrits bruts*. París: PUF, 1979. Pág. 202.

72. Miller, J.-A. «Clinique ironique», *op. cit.*, pág. 8.

73. Lacan, J. «Réponse au commentaire de Jean Hyppolite». En: *Écrits*, *op. cit.*, pág. 392.

La elaboración de un delirio sólo constituye una de las maneras posibles de salida de P_0 , y sin duda no es la más frecuente. Grivois observa que lo que él llama la «psicosis naciente» conoce «numerosos tipos de evolución». El sujeto —escribió— después de algunas semanas, a veces retorna poco a poco a su estado anterior, con frecuencia después de haber atravesado un largo período de inacción y de sufrimiento. «Más tarde, si recae puede curarse de nuevo pero también puede delirar o recaer de nuevo y entrar en una evolución constituida por episodios de algunas semanas o hasta de algunos meses. Entonces toma por caminos que conciernen antes a la conducta que al delirio. Hecho excepcional, una acción violenta cometida de entrada en nombre de la humanidad libera al paciente de su centralidad. Al fin ocurre que el paciente se derrumba, bloqueado o en sobrecalentamiento temático, multiplicando las dificultades y los trastornos relacionales».⁷⁴

El estudio de la lógica del delirio desarrollado en este trabajo, poniendo el acento en su función defensiva, podría sugerir erróneamente que hay que favorecer la construcción del delirio con el objeto de permitir al sujeto escapar a la angustia extrema inherente al período inicial de perplejidad. Subrayemos que no hay nada de esto. No puede ponerse en duda la experiencia de quienes afirman que «la psicosis naciente» constituye una urgencia absoluta de cuidados, y que el único control posible de dicho estado, por el momento, sólo puede proceder del exterior.⁷⁵ En principio, parece imponerse una atenuación de las manifestaciones del goce deslocalizado mediante la quimioterapia; con frecuencia, ésta queda enmarcada en la interacción del paciente. Todo ello es bien sabido, pero no lo es tanto la necesidad de agregar a tales intervenciones una práctica sostenida de entrevistas centradas en los fenómenos elementales. «Numerosos autores [sobre todo de lengua alemana] —escriben Sauvagnat y Vaissermann— han demostrado que estos fenómenos elementales estaban casi siempre marcados por momentos de un cierto tono de duda cuya precisa puesta en evidencia puede tener un efecto terapéutico, atenuando notablemente los riesgos subsiguientes de pasaje al acto. La mayoría de los fenómenos elementales tienen, igualmente, particularidades temporales y significativas que permiten considerar una

74. Grivois, H. *Le fou et le mouvement du monde*. París: Grasset, 1995. Pág. 84.

75. *Ibidem*, pág. 185.

posición diferente del sujeto en relación a ellos. Desde esta perspectiva, es posible sustituir la noción de proceso psicótico por la de proceso de significación, en la cual no debemos limitarnos simplemente a obstaculizar los efectos. Se trata, igualmente, de intentar descubrir en qué condiciones el sujeto puede situarse de manera diferente, de forma que consienta en cierta forma ir a vivir en el lenguaje.»⁷⁶ Según los conocimientos actuales, la asociación de entrevistas centradas en los fenómenos elementales, con la qui-mioterapia, y hasta con la internación, constituye sin duda la mejor manera de evitar la estructuración de una psicosis clínica.

Sin embargo, quedan ciertos sujetos que se ven conducidos a elegir el delirio a causa de no poder regresar a su anterior estado pre-psicótico.

76. Sauvagnat, F.; Vaissermann, A. «Phénomènes élémentaires psychotiques et manoeuvres thérapeutiques». *Revue française de psychiatrie* (diciembre de 1990): 351.

7. SIGNIFICANTIZACIÓN DEL GOCE DESLOCALIZADO [P₁]

El enigma que se encuentra en el origen del delirio persiste durante P₁, puesto que dicho período se caracteriza por una enorme movilización del significante, que se esfuerza en resolverlo, sin conseguirlo todavía. «La concordancia entre calma momentánea y emergencia de temas delirantes variados se conoce desde hace mucho tiempo; el paciente menos agitado y menos angustiado es también menos inquietante.»¹ Nadie lo pondrá en duda, puesto que ni siquiera un autor como Henri Grivois, muy alejado de tener en cuenta la tesis freudiana concerniente a la función del delirio, puede evitar recordarla. Desde principios de siglo Jaspers observaba que el ánimo [«Stimmung»] delirante, «sin contenido determinado», que se advierte en el linde de la psicosis, resulta completamente insoportable al psicótico. «Los enfermos —escribe— sufren terriblemente, y la adquisición de una representación determinada es como un alivio. El enfermo experimenta un sentimiento de inestabilidad y de incertidumbre que lo empuja instintivamente a encontrar un punto fijo donde pueda mantenerse y aferrarse. Y encuentra dicho complemento, refuerzo y consuelo tan sólo en una idea.»² Al mismo tiempo, Charles Blondel intenta especificar la «Consciencia mórbida»³ en un libro que Lacan calificó en 1955 de «obra valiosa»,⁴ subrayando la emergencia inicial de un «misterio angustiante» y de una «primitiva resistencia a la conceptualización». Este autor insiste en dicho texto acerca de la naturaleza diferente

-
1. Grivois, H. *Le fou et le mouvement du monde*. París: Grasset, 1995. Pág. 179.
 2. Jaspers, K. *Psychopathologie générale* (1922). París: Alcan, 1993. Pág. 87.
 3. Blondel, C. *La conscience morbide* (1914). París: Alcan, 1928.
 4. Lacan, J. *Les psychoses, Le séminaire III*. París: Seuil, 1981. Pág. 31.

de la consciencia mórbida, sin precipitarse, como lo hacen nuestros contemporáneos, en convertirla en una consciencia debilitada.⁵ La comprobación de un misterio angustiante —escribe Blondel a propósito de la consciencia trastornada del psicótico— «nos parece extremadamente significativa. Si ella supone la entrada en juego de la actividad intelectual, al mismo tiempo subraya el fracaso, puesto que manifiesta que los estados mentales que la necesitan contradicen toda experiencia anterior y en consecuencia escapan a toda denominación. Ininteligibles, extralógicos, inefables, estamos limitados a considerarlos como del orden de los sentimientos. Pero los estados afectivos normales son susceptibles de recibir nombres y en consecuencia, de conceptualizarse. Por lo tanto entre éstos y los estados con los que, a falta de algo mejor los emparentamos, es menester que exista alguna diferencia fundamental». Con muchos otros clínicos, Blondel comprueba la existencia de una falta de la función de simbolización en el principio de la «consciencia mórbida» del psicótico. Por añadidura, dicho autor insiste en el trabajo de ésta para encontrar remedio. «E importa poco para nuestra tesis —agrega— que el misterio no permanezca inefable, si lo es en su origen, y si a través de todas las explicaciones que engendra conserva algo de su primer carácter. Repugna al pensamiento humano inmovilizarse en lo inefable, y nosotros ya hemos demostrado cómo se comporta aquél en relación al misterio de la consciencia mórbida, esforzándose en obtener una especie de degradación discursiva y sustituirla por un sistema de equivalentes conceptuales. De esa manera se dilata en interpretaciones delirantes. Pero sucede que las explicaciones que se da no alcanzan a disimular el misterio como tal.»⁶ Tal es lo que se comprueba cuando la elaboración delirante no supera la segunda fase lógica.

-
5. «La clínica mental —escribe Blondel— ha establecido una distinción definitiva entre las demencias congénitas o adquiridas, agudas o crónicas, y los trastornos mentales de toda clase que no manifiestan un debilitamiento intelectual, las psicosis propiamente dichas. Para la psicopatología existe el interés de adoptar esta distinción y tomarla como punto de partida» (Blondel, *op. cit.*, pág. 2). Que se compare ese fragmento con la sesión de apertura del seminario de Lacan sobre las psicosis: «Psicosis no es demencia; las psicosis —afirma éste— si queréis. No hay razones para negarse el lujo de emplear esa palabra; la que corresponde a lo que siempre se ha llamado, y que legítimamente sigue llamándose las locuras» (Lacan, J. *Les psychoses*, *op. cit.*, págs. 244-245).
 6. Blondel, C. *La conscience morbide*, *op. cit.*, págs. 244-245.

La angustiante y misteriosa problemática de feminización con la que Schreber se encuentra enfrentado durante P_1 , le da «el sentimiento de tener que resolver una de las mayores dificultades que jamás se plantearan a un ser humano».⁷ Sin embargo, en cuanto le concierne, conjuntamente aparecen otros enigmas. Así, un «asesinato de alma originaria», perpetrado por el profesor Flechsig, sería el fundamento del que él ha padecido. Habría tenido lugar «largo tiempo atrás», «quizá en el siglo XVIII», sin que Schreber pueda precisar cual fue exactamente «la parte que se representó en torno a los apellidos Flechsig y Schreber». Agrega que «probablemente esos apellidos» no especifiquen «individuo particular alguno de estas familias». El asesinato de alma habría tenido lugar entonces, en una remota historicidad que pone en imagen el fundamento de la estructura, aprovechando la captura del patronímico del sujeto por otro signifiante. Es un inmejorable ejemplo de la situación en que el signifiante unario —aquí evocado por el signifiante Schreber—, base de la identificación primordial, deja de representar al sujeto del inconsciente junto a los otros significantes de la cadena, y éste queda parasitado por el discurso del Otro, desorganizado, en un mundo donde los enigmas tienden a brotar.

Entre las funciones principales, el Nombre del Padre posee la de asegurar la consistencia del discurso del sujeto, y la de pacificar las interrogaciones desestabilizantes con las preguntas sobre los orígenes y las causas, las cuales no pueden encontrar respuestas adecuadas en el campo del lenguaje. Schreber indica claramente la falta de fundamento paterno. Cuenta que cuando asistió a los trabajos realizados en el jardín del hospital, en el interior de sus nervios se le suscitó un «Entonces por qué» o un «Por qué porque», de manera que se vio forzado a darse «toda clase de explicaciones circunstanciadas sobre las lindes o fronteras de esos trabajos»; «para cada hecho, para cada sensación, para cada idea que concibo —precisa— me nace la obligación de hacer presente en mi consciencia la pregunta de su causa». Desde luego que comprueba que «en muchos de esos casos, sobre todo los de la percepción, no es realmente fácil encontrar a la pregunta acerca de su por qué una respuesta justa que satisfaga al espíritu humano, y en la mayoría de estos ejemplos el solo hecho de plantear en relación a ellos esta pregun-

7. Schreber, D.P. *Mémoires d'un néropathe*, op. cit., pág. 128.

ta: «¿Entonces, por qué?» debería volver evidente la ineptia de la faena en sí». ⁸ Comprende muy bien que aquél que quiere responder a esta clase de preguntas sólo puede frenar la deriva de las interrogaciones recurriendo a un principio divino. Se ve igualmente atormentado por una investigación del origen de las palabras que lo incita, por ejemplo, a interesarse en la etimología ⁹ o a preguntarse por qué el señor Schneider se llama así. Cuando surgió esta última pregunta, no dio tregua a sus nervios: «¿Por qué ese hombre es el señor Schneider, o por qué se llama señor Schneider? La pregunta sobre la causa –escribió– seguramente del todo extraña al plantearse en este caso, atrapa mis nervios en una especie de engranaje mecánico, y éstos se agotan en incesantes repeticiones [...]. Si acaso en una primera etapa mis nervios fueron conducidos a dar esta respuesta: *Pues bien, ese hombre se llama Schneider porque su padre también se llama Schneider*, no pueden encontrar verdadero sosiego en una respuesta tan trivial. Y entonces se articula toda una serie de faenas de investigación sobre los fundamentos y el origen de los apellidos entre los hombres, sobre las diferentes formas que adoptan esos apellidos según los pueblos y las épocas, y sobre los diversos modos de relaciones [clan, relación de filiación, características físicas...] que señalan como prioridad». ¹⁰ Sérieux y Capgras, entre las formas del delirio de interpretación, describen una variedad que llaman «el delirio de suposición». Centrado en el campo de la paranoia, dicho estudio no les incita lo bastante como para distinguir en ese período de «suposición» un carácter inherente a la lógica del delirio. «Por lo general –escribieron– las interpretaciones son precisas: un hecho observado comporta una conclusión firme. En algunos casos, por el contrario, a pesar de la abundancia, falta la afirmación categórica; el enfermo se mantiene indeciso y no sabe con qué afirmación quedarse, de ahí procede una sistematización imperfecta. Se trata de un auténtico delirio de suposición, de interrogación, constituido no por convicciones sino por du-

8. *Ibidem*, pág. 90.

9. Schreber observa que en los tiempos en que tenía buena salud, los temas de etimología ya habían cautivado «infinitamente» su atención (*Ibidem*, pág. 191). Esta preocupación por el origen, que se encuentra con frecuencia en los psicóticos, constituye una de las razones que sugieren que la psicosis clínica arraiga en una estructura ya presente mucho antes que los trastornos se manifiesten.

10. Schreber, D.P. *Mémoires d'un névropathe*, op. cit., pág. 191.

das delirantes [Tanzi].» En esta variante de la actitud interrogativa, ya mencionada durante P₀, podemos comprender de manera muy directa la ausencia de la significación fálica, que vuelve al sujeto incapaz «de afirmación categórica». No obstante, el material aportado por las interpretaciones hace de esta clínica una forma más rica que las evocadas con anterioridad, lo cual justifica que se la inserte en P₁. Sérieux y Capgras describen con perspicacia la indecisión del paciente atormentado por las suposiciones delirantes: «Se suceden gestos inquietantes, palabras equívocas, alusiones misteriosas, maniobras subterráneas; se pierde en cálculos infructuosos, se extravía en medio de enigmas indescifrables; está hundido en una profunda oscuridad, se debate en las tinieblas, no comprende nada... acerca de lo que tengan en su contra todos esos hostiles que desconoce». Acusa ya a uno, ya a otro, sin alcanzar a fijar sus sospechas: hoy una frase lo esclarece, mañana un incidente sospechoso lo pone todo en duda. Intenta traducir en una frase precisa lo que está en el fondo de esas múltiples suposiciones, protesta: «Pregunto —dice—, emito hipótesis, tan sólo hipótesis». Sin embargo, si se juntan esas preguntas y conjeturas diversas, se distingue allí el sustrato de un delirio coordinado; pero dicha tentativa de sistematización no se fija. Aunque el sujeto ya disponga de un material significativo suficiente como para elaborar una construcción delirante, todavía no es apto para identificar su goce en el campo del Otro, de manera que sus interpretaciones no encuentran la manera de organizarse a partir de un centro.

«Esa falta de certeza —observan Sérieux y Capgras— no implica una psicosis pasajera; esta forma también es incurable,¹¹ y tan invasora como las mejor organizadas. Cada día el enfermo descubre nuevos motivos de sospecha, llega a dudar de la realidad del medio donde vive, se pregunta si no está rodeado de gente disfrazada, no lo asegura, acepta un momento la contradicción, para retomar de inmediato la serie de investigaciones: «Me devano los sesos —dice— puedo suponerlo todo ¿estoy acusado de algo? ¿que me lo digan! Planteo todas las hipótesis posibles e imaginables».¹²

Las rupturas de la cadena significativa suscitadas por la falta de la función fálica, en una primera fase lógica son generadoras de perplejidad. Con

11. En 1909, la mayoría de las psicosis aún eran consideradas incurables.

12. Sérieux, P.; Capgras, M. *Les folies raisonnantes*. París: Alcan, 1909. Pág. 169.

el objeto de poner remedio a ésta, pero de una manera precipitada, ciertos sujetos recurren al lenguaje esquizofásico. Éste ya no permite descubrir los bordes del agujero, el enigma manifiesto ha desaparecido; sin embargo, permite discernir con claridad la existencia de una falta fundamental: la de un principio adecuado para dar consistencia a la cadena significativa.

He aquí una carta que transcribe [esquizografía] lo que algunos sujetos se contentan con enunciar:

«París, este 4 de junio de 1931.

«Señor Mericain* del cernícalo y del pretorio,

«Si existen apellidos bien musos [mus*] para marcar poesía la suma de los arropados ¡oh! dígame, no es aquél de la Calvée. Si hubiese hecho Pascuas antes de los Respans*¹³, es porque mi Escuela está para asestarle a usted golpes de alcaraván mientras usted no haya asegurado enteramente el servicio. Pero si usted quiere hacer el mirlo con garduña y tan bello es el terreno que hay que sobrevaluarlo con hechos es porque usted es as de la fiesta y todos nosotros debemos llorar [...] Mi destino es abrigarlo a usted si usted es el pánfilo que veo que fue, y, si ese gallo con asno fue el pez de prueba, es porque he creído caduco que usted fuese malo».¹⁴

Debe señalarse que la esquizofasia no es la incoherencia: en el texto precedente se ha respetado la sintaxis. La esquizofasia constituye un modo de expresión en el cual la confusión es sólo aparente: el sujeto busca en ella expresar un pensamiento más o menos comprensible. La expresión esquizofasia no designa el conjunto de los comportamientos verbales de los esquizofrénicos, sino sólo éste, infrecuente y espectacular, propio de una reducida minoría de aquéllos.

EL DELIRIO PARANOIDE

Si los síndromes hebefrénicos y catatónicos están claramente correlacionados con P_0 , en lo que respecta a P_1 , el síndrome más característico parece re-

13. N. del T. Los neologismos señalados con asteriscos son los del original.

14. Lévy-Valensi, J.; Migault, P.; Lacan, J. *Écrits «inspirés»: Schizographie* (1931), citado en: Lacan, J. *De la psychose paranoïaque dans ses rapports avec la personnalité*. París: Seuil, 1975. Págs. 371-372.

sidir en el delirio paranoide, esto es un delirio no sistematizado que adopta variadas formas: agresión, transformación corporal con experiencias misteriosas, influencia, posesión, celos, hechicería fantástica, sentimientos cósmicos o hipocondríacos, etcétera. De hecho, no hay tema que el delirio paranoide rechace. Es un conjunto de afirmaciones, hipótesis, fabulaciones que se enriquecen, se derrumban, se contradicen. En apariencia, el sujeto permanece aún más preocupado por su estado cenestésico y afectivo que por su dialéctica. Cuando numerosos temas concurren en la expresión de su estado, parecen aceptados sin elección, sin eliminación y sin esfuerzo de fusión, de ahí el polimorfismo simultáneo y la movilidad en el tiempo. Los temas delirantes con frecuencia tienen origen alucinatorio. Son borrosos, imprecisos, inconsistentes, y seguir los detalles de su exposición constituye una difícil tarea, lo que reduce su fuerza dramática y convincente. En resumen, un caos indescriptible de relatos, quejas, sensaciones diversas, que atestiguan una fría indiferencia hacia la verosimilitud, los datos empíricos y la argumentación lógica. La actividad intelectual parece no conseguir nunca una expresión adecuada y proceder mediante aproximaciones sucesivas.

La movilidad, la variabilidad, la falta de relación entre las ideas, con frecuencia el carácter absurdo de éstas, hacen de la incoherencia uno de los rasgos más característicos del delirio paranoide. Un sujeto observado por Ségla emite las siguientes palabras: «Ha sido pronunciada la pena de muerte contra él. ¿La puerta es de madera, de acero, de hierro o de tierra politécnica? Es el teléfono lo que le molesta. Si fuera ciego se lo metería en un agujero. Empuja muy bien. Quiere invitar al mundo, lo cual es la vida novelesca. Pregunte, usted será recomendado. Él es uno de los siete Cochefert¹⁵ de París. Es fácil resurtir las razas. Él debe marcharse por el estrecho de paso. Él no está enfermo. Él se mantiene en su probidad, pero hay bandejas que se siguen, y por la combinación de las bandejas se hace confesar cosas a los individuos. Él tiene el corazón hipertrofiado. Se lo juzga. Sufro. Hay que plantar flores y ponerse a régimen vegetariano».¹⁶

La incoherencia manifiesta de los delirios paranoides no obstante permite descubrir ciertas orientaciones. Así, en las palabras del paciente antes

15. N. del T. Neologismo.

16. Ségla, J. «La démence paranoïde». *Annales Médico-psychologiques* (1900): 232-46; retomado en: *Les édifices du délire*. París: Navarin, 1987. Pág. 117.

considerado, aún permanecen distinguibles temas de persecución, de grandeza y de hipocondría. Los tres encuentran fundamento en las características de la estructura psicótica, de manera que es infrecuente que falten. El tema megalomaniaco se expande durante el último período del delirio [P_3], y arraiga en el consentimiento del goce del Otro. La hipocondría es un efecto de la falta de la significación fálica liberadora de un goce del cuerpo no regulado. En cuanto a la persecución, la tendencia secundaria a la hostilidad del automatismo mental, según Clérambault, resulta no sólo de la emergencia de una figura del goce desenfrenado, sino también de la reducción de la relación con el otro a la pura relación especular, consecuencia de la carencia de la mediación paterna. La forclusión del Nombre del Padre comporta una regresión al enfrentamiento especular de la fase del espejo, durante la cual el sujeto construye su yo alienándolo en una imagen extraña. Ello suscita fácilmente una sintomatología de pérdida y de captación de identidades, de surgimiento de sosías y de dobles, o de reconstrucción del cuerpo, todo ello en la mayoría de los casos vivido en un registro de agresiones y de devoraciones recíprocas. Los *Cuadernos de Rodez* de Antonin Artaud ofrecen numerosos ejemplos de encaje de identidades:

«El espíritu —escribió— ha hecho un cuerpo sin Cécile y sin Catherine, y que se llama Anie y me ha amado para hacer que olvide mi sueño, yo destruí ese cuerpo y pongo a Catherine en su lugar.

Pongo a Cécile en madame Dequeker.

No pongo nada en madame Régis.

Le quito a la nieta que ha hecho y la pongo sobre el cuerpo de Anie.

Le quito el cuerpo y lo pongo en el cuerpo de Catherine.

Catherine Corbin vendrá a verme aquí a través del de Anie.

Cécile vendrá a verme a través del cuerpo de Sonia, en el de Adrienne Régis.

Cécile vendrá a verme aquí en el cuerpo de Anie Mossé y Catherine Chilé en el de Adrienne Régis».¹⁷

Los estratos de identificación cuyos depósitos constituyen el yo del sujeto, tienden a emanciparse, a falta de la unificación asegurada por la función del significante unario, de manera que las múltiples identidades adquieren carácter de extrañeza para el sujeto, mientras tanto el mismo

17. Artaud, A. *Œuvres complètes*, XX. París: Gallimard. Pág. 25.

fenómeno se produce en espejo en cuanto respecta a la aprehensión de los otros.

Se sabe que Antonin Artaud estuvo internado entre los años 1937 y 1946. Durante la ocupación alemana, en 1943, salió de la ciudad de Ville-Evrard subalimentado, delirante, en el más grave estado de deterioro que haya conocido. Fue gracias a los esfuerzos de Robert Desnos y de Gaston Ferdière que tuvo la posibilidad de ingresar al hospital de Rodez donde permaneció durante tres años. Gracias a los estímulos del segundo, médico jefe del establecimiento sanitario de acogida, retomó la escritura. Su producción, muy abundante a lo largo de este período, da testimonio de lo que se denomina un delirio paranoide¹⁸ en el enfoque descriptivo de la psiquiatría. No obstante, merece que nos detengamos en ello: se trata de una enorme elaboración intelectual en cuyo seno el genio poético confiere una lucidez que lleva a los límites extremos del «litoral»; a la frontera entre saber y goce dibujado por la letra. La publicación de los *Cuadernos de Rodez* [*Cahiers de Rodez*], confirma mejor que cualquier otra obra, sin duda con la excepción de *Finnegans Wake*, la observación de Lacan acerca de la «literatura llamada de vanguardia», según la cual está «ella misma hecha de litoral:¹⁹ y entonces no se sostiene de la apariencia, pero por ello no prueba nada más que la ruptura que sólo un discurso puede producir, con efecto de producción». ²⁰ En las comarcas áridas donde se aventuran los funámbulos trágicos del litoral [Hölderlin, Roussel,²¹ Van Gogh, etc.], sopla eso que Artaud llama con magnífica eficacia «las rachas de la nada»²². Éste se queja del «monstruoso silencio que lo rodea», arrojado sobre él por los dioses —cree— como una venganza por haberlo hecho nacer con una «implacable lucidez». ²³

18. Frogé, E. «Antonin Artaud et le délire paranoïde». Tours, 1969. Tesis de Medicina.

19. N. del T. El empleo del vocablo *littoral* (cast.: litoral), tiene valor de retruécano paradjico literatura + oralidad, y en la frontera de la razón.

20. Lacan, J. «Lituraterre». *Ornicar? Revue du champ freudien*, núm. 41 (1987): 11.

21. Maleval, J.-C. «La fonction de suppléance du procédé esthétique de Raymond Roussel». *Cahier de l'Association de la Cause freudienne Val de Loire & Bretagne*, núm. 4 (primavera de 1995): 83-95.

22. Artaud, A. *Oeuvres complètes*, VIII. París: Gallimard, 1971. Pág. 65.

23. Artaud, A. *Lettres à Génica Athanasiou*. París: Gallimard, 1969. Págs. 295-296.

Afirma haber sido enfrentado desde los seis años de edad, al pavoroso descubrimiento de la insondabilidad de su yo.²⁴ A los ocho años se pregunta qué es vivir.²⁵ La imposibilidad de comprender el ser por el significante no dejó de atormentarlo. Cuando se le representó con claridad el carácter inane de sus esfuerzos muchas veces renovados, vituperó y pretendió haber estado a punto de superar los límites del espíritu: «La resolución del problema del ser —escribió— es cagar en la piel de gilipollas de todo sacerdote con todo el odio necesario y sin creer en ninguna ciencia, y sin dejarse llevar por espíritu alguno, pero anundando debajo de uno, y destrozando en uno mismo la idea de todo espíritu».²⁶ Sin embargo, siempre renace la esperanza de que al fin se revele «la última clave». Artaud, igual que Hölderlin, no renunció nunca a encontrar una articulación entre la poesía y lo insondable. No es infrecuente que el trabajo artístico se asocie con el delirio. La colección de dibujos, pinturas y esculturas de hospitales neuropsiquiátricos de Prinzhorn²⁷ pone en evidencia que en su origen un gran número de realizaciones artísticas de psicóticos formalizan alucinaciones: tienen como objetivo forzar lo real, ya que no puede ser mediante el significante, al menos lo intentan en los marcos de lo imaginario. Van Gogh, que tenía el sentimiento de «pintar el infinito»²⁸ lo sugería claramente cuando comprobaba que el trabajo le servía de «pararrayos» contra la enfermedad.

Existen artistas que consiguen avanzar hasta los límites del litoral poniéndose al abrigo de las rachas de la nada. Ésta, en Mallarmé, adopta el nombre de «el azar» o de «el Abismo» a quienes está consagrada su poesía, pero al contrario de Artaud o Holderlin, todo su ser no está comprometido en una búsqueda imposible de su aprehensión por el significante. Su poesía, ciertamente, está atormentada por la imposibilidad del signo en aprehender el ser, pero para él sigue siendo un proceso intelectual que sólo comporta un goce limitado. Las rachas de la nada no llegan a disociar su pensamiento porque dispone de la función del significante fálico, correlativo a la del Nom-

24. Artaud, A. *Nouveaux écrits de Rodez*. París: Gallimard, 1977. Pág. 21.

25. Maeder, T. *Antonin Artaud*. París: Plon, 1978. Pág. 25.

26. Artaud, A. *Œuvres complètes, XX. Op. cit.*, pág. 46.

27. Prinzhorn, H. *Expressions de la folie*. París: Gallimard, 1984.

28. Jaspers, K. *Strindberg et Van Gogh, Hölderlin et Swedenborg*. París: Éditions de Minuit, 1953. Págs. 233-234.

bre del Padre. Nadie supo indicar mejor que él, por medio de la evocación poética, la presencia del significante de la falta en el ser más allá de todo enunciado. Para nombrar ese «abolido adorno de inanidad sonora» [*aboli bibe-lot d'inanité sonore*], siempre evanescente, forjó incluso una palabra, el «ptyx», inspirado por las necesidades de la rima, es decir, por las exigencias del significante, acercándose allí, gracias a la creación poética, a la función del neologismo en el psicótico. El trabajo de Mallarmé se apoya sobre el Abismo, mientras que los de Artaud y Hölderlin se descomponen en él.

Artaud da testimonio de la permanencia de la estructura psicótica cuando constatamos, muchos años antes de su internación, que se encuentra en condiciones de describir con gran precisión la emergencia de un trastorno situado en la dependencia de la forclusión del Nombre del Padre. En 1932, la característica mayor de su estado le parecía radicar en una «horrorosa sensación de vacío»²⁹ intelectual cuyo origen atribuye a un daño en su pensamiento antes que en su personalidad.³⁰ Aunque la fuerza para buscar ideas parece faltarle, y aunque tiende a embotarse en un estado de indiferencia, consigue ofrecer una descripción del acercamiento de la muerte del sujeto con una inusual lucidez.

La función del Nombre del Padre le faltaba de manera radical, su existencia entera estuvo consagrada a una búsqueda del saber último. Lo persiguió en el esoterismo, en la kábala, en el budismo tibetano... pero la síntesis no se realizaba; esperó encontrarla en México, entre los sacerdotes de los indios tarahumara, luego en Irlanda, entre los celtas de la isla de Aran, depositarios de leyendas ancestrales; y fue entonces cuando se declaró la psicosis. Una conversión al catolicismo durante la internación sólo apaciguó un momento su exigencia de verdad absoluta. Pronto renació «la catástrofe» que según él, siempre viene «de esa idea de los seres de haber querido comprender lo insondable y lo infinito».³¹ Artaud indica lo que se encuentra en la raíz de cada delirio cuando comprueba: «lo que hace que tenga tantas ideas es que soy sin fondo en absoluto».³² A partir de entonces se

29. Artaud, A. *Œuvres complètes*, I**, op. cit., pág. 189.

30. *Ibidem*, I, pág. 188.

31. *Ibidem*, XX, pág. 455.

32. *Ibidem*, XXIV, pág. 149.

encuentra en condiciones de formular con precisión el proyecto de su investigación, aquello con lo que choca y lo que se le niega:

«Sólo los perezosos –afirma– han aprendido
la razón y Dios.

Nunca hubo solución a problema alguno
y la ciencia sólo fue siempre una solución de perezosos,
me fastidia buscar una solución existente
basada en un principio establecido, me gusta más
inventar otra».³³

La dolorosa intuición de los límites de todo saber, a causa de la incapacidad del significante para decir lo real y el goce, lo impulsa a concebir que la razón, la ciencia y Dios no reposan sobre un fundamento lógico más seguro que su propio ser. Al no disponer de la función del significante fálico para unir su goce con el lenguaje, A. Artaud se siente «sin interior», experimenta una especie de «vacío vivo» en el cual, no obstante habría conservado la dirección.³⁴ La forclusión del Nombre del Padre lo deja desamparado cuando tropieza con la falta de referencia en el campo del lenguaje. Muchos psicóticos, enfrentados a la necesidad «de inventar» un significante que vendría a absorber las interrogaciones desestabilizantes acerca del origen recurren a lo imaginario de un fundamento paterno al que se atribuye encarnar un saber que aseguraría la completud del Otro, y al que se supone apto para limitar el goce invasor. En el período de Rodez, la trágica lucidez de Artaud reside en su rechazo a recurrir a esta solución de holgazanería más que un momento.

«Dios nunca ha salido –afirma– y no saldrá jamás,
es una manifestación de gas
electrógenos monigotes donde el ser va
porque ellos brillan en lugar de querer brillar
por las virtudes del ser».³⁵

Esta voluntad de brillantéz propia a veces le conduce, lógicamente, a buscar ponerse en el lugar de la referencia divina. En los *Cuadernos de Ro-*

33. *Ibidem*, XXIV, pág. 160.

34. Artaud, A. *Lettres à Génica Athanasiou*, op. cit., pág. 89.

35. Artaud, A. *Œuvres complètes*, XX. Op. cit., pág. 46.

dez, en numerosas ocasiones pretende que él mismo es Dios,³⁶ pero la idea no se impone puesto que en el mismo período comprueba que ya no lo es. «Yo era el todopoderoso Padre eterno —escribió en 1946— ¿por qué he perdido mi lugar y ya no soy más que un ser entre los otros».³⁷ A partir de entonces, puede comprenderse que se convierta de buena gana en rival de Dios, su relación con éste nunca deja de oscilar entre el acto de fe y la blasfemia, de ahí sus múltiples apóstrofes al Dalai lama, e incluso a Jesucristo.³⁸ No quiere recurrir a la idea perezosa del Creador, «Dios —escribió— el espíritu que concibe y que crea, me jode»;³⁹ pero dicha idea lo atormenta sin tregua, tanto que a veces accede a dejarla intervenir como principio explicativo último. Llega a imputar a Dios ser responsable de su enfermedad: «Dios me ha quitado las ideas en 1934, espíritu, él las ha modelado y me las ha devuelto de goma»;⁴⁰ o incluso: «He aquí eternidades —escribió— donde estoy y que sufro para que al menos un ser sea, las hubo y ellos habrían podido tenerlas pero Dios nunca lo quiso».⁴¹ Como Artaud no dispone de la función del fantasma fundamental para remediar el deseo del Otro, de ese ser divino, todavía poco consistente, a veces emana una voluntad de goce maligno.

La orientación general de su delirio que no ha llegado a destino, tiende claramente a sustituir la ciencia de Dios por la de Artaud:

«No tengo la ciencia de Dios —afirma—

pero la de Antonin Artaud, la mía, es
otro modo de fortaleza y verdadera»⁴²

[...]

«Yo organizo mis propias nociones, ciencia
solo».⁴³

36. *Ibidem*, XVIII, pág. 157; XIX, pág. 121; XX, pág. 227.

37. *Ibidem*, XX, pág. 131.

38. «Jésus-Christ, popoule, fadeur». (*Ibidem*, XX, pág. 417.)

39. *Ibidem*, XX, pág. 307.

40. *Ibidem*, XX, pág. 16.

41. *Ibidem*, XX, pág. 288.

42. *Ibidem*, XXIV, pág. 226.

43. *Ibidem*, XXIV, pág. 356.

No obstante, a causa de la falta de significación fálica, que comporta una cierta caída de la simbolización, está enfrentado en exceso con la congénita inadecuación del lenguaje al ser, como para pretender que dicha ciencia resulte formulable; ni siquiera en momentos de exaltación narcisística: «Soy grande –escribió– y no hay más Dios que el infinito donde doy traspiés».

Con toda razón considera haber conseguido un saber de sus «estados de abatimiento» y de las «misas de su anatomía»,⁴⁴ a partir del cual puede afirmar que «la iniciación es una mentira» y el Dalai lama «un monigote»,⁴⁵ «porque uno se inicia solo y sin maestro –escribió– porque siempre se inicia uno a sí mismo y no en Dios». ⁴⁶ Ahora bien, ¿a dónde llegó en su iniciación solitaria que mantuvo desde los comienzos de su obra hasta su regreso de Rodez en 1946 e incluso después? Ante todo, hasta los límites del lenguaje, y en consecuencia, a formulaciones paradójicas o contradictorias. «No sé nada –escribió–. Yo trabajo. Encuentro. Y cada vez estoy más idiota y torpe». ⁴⁷ Apenas unos días después, anotó: «Conociéndome y sintiéndome yo mismo, sé todo y no necesito ciencia». ⁴⁸ Descubrió una «ley profunda del cuerpo», ⁴⁹ después de haber afirmado: «no hay ser, principio ni ley del cuerpo», ⁵⁰ etcétera.

¿Cómo resolver «el problema del ser» cuando se está atormentado y no se dispone del significante fálico? ¿En tales condiciones qué punto de apoyo puede encontrarse fuera del lenguaje? La imagen del cuerpo se propone con facilidad al ser hablante como si fuera su propio ser. Al final de su búsqueda, Artaud intentará apoyarse en ella para elaborar una suplencia fundada sobre un lenguaje del cuerpo constituido por una creación glosolálica que supone aprovechar las onomatopeyas primordiales.

44. *Ibid.*, XX, pág. 410.

45. «Más ridículo que tú, Dalai, no hay otro que el papa de los cristianos, que como tú no representa nada. Además, si te escribo es sólo como a un depósito de harapos, y porque quiero echarte de la peste de tu antro de andrajoso.» (*Ibid.*, XXIV, pág. 73.)

46. *Ibid.*, XX, pág. 410.

47. *Ibid.*, XX, pág. 401.

48. *Ibid.*, XX, pág. 350.

49. *Ibid.*, XXIV, pág. 188.

50. *Ibid.*, XX, pág. 350.

El excepcional interés del estudio de los *Cuadernos de Rodez*, más allá del genio poético y de la hiperlucidez del autor, interesa en nuestro trabajo porque se sitúa resueltamente entre los polos de la esquizofrenia y de la paranoia, buscando resolver el enigma del ser por medio de un cuerpo en el cual evolucionaría Dios:

Escribió:

«Así Dios es lento en venir.

Así no importa que jodido deshonesto lo ve,

y yo, que soy el cuerpo donde él evolucionará, yo no

lo veo más».⁵¹

Intenta apoyarse en «Dios el músculo»,⁵² sobre la profunda ley del cuerpo, sobre las misas de la anatomía, y afirma «lo que está en el principio del origen de todo es un cuerpo».⁵³ Percibe muy bien que el cuerpo se presta para poner en imagen la función fálica cuyo símbolo le falta: numerosas notaciones hacen del cuerpo «un totem»⁵⁴ o «un gran *zob*»,⁵⁵ frecuentemente asociado con un árbol: «El árbol es *zob*»,⁵⁶ «El árbol entero del ser sexo»,⁵⁷ etcétera.

La orientación hacia lo sagrado ofrece alguna esperanza de sutura del delirio, porque los dioses pueden hablar, a veces proponiendo al sujeto significantes que permiten una restauración precaria de la significación fálica. El cuerpo, por el contrario, es silencioso, al centrarse en él, el psicótico no puede sistematizar su delirio, salvo que encuentre la solución a la que Artaud llegará finalmente: hacer hablar al cuerpo de manera directa por la intermediación de la glosolalia. Ahora bien, al principio no era ese el objetivo de su búsqueda. La mayor parte de los esfuerzos de Artaud en *Rodez*, en principio se orientaron hacia la construcción de otro cuerpo por la fuerza de su voluntad,⁵⁸ sin pasar por lenguaje alguno. Gracias a ese medio, bus-

51. *Ibid.*, XXIV, pag. 378.

52. *Ibid.*, XX, pág. 400.

53. *Ibid.*, XXIX, pág. 337.

54. *Ibid.*, XVIII, págs. 147-148.

55. *Ibid.*, XVIII, pág. 93.

56. *Ibid.*, XVIII, pág. 142.

57. *Ibid.*, XVIII, págs. 145-163.

58. *Ibid.*, XXIV, pág. 265.

có realizar «en lo concreto» la metafísica natural, «sin dialéctica ni filosofía». ⁵⁹ Su rechazo de aquello que reglamenta el campo de lo simbólico y de toda mediación entre el ser y él constituyen dos constantes de su pensamiento:

«No veo más ciencia ni iglesia.

Ni policía ni ley». ⁶⁰

No hay saber establecido alguno al que no califique de satánico. En los psicóticos suele observarse con frecuencia una voluntad semejante de acceso directo a lo esencial, tal es la que conduce a W. Reich a anclar el descubrimiento freudiano en el cuerpo, en principio, en «la coraza caracterial», luego en la energía vital y cósmica. Dicha voluntad produce lo que la psiquiatría clásica ha descrito como «un sentimiento de la naturaleza» propio de los paranoicos; que se revela incluso en una relación directa con Dios, o en un acceso a la lengua de los orígenes, etcétera.

Artaud está convencido de que el cuerpo que debe elaborar es «lo más real posible del infinito». ⁶¹ Busca claramente encontrar allí un punto de apoyo equivalente a la pintura de Van Gogh, la cual también se esforzaba en circunscribir «el infinito». Ahora bien, haga lo que haga, el sujeto no podría tener un acceso directo a su cuerpo. Debe ir a habitarlo, construyéndolo en la relación con el Otro, y articulándose allí por la mediación del significante fálico, que al mismo tiempo lo separa. En el psicótico, dicho proceso no se asegura, de ahí su esperanza en una relación inmediata con lo esencial, con lo concreto, cuya imagen a veces se la da el cuerpo. Así, Artaud busca alcanzar un pensamiento que sea idéntico a la acción, ⁶² es decir, que tienda a reabsorberse en el cuerpo.

«Justamente no quiero que el pensamiento se concentre

hasta dilucidarse

quiero que en su lugar el cuerpo haga

lo que nunca había hecho». ⁶³

59. *Ibid.*, XX, pág. 432.

60. *Ibid.*, XX, pág. 458.

61. *Ibid.*, XIX, pág. 15.

62. «La acción es el pensamiento y no el pensamiento el que se convierte en acción.» (*Ibid.*, XIX, pág. 284.)

63. *Ibid.*, XXIV, pág. 234.

Busca terminar de una vez por todas con la mediación del lenguaje. «La consciencia es sólo el resultado del trabajo de la caca cuerpo».⁶⁴ Ello le prohíbe la salida parafrénica, consagrándolo a una esencial falta de conclusión de su delirio, convirtiéndole durante el período de Rodez en un paranoide ejemplar.

Si Reich, durante su período norteamericano consiguió dar un paso más que Artaud en la escala lógica del delirio, aunque también haya puesto el cuerpo adelante [«la bioenergética»], fue porque a pesar de todo llegó a trasladar el goce al significante, gracias a un neologismo que forjó para designar la energía vital y cósmica: «el orgón».

Antonin Artaud parece tener una intuición de la estructura cuando escribe: «el sexo es el desprendimiento, el punto de mi cuerpo donde el ser se apoyaba...»⁶⁵ Adivina confusamente que el falo [«el sexo»] constituye el elemento significativo gracias al cual el ser de goce se articula con el cuerpo, pero al precio de un «desprendimiento»; de una pérdida separadora. Al no haberse operado esta última, intenta hacerla advenir en lo real. Ahí tiene lugar el episodio de la restitución del bastón de san Patricio a los irlandeses, hecho que inauguró en 1937 su entrada en la psicosis declarada. No cabe duda de que se trata de un símbolo fálico que no incluye la función de la falta; el propio Artaud lo expresa con claridad cuando previene a Desnos: «No toque este bastón —le dijo— es como si usted tocase mi sexo».⁶⁶ Está seguro de que le falta al Otro, encarnado por la figura paterna del santo patrón de los irlandeses, de manera que busca restituírselo con el objeto de asegurar su completud. Artaud quería articularlo con los mitos irlandeses y con la religión cristiana, pero no consigue llegar a la realización de su proyecto. No es un profeta, en Irlanda sólo empuña un objeto irrisorio. Para apaciguar su angustia, para avanzar en la escala del delirio, habría sido necesaria la creación de un nuevo significante. Para anunciar los nuevos tiempos no tiene a su disposición el orgón ni el duende ni el saber de los orígenes. A partir de entonces fomenta un escándalo frente a una iglesia irlandesa que provoca su arresto y la internación. La lógica del pasaje al acto psicótico empuja a sacrificar al

64. *Ibid.*, XIX, pág. 287.

65. *Ibid.*, XXIV, pág. 211.

66. Desnos, R. *Les confidences de Youki*. París: Fayard, 1957.

Otro un objeto de goce, en principio encarnado en el bastón falo, antes que el propio Artaud se reduzca a serlo.

El silencio de san Patricio y de la Iglesia irlandesa lo dejó desamparado; entonces, para contrarrestar la diseminación paranoide, intentó, obstinadamente, amurallar el sujeto en la imagen de la fijeza ofrecida por el cuerpo:

«No soy un punto o espíritu de este cuerpo

Soy el cuerpo total

[...]

es imposible que este cuerpo no sea

todo yo y que yo no sea todo él». ⁶⁷

Cree un instante ser «bloque» ⁶⁸ corporal, de manera que puede afirmar: «un ser es de plomo fundido y no debe buscársele el alma ni el destino fuera de la voluntad del plomo endurecido, es una capa cuerpo y la fuerza de voluntad de durar con 2 pies, 2 piernas, 1 tronco, 2 brazos, 1 cabeza, etc., brazos, manos». ⁶⁹

En tales condiciones ninguna apertura al otro. De ahí su rechazo de toda heterosexualidad vivida como una pérdida de sustancia. Comprende muy bien que el goce fálico está sometido a la ley de la castración y que se niega a ello:

«... para amar hay que sacrificarse en un punto

y es a ello a lo que todos los seres han querido

escapar siempre». ⁷⁰

A partir de entonces se encuentra invadido por el goce del Otro, de lo cual dan prueba no sólo sus múltiples dolores corporales, sino también los fantasmas que realizan ciertos esquizofrénicos:

«masturbarse —escribe— beber el propio esperma y comer la propia caca». ⁷¹

O

«tragar esperma caca e incorporármelo, retener el goce cuando está dispuesto hasta el

67. Artaud, A. *Œuvres complètes*, XXIV, op. cit., pág. 210.

68. *Ibid.*, XIX, pág. 287.

69. *Ibid.*, XIX, pág. 288.

70. *Ibid.*, XIX, pág. 175.

71. *Ibid.*, XIX, pág. 147.

cólico y hacer que el esperma suba en todo el cuerpo...». ⁷²

Sin embargo, la tarea que consiste en amurallar al sujeto en el cuerpo no deja de ser irrealizable. Cuando Artaud siente que puede llegar, surge todavía la intuición de una mediación necesaria:

«Al fin he alcanzado —escribió en 1946— el medio invariable de este cuerpo, poniendo los pies en el lugar de la cabeza, la cabeza en el lugar de los pies y poniendo el dedo sobre un punto donde todos los seres maniobraban para transportar UN cuerpo fluido falso más rápido que mi pensamiento y hacer en lugar mío todas las cosas que pensaba yo.

Ese punto está en medio de mi cuerpo entre el plexo y el ombligo». ⁷³

Semejante punto invariable donde conseguiría articularse el pensamiento, anclado en el cuerpo del significante, y el cuerpo del goce, cuerpo «fluido», evoca la función del significante fálico, que conjuga el Logos con lo vivo; pero él no lo reemplaza, ese hallazgo provisional no le impide seguir hechizado, es decir, librado excesivamente a la intrusión del discurso del Otro.

Querría dejar de ser «del mundo donde se piensa...» para alcanzar el mundo «de la pura voluntad», ⁷⁴ busca el cuerpo «más próximo al animal». ⁷⁵ Considera que toda idea es sólo «una pérdida de poder del cuerpo». ⁷⁶ Se orienta hacia la construcción de un lenguaje que incluya el goce sin mediación.

Sin embargo, en Rodez, a pesar de los trabajos forzados a los que se vio constreñido su pensamiento, debió comprobar que no llegaba a resolver el problema del ser esforzándose en estibarlos en el cuerpo. Le vino la idea

72. *Ibid.*, XIX, pág. 171.

73. *Ibid.*, XXIV, pág. 205.

74. *Ibid.*, XXIII, pág., 185.

75. *Ibid.*, XXIII, pág. 187.

76. *Ibid.*, XXIII, pág. 276.

de que «el cuerpo está demasiado vacío», que aquél que él persigue es «inaccesible»,⁷⁷ que igual que el alma está «siempre más lejos»,⁷⁸ que él nunca ha tenido el ser de su cuerpo,⁷⁹ y que finalmente no encuentra en él más que un apoyo precario:

«El fondo de las cosas al no ser un estado
ni un sentimiento,
sino un cuerpo sufriente,
el mío,
el último dolor supremo,
la suprema fatiga,
la suprema pérdida,
el supremo vacío,
soy yo».⁸⁰

Está en condiciones de concluir que el «cuerpo es bloque cuadratado costó y que querer entrar en él es perder el todo cuadratado».⁸¹ Tal será, a pesar de todo, la solución de Artaud: el recurso a la glosolalia para intentar el advenimiento de una lengua en contacto directo con el cuerpo.

Es verdad que si una «función escapa al espíritu para él no es función sino golpe de horno».⁸² Al carecer del uso de la función fálica, el vacío sobre el cual se cierne «el golpe de horno» no es representable y funciona como un vacío desestabilizador.

Al no disponer de una adecuada representación significativa de su cuerpo, Artaud busca una relación inmediata con éste, de manera que a veces se encuentra enfrentado con su real objeto desechado con una crudeza que en ciertas ocasiones supera al «cadáver leproso» o la «carroña» de Schreber. Se aparece ante sí mismo como «un desollado vivo»,⁸³ «un bistec sangrante»,⁸⁴ «un montón de basura martirizado» y hasta como «un harapo vivo»,

77. *Ibid.*, XXIV, pag. 338.

78. *Ibid.*, XX, pág. 294.

79. *Ibid.*, XX, pág. 253.

80. *Ibid.*, XXIV, pág. 353.

81. *Ibid.*, XX, pág. 451.

82. *Ibid.*, XX, pág. 451.

83. *Ibid.*, XXIV, pág. 224.

84. *Ibid.*, XXIV, pág. 271.

de manera que el ser es sólo «puré de ternera y cojón de comilona».⁸⁵ En suma, la emergencia del «basural del cuerpo» atestigua claramente una carencia de la función de simbolización.

Igual que Mallarmé, Artaud sabe que el lenguaje no reposa en ninguna referencia cierta, de manera que explicitar «es hacer que nazcan piojos».⁸⁶ En 1945 comprendió «la ineptia de querer fijar un eje. Ya sea mediante el punto en círculo del ombligo, o mediante la cruz, todo aquello que está fijado y se ve fijado se deshilacha con el tiempo, y creo que mientras no se haya transportado el propio tiempo fuera de todo círculo, de toda cruz y de todo punto las cosas no podrán recuperar su indecible insondabilidad».⁸⁷ En este pasaje, de una implacable lucidez, rechaza sus propias construcciones, el cuerpo bloque [«el punto de círculo del ombligo»], y el cristianismo cáta-ro [«la cruz»], como si hubiesen sido laminados por el tiempo, de modo que se encuentra enfrentado sin mediación a «la indecible insondabilidad» del Otro hueco abierto. Cuando falta el significante paterno, el sujeto corre el peligro de enfrentarse dolorosamente con la nada:

«Si buscas las imágenes de la nada para que te
guíe eres sólo un asno
sólo te guía la nada y tú estás en ella».⁸⁸

Semejante constelación lo deja suspendido al borde del vacío, claro está:
«la nada es un objeto,
sobre el cual no se puede descansar».⁸⁹

En el extremo de su reflexión de Rodez nace la paradoja que consagra el fracaso de su esfuerzo reflexivo:

«No sé nada y tengo la ciencia infusa,
que no es una idea sino un dolor que no para
jamás y que puedo expresar por gesto,
aliento pintado, palabra
y no la acción,
sino agujero en la tierra del soldado».⁹⁰

85. *Ibid.*, XX, pág. 377.

86. *Ibid.*, XX, pág. 387.

87. *Ibid.*, XI, pág. 90.

88. *Ibid.*, XX, pág. 392.

89. *Ibid.*, XX, pág. 389.

90. *Ibid.*, XX, pág. 372.

«Las cosas se hacen por la afirmación de la nada», es cierto; pero no lo es que haya «el principio»,⁹¹ precisamente porque hay un «agujero en la tierra del soldado». Él es dicho soldado guerreando sin cesar contra las invasiones del discurso del Otro, suscitado por un agujero en lo que Schreber llamaba «la estiba en las tierras». Artaud también es soldado por su rebelión fundada en su intuición de que el Otro constituye para él una amenaza. «No hay nada —escribe— en lo que se llama nada, pero hay una razón de ser, que es imponer silencio a Dios», de manera que se considera con todo derecho como «un hombre rebelado contra la existencia de todo, especialmente contra el problema de estar aquí».⁹²

Atrapado en una problemática tan insoluble ¿qué le queda como solución a considerar? La locura, responde el buen sentido, alineada sobre las imágenes de la confusión; ahora bien, por el contrario, la psicosis es «una prueba de rigor».⁹³ La búsqueda poética de Artaud en su ascesis última limita con la «ferocidad psicótica»⁹⁴ del trabajo filosófico de Wittgenstein. Se sabe que la investigación de los fundamentos del conocimiento conduce a este último al célebre aforismo final del «*Tractatus logico-philosophicus*»: «Sobre eso de lo que no se puede hablar hay que callarse» al cual hacen eco las más lúcidas comprobaciones de impotencia de Artaud:

«En vez de pensar para resolver —escribió—, no pensar en absoluto»⁹⁵

o aún mejor:

«Autodefensa:

no profundizar en lo que soy

y que nadie sabe [...]

Soy el infinito y profundizar no acabaría jamás».⁹⁶

91. *Ibid.*, XX, pág. 132.

92. *Ibid.*, XVI, pág. 199.

93. Lacan, J. «Conférence à Yale University du 24 novembre 1975». *Scilicet* 6/7. París: Seuil, 1976.

94. Lacan, J. *L'envers de la psychanalyse, Le Séminaire Livre XVII*. París: Seuil, 1991. Pág. 69.

95. Artaud, A. *Œuvres complètes*, XXIV, *op. cit.*, pág. 232.

96. *Ibid.*, XX, pág. 291.

Puesto que el lenguaje no podría decir el ser en su totalidad, después de haber abandonado las respuestas religiosas, no hay otra resolución posible del tema ontológico, que «obstinarse en no comprender nada [de él]»,⁹⁷ es el extremo final de la reflexión de los *Cuadernos de Rodez*. Es un tanto diferente al de la mayoría de nosotros, que consiste en obstinarse en no pensar en ello: Artaud se exhorta a hacerlo, pero es evidente que no lo consigue.

Sin embargo, en los últimos años de su vida parece haber conseguido una solución original, no por intermedio de una construcción delirante, sino elaborando una suplencia a través de la obra poética. Reducir los *Cuadernos de Rodez* a un delirio paranoide correría el riesgo de no tener en cuenta la complejidad de sus funciones para Artaud. En este sentido, P. Bruno comprueba, tal como acabamos de señalarlo, que hablando con rigor, no producen ningún saber, «en todo caso, ningún saber conclusivo, como si su modo de expresión fuese definitivamente suspensivo, a pesar de su propensión a las afirmaciones de aspecto irrevocable». Ahora bien, considerándolos desde la posterioridad de las últimas producciones de Artaud, Bruno demuestra que esos *Cuadernos* revelan haber sido el lugar de un trabajo preparatorio para la elaboración de un modo de estabilización original. «Inculpación sardónica contra las pretensiones de la paternidad, cuyo fracaso es explorado casi exhaustivamente. Construcción de un delirio que instala los elementos de una solución de recambio: la partenogénesis por la defecación. Experimentación con el lenguaje a los efectos de preparar la perspectiva de una salida a través de la poesía. Los *Cuadernos* no son entonces la obra, sino su laboratorio. «Ninguna obra llega a nada. No hay obra», escribió Artaud en esos *Cuadernos*. Ahora bien, en los dos años siguientes, forjó su obra poética mayor y redactó el fulgurante preámbulo de sus Obras completas.» El examen de la suplencia que llegó a construir, que encontró su forma más acabada en «Secuaces y suplicios» [*Suppôts et supplications*], comportaría superar los límites de un trabajo acerca de la función del delirio. No obstante puede leerse con provecho el trabajo de Bruno que reconstruye el itinerario mediante el cual Artaud crea, con nada, la existencia de su enunciado en un devenir-poema.⁹⁸

97. *Ibid.*, XX, pág. 279.

98. Bruno, P. «AR-TAU». *Barcal*, núm. 2 (mayo de 1994): 37-57.

Con el objeto de remediar el agujero del Otro, cuya proximidad genera una angustia desestabilizante para el psicótico, éste se esfuerza en apaciguarla con la ayuda de un principio signifiante último. Después de haber renunciado a lo sagrado, orientándose en el cuerpo, Artaud no llega a elaborarlo en los *Cuadernos de Rodez*. El autor de la obra intitulada *El esquizo y las lenguas*,⁹⁹ Louis Wolfson, no tiene más éxito en ese escrito, aunque su problemática delirante no tenga nada en común con la del poeta.

Para éste se trata, esencialmente, de protegerse en relación al objeto del goce vocal. A causa de la falta de la función paterna, la separación estructurante del objeto *a*, causa del deseo, no ha tenido lugar. A partir de entonces Wolfson da testimonio de estar invadido de manera insoportable por la voz de su madre y por todos los significantes de la lengua inglesa que le evocan a ésta. Es sugerente que haya pedido a su padre que sólo le hable en «yiddish».¹⁰⁰ De hecho, «el estudiante de lenguas esquizofrénico», como se llama a sí mismo, orienta toda su existencia hacia la elaboración de procedimientos lingüísticos que tienen como objetivo protegerse de la lengua materna. Cuando se quita los audífonos del transistor y la cortina sonora que tejen, las palabras inglesas lo hieren; entonces necesita prevenirse de ellos derivándolos hacia vocablos que pertenecen a otras lenguas. Procede a ejecutar sustituciones orientadas por semejanzas fonéticas y semánticas que obedecen a mecanismos bastante imprecisos, concebidos por él mismo. Sus transformaciones necesitan recurrir a vocablos alemanes, franceses, rusos, hebreos, etc., y hasta términos neológicos. Los estudios lingüísticos a los que se dedica de manera permanente tienen el objetivo de «anular el daño psíquico que la lengua materna produce en él [...]».¹⁰¹ Sin embargo, la complejidad de su procedimiento es tal que no desemboca en la creación de una nueva lengua, sino en una infinita fragmentación del lenguaje. A diferencia de Brisset y de tantos otros psicóticos, Wolfson no busca una lengua fundamental, más bien se emplea —como lo escribí— en «desmembrar» el inglés, en deshuesarlo, y en especial en «despojarlo» del «esqueleto» consonántico.¹⁰² A partir de entonces su esfuerzo intelectual tiende a desembo-

99. Wolfson, L. *Le schizo et les langues*. París: Gallimard, 1970.

100. *Ibid.*, pág. 37.

101. *Ibid.*, pág. 124.

102. *Ibid.*, pág. 139.

car no en la elaboración de un principio último sino en una deriva metonímica persistente. La problemática de Wolfson, centrada en la tentativa de instaurar una barrera lingüística con el objeto de significantizar el goce insoportable ligado a la voz materna, no es propicio a orientarse hacia la sutura del delirio. No llega a elaborar una construcción que pueda enmascarar la malignidad del Otro gozador, de manera que le parece entrever «la verdad de las verdades» en lo que jamás habría tenido que nacer en la vida «superior»: la existencia de la humanidad se le aparece como un fenómeno criminal.¹⁰³

Cuando estudiamos P₀ hicimos mención a la falta de la significación fálica, aprehendida por la intermediación de una sintomatología que deja al sujeto desprovisto en lo que se refiere a una «cierta perspectiva sintética», obstaculizando de ese modo su capacidad para concluir; sin embargo, dicha carencia posee todavía otra forma, caracterizada por un brote del sentido, anticipándose éste al advenimiento de la significación. Cuando el mundo se pone a engendrar sentido en todas partes, una nadería puede servir de pretexto para el surgimiento de los fenómenos interpretativos: una mirada, una sonrisa, un gesto, los gritos de los niños, la tos de un allegado, los susurros de la gente que pasa, un pedazo de papel extraviado, los recuadros de los periódicos, una puerta abierta o cerrada, etcétera. Estos trastornos atestiguan el desencadenamiento y la autonomización del significante, no sólo porque el mundo se pone a hablar por sí solo, sino porque, además, esas perturbaciones revelan que los signos percibidos con mucha frecuencia son descifrados en su literalidad. Un sujeto encuentra en su camino un montón de basura, se trata de una alusión injuriosa a su ser. «Se habla de una operación de cataratas: entonces lo toman por un marido ciego. Se le pregunta si en el arroyo de su pueblo hay pesca, es para insinuar que es un rufián [fr.: *maquereau*; cast.: caballa, asociada con «pesca»], etcétera.

Las actitudes, los gestos, la mímica, tienen un considerable papel. «¿Por qué —dice un paciente— caigo bien a la gente»¹⁰⁴ [se golpean el ojo] si no es

103. *Ibid.*, pág. 252.

104. N. del T. En el original *se tapent-ils sur l'oeil*, que literalmente significa: *se golpean en los ojos*, pero que es figura de lenguaje que quiere decir: «caer bien» o «caer en gracia». El paciente no atiende al sentido metafórico de la expresión francesa corriente, para introducir una lectura literal.

para decirme que soy ciego; por qué mi mujer, mi hermano y yo mismo miramos el aire? sin duda para probarme que no veía claro».

«Los indicios más débiles —dicen Sérieux y Capgras— comportan conclusiones extraordinarias: una joven cree ser observada en diversas oportunidades por una actriz y se persuade de ser hija de dicha actriz. Ciertos delirios [erotomaníacos] reposan casi exclusivamente en la pretendida significación de movimientos fisionómicos; numerosos enamorados de artistas líricos interpretan de esa manera, en provecho propio, el juego escénico».¹⁰⁵

«En especial la lectura de los periódicos provee datos innumerables. Los pacientes descubren alusiones que les conciernen en los artículos; los hechos diversos, los folletines, narran sus propias historias; algunos creen mantener una correspondencia por medio de los pequeños anuncios... En una mujer culta, el periódico «*Matin*» consigue así un importante papel como causa provocadora de interpretaciones: titulares sensacionales, grabados, programas teatrales, pronósticos meteorológicos... todo sirve para alimentar su delirio; la administración del periódico, al corriente de las infamias y mentiras perpetradas por sus enemigos, busca hacer cantar a estos últimos. El triple titular «hacen falta rehenes... hacen falta... hacen falta...» significa que sus perseguidores han cometido «tres falsificaciones».¹⁰⁶ Los títulos de los artículos [...] son otras tantas alusiones a su familia, al médico, al establecimiento sanitario, etcétera. Se le envía una tarjeta postal donde hay impresas dos chozas y una guirnalda de violetas con el objeto de recordarle las dos violaciones de su hija».

«Finalmente, para algunos, las cosas se complican: la lectura de los periódicos o de las cartas sirve para descifrar enigmas muy complejos, «verdaderos ideogramas», «jeroglíficos interesantes». Y los enfermos explican, comentan, traducen en lenguaje claro las fórmulas criptográficas».¹⁰⁷

A las innumerables causas provocadoras de las interpretaciones, provenientes del mundo exterior, se suman todavía las que se despliegan a partir

105. Sérieux, P.; Capgras, M. *Les folies raisonnantes*, op. cit., págs. 30-31.

106. N. del T. Hay homofonía entre (*il*) *faut* y *faux* (falsificación, mentira, etc.), la interpretación delirante reposa en la semejanza fonológica.

107. *Ibid.*, pág. 95.

de sensaciones interiores. «Con frecuencia el paciente no basa sus deducciones en trastorno mórbido alguno, sino únicamente en la observación minuciosa de su organismo, que le hace considerar como patológicas ciertas comprobaciones que hasta entonces no había hecho, simplemente porque no buscaba hacerlas... Sacudidas musculares, escalofríos, calambres, se cargan en la cuenta de las corrientes eléctricas enviadas por los enemigos. El insomnio o el sueño profundo, la somnolencia después de la comida, son provocadas por drogas, siempre administradas por perseguidores, etcétera».¹⁰⁸

La falta de cierre de la significación fálica, falta que se encuentra en el fundamento de la interpretación delirante, aparece claramente en las palabras de una paciente, cuando afirma: «me basta una palabra para comprender toda la idea que usted quiere desarrollar».¹⁰⁹ La anticipación del sentido, que se produce para cada uno al escuchar al otro, funciona en la enferma independientemente de la puntuación, lo cual la conduce a insertar significaciones personales. Para ella, el sentido desborda, no sólo en la escucha, sino en el conjunto del campo de su realidad.

Los delirios paranoide y paranoico toman fácilmente algunos de sus temas en los fenómenos interpretativos. El primero, descubre allí algunas briznas de respuestas al enigma, el segundo, con facilidad, encuentra confirmaciones de sus presupuestos. Su persistencia atestigua que la pacificación del goce no está consumada. Estos trastornos tienden a atenuarse en la medida en que progresa el trabajo de elaboración del delirio, aunque no pertenezcan propiamente a ninguno de los cuatro períodos. Si es conveniente mencionar la articulación entre P₁ y P₂ es porque estas dos fases son las que se encuentran con mayor frecuencia en los casos de delirios paranoide y paranoico.

EL LLAMAMIENTO A LA REGULACIÓN DEL GOCE

Los fenómenos que se ponen de manifiesto sugieren que al psicótico le falta la respuesta a un enigma, pero en verdad carece de algo más fundamen-

108. *Ibid.*, pág. 38.

109. *Ibid.*, pág. 28.

tal: del significante, de la respuesta en el significante. La carencia paterna no le permite referirse al significante puesto que él comporta intrínsecamente una pregunta. En consecuencia, cuando se desata la psicosis y cuando la defensa delirante comienza a desarrollar su trabajo, el sujeto puede encontrarse enfrentado a respuestas que a veces llegan antes que toda pregunta. Para organizar a aquéllas en una construcción apaciguadora, el psicotizado intenta de buena gana dar cuerpo a la referencia paterna. Este impulso a la completud del Otro adquiere formas diversas. El diccionario o un texto sagrado encarnan así, para algunos, la referencia última. Todo aquello que pueda fundar un lenguaje sin ambigüedad o una ley puede ser bien acogido a tales efectos.

La manera más frecuente consiste en hacer surgir al legislador. Durante P_0 , el delirio genera fácilmente un llamamiento manifiesto al Padre, no al padre gozador, sino a aquél a quien se supone capaz de limitar el goce. El papa o el sacerdote constituyen buenos ejemplos de este último. «Quiero ir a Roma —me decía un paciente— sólo el papa puede permitirme recuperar mi identidad.» Además del Sumo Pontífice y el presidente de la República, los reyes, ministros, procuradores, comisarios, prefectos, cardenales, arzobispos, generales, etc., todos ellos reciben, cuando les toca, su parte en las cartas de los psicotizados. Lo habitual es que éstos se quejen de las persecuciones de que son objeto, y que pidan la intervención de los altos personajes para hacer que terminen. Artaud no dejó de considerar la posibilidad de que sus sufrimientos ontológicos pudieran encontrar solución encomendándose al Padre, de ahí la asombrosa conversión de ese fulminante blasfemo. Entre 1937 y 1945, se afirmó «profundamente religioso y cristiano», antes de volver a ser, hasta su muerte, un implacable enemigo de toda religión. «Tan pronto como pienso —escribió en 1943— todo es misterio y cuanto más pienso más se profundiza el misterio, pero Dios ha puesto las señales más seguras por todas partes en esa regresión interior del pensamiento en infinito, con el objeto de que ningún buen pensamiento se pierda y el hombre pueda no extraviarse en el uso de su propio pensamiento...»¹¹⁰ La escrupulosa observancia de una enseñanza religiosa permite a ciertos psicóticos encontrar reglas gracias a las cuales logran orientarse en la existencia

110. Artaud, A. *Nouveaux écrits de Rodez*, op. cit., pág. 30.

y limitar su goce. Ahora bien, para Artaud nunca fue verdaderamente así, él no se convirtió al cristianismo sino a una religión inspirada en éste, y que fundó él mismo: «la de Cristo –escribió– y del hombre Virgen».¹¹¹ Consideró que la doctrina de la castidad estaba en el origen en el texto de los Evangelios, pero que habría sido suprimida «entre los siglos II y III porque los hombres que estuvieron a la cabeza de la Iglesia en ese período, quienes se encontraban bajo la dominación de Satanás, no habían querido que se supiera que Jesucristo había prohibido hacer niños por los medios inmundos del acoplamiento y del parto sexual».¹¹² La correlación entre el llamamiento al Padre y la regulación del goce no podría manifestarse con mayor claridad. No obstante, el Padre a quien intenta referirse Artaud está falto de consistencia significativa, para él Dios sigue siendo «una esencia unigenerosa insondable».¹¹³ Da prueba de ello el recurso a un neologismo: esa «esencia» se inserta en el delirio. Artaud no encuentra un apoyo estable en la enseñanza de Cristo: se lo apropia y lo recompone haciéndole servir su problemática. La figura paternal evocada se revela de extremado rigor, apenas enmascara al Otro gozador que exige un sacrificio del sujeto. La falta de significación fálica lo deja desamparado cuando se encuentra con el deseo del Otro: «en cuanto a las mujeres –escribió– su presencia sólo me irrita y me trastorna. Enseguida llega la catástrofe para mi ser interior».¹¹⁴ En 1937, en el origen de su delirio, hay que situar el enfrentamiento con el deseo de su novia, que a él le pareció insoportable y sin límites. Ella se entregaba a diario a todo el mundo –afirmó Artaud–, al tiempo que a él esa «bestialidad monstruosa» le daba náuseas.¹¹⁵ El llamamiento al Padre puso remedio a esta problemática por la imposición de una castidad integral, es decir, exigiendo un sacrificio extremado del goce del sujeto. Pero con ello no se consiguió la regulación.

«La voz del padre en mí –comprobó Artaud más tarde, en 1946– es una voz de teatro.»¹¹⁶ No se trata de la misma que entona la revelación profética y oye el paranoico.

111. Artaud, A. *Œuvres complètes*, XX, op. cit., pág. 238.

112. *Ibid.*, X, pág. 127.

113. *Ibid.*, X, pág. 114.

114. Artaud, A. *Nouveaux écrits de Rodez*, op. cit., pág. 174.

115. *Ibid.*, pág. 171.

116. Artaud, A. *Œuvres complètes*, XXIII, op. cit., pág. 68.

Si lo imaginario del psicótico hace aparecer una intuición con aquello que debe simbolizarse, según formuló Lacan en los años 1950, la insistencia de una figura paterna en la trama del delirio debe ser aprehendida, en la mayoría de los casos, como un llamamiento a la función de limitación del goce del Otro, por el cual se encuentra invadido el psicotizado. Para poner barreras a aquél, el sujeto a veces percibe con claridad que necesita enfrentarse en lo real con una norma apremiante. En esta perspectiva se comprende que un artista como Van Gogh, en momentos de angustia, haya podido tener la descabellada idea de alistarse en la Legión Extranjera. Pensaba que eso lo «curaría considerablemente» pero que si hubiese sido católico también habría podido hacerse monje.¹¹⁷ Esas intuiciones se confirmaron cuando se encontró hospitalizado, de manera que en una de sus cartas da cuenta de su comprobación: «allí donde *debo*¹¹⁸ seguir una regla como aquí, en el hospital, me siento tranquilo». ¹¹⁹ Un buen número de psicóticos, igual que el pintor, atestiguan ante el analista esperar del hospital psiquiátrico no una curación sino una función de contención en relación con sus trastornos, cuando el goce descarriado se vuelve excesivamente invasor.

Ello resulta más claro todavía en Hans Eppendorfer. Después de haber cometido un asesinato inmotivado a los diecisiete años, fue condenado a diez años de cárcel. «Si me hubiesen absuelto —comentó luego— habría estado completamente desconcertado y no habría sabido qué hacer conmigo mismo». ¹²⁰

Después de haber sido liberado, considera que debe mucho al tiempo pasado en la cárcel, en cuyo transcurso se negó a los beneficios de la libertad condicional. ¹²¹

En suma, numerosas observaciones confirman que una vida regulada por severas coacciones, tales como las impuestas por las comunidades religiosas o militares¹²² tiene para el psicótico una función pacificadora. Cuando

117. Mauron, C. *Van Gogh*. Librairie José Corti, 1976. Pág. 72.

118. Subrayado por Van Gogh.

119. Jaspers, K. *Strindberg et Van Gogh*. París: Éd. de Minuit, 1953. Pág. 254.

120. Eppendorfer, H. *L'homme de cuir*. París: Hallier, 1980. Pág. 187.

121. *Ibid.*, pág. 189.

122. Puede observarse en este sentido que Hitler, Amín Dada y Bokassa, antes de convertirse en déspotas sanguinarios, fueron suboficiales modélicos, muy respetuosos de los reglamentos y de los mandos.

la ley del deseo no es simbolizable, el sujeto adivina que le queda el recurso de su concreta imposición. Cuando los psicóticos se encuentran apaciguados de manera duradera por una vida rigurosamente reglamentada, es porque en general los significantes ideales de la comunidad de acogida consiguen enmascarar el abismo de la forclusión del Nombre del Padre.

El llamamiento a un Padre pacificador, que se desarrolla en el campo de la construcción delirante, en general a partir de P₁, no alcanza sus fines. Normalmente está destinado al fracaso: la estructura psicótica permanece dominada por el Padre gozador a causa de la falta del Padre simbólico. La lógica del delirio sólo llega a pacificar el goce del sujeto invitándole a un sacrificio de éste.

LA MUERTE DEL SUJETO

Se sabe que el sujeto psicótico pone a veces en acto sacrificios reales [suicidios, asesinatos, automutilaciones], animado por el vago sentimiento de que ello le aliviará, o bien pondrá de nuevo en su lugar el orden del mundo. Se ha señalado mucho menos la inherencia de un sacrificio dinámico propio del trabajo del delirio. Lacan se encontró en condiciones de aislarlo gracias a la precisión y a la profundidad de las observaciones de Schreber relativas a la muerte del sujeto.

Antes de que se produjese el «empalme de nervios» que lo pusiera en relación con los rayos hablantes, antes que la conexión de marras se hubiese afirmado, durante el primer año de su enfermedad, el presidente experimentó una cierta muerte de su ser. «Es al menos —observa Lacan— el acontecimiento que las voces, siempre informadas en las buenas fuentes y siempre iguales a sí mismas en su servicio de información, le hicieron saber con posterioridad con la fecha y el nombre del periódico que lo incluyó en la sección necrológica. Nosotros —prosigue— podemos contentarnos con el testimonio que nos aportan los certificados médicos, que nos ofrecen en el momento conveniente el cuadro del paciente hundido en el estupor cata-tónico.»¹²³ En este período Schreber hizo numerosos pasajes al acto, ya in-

123. Lacan, J. «D'une question préliminaire à tout traitement possible de la psychose». En: *Écrits*, op. cit., pág. 567.

tentando suicidarse, ya agrediendo a sus guardianes. Se encontraba inmerso en un ambiente de fin del mundo. Se imponía a él una fórmula conjuratoria que aseguraba que era un cadáver leproso que guiaba a otro cadáver leproso. Se creía muerto y en putrefacción. De acuerdo con sus propias palabras, en este período ofrecía «la imagen de un ser inmerso en un embotamiento estupefacto».¹²⁴ En el transcurso de su delirio dicho estado constituyó «la mayor angustia», el peligro más temido: el temor de hundirse en la imbecilidad y que los rayos divinos lo «dejaran plantado».

Aunque lo imaginario schreberiano de cadaverización pone el acento en la muerte del sujeto, esta última no se reduce a la prueba de un estado de melancolía estupefacta. Dicha muerte se asocia fácilmente a la reducción del sujeto a un ser de desecho; pero puede producirse independientemente de éste. En el testimonio de Schreber se sabe que las alucinaciones verbales señalan a Flechsig como el instigador de un «asesinato de alma» perpetrado en el linaje de los Schreber, y es dicha noción la que capta el fenómeno de la manera más rigurosa. Traduce lo que el presidente llama la consumación de una «modificación interior profunda».¹²⁵ Los autores clásicos ya habían observado que la psicosis produce a veces «una completa transformación de la personalidad». En esos casos —escribe Falret, en 1864, «se ve como la simulación sucede a la franqueza, la mentira a la veracidad, el robo a la probidad, la prodigalidad al orden, la dureza a la dulzura, la maldad a la beneficencia, la audacia a la circunspección, la temeridad a la prudencia, la presunción a la modestia, la indecencia al pudor, etcétera».¹²⁶

En Antonin Artaud, una modificación radical de su posición aparece del mismo modo asociada a un sentimiento de muerte experimentado por el sujeto en los primeros años de su psicosis clínica. Presenta entonces un síndrome paranoide con temas de persecución. Algún tiempo después relata en estos términos el cambio que se ha producido en él: «como pago por su falta y sus pecados, ha aceptado ser encerrado vivo en un hospital de alienados y morir allí. Ese hombre —escribió— se llamaba Antonin Artaud y está muerto en el hospital de Ville Evrard en el mes de agosto de 1939. [...] Des-

124. Schreber, D.P. *Mémoires d'un névropathe*, op. cit. pág. 128.

125. *Ibidem*, pág. 81.

126. Falret, J.-P. *Des maladies mentales et des asiles d'aliénés*. París: Baillière, 1864. Pág. 152.

pués de la muerte de Antonin Artaud Dios ha enviado en ese mismo cuerpo numerosos Ángeles para sucederse en su dolor y al final ha producido un Ser que la Kábala conocía con el nombre del Ser LINTARK DIMARTURK». ¹²⁷ A partir de entonces, desde diciembre de 1941, firma sus cartas con un nuevo apellido, adoptando el patronímico de su madre, «Antonin Nalpas». Ese cambio estuvo acompañado por una profunda modificación de sus creencias religiosas: sustituyó las convicciones anticlericales de su juventud por la adhesión a un catolicismo heterodoxo que afirma un odio absoluto de Dios por las exigencias y placeres de la carne. Para complacer a Dios afirma al doctor Latrémolière que es necesario hacer el sacrificio de la carne. Aunque Artaud no se haya cadaverizado, aunque sin duda no haya entrado en un estado de embotamiento estupefacto, también ofrece testimonio de una muerte del sujeto de manera tan manifiesta como Schreber. Se advertirá que en un caso, dicho acontecimiento está afirmado por las alucinaciones, mientras que en el otro se revela articulado en el interior del delirio. Las variedades clínicas de la muerte del sujeto son numerosas, y no implican necesariamente que el fenómeno sea objeto de publicidad.

Incluso es corriente que la muerte se presente de manera más discreta. Berbiguier relata que el principio de sus desgracias, aquellas que iban a ponerlo en manos de los duendes, se debió al hecho de haber aceptado que dos mujeres, una de las cuales era su criada, le echasen las cartas del tarot para conocer el porvenir. Esta última —confió el paciente— temía que él contrajera matrimonio para castigarla por su escasa fidelidad. ¹²⁸ La misma noche del día en que tuvo lugar la ceremonia del tarot, surgieron espantosas alucinaciones [ruido extraordinario, bramidos de fieras] mientras se impuso en él la certeza de ser víctima de un sortilegio fomentado por las dos brujas. Se sumió en una «tristeza abrumadora» que tres años después lo impulsó a tomar la resolución de darse la muerte. Necesitó la aparición de Jesucristo en todo su esplendor para que se arrepintiera de haber tenido semejante proyecto. ¹²⁹ Sin embargo las persecuciones no cesaron. Sólo llegó a con-

127. Artaud, A. «Carta del 5 de abril de 1943 al doctor Jacques Latrémolière». En: *Oeuvres complètes* X. París: Gallimard, 1974. Pág. 37.

128. Berbiguier de Terre Neuve du Thym. *Les farfadets ou Tous les démons ne sont pas de l'autre monde* (1822). Grenoble: Jérôme Millon, 1990. Pág. 69.

129. *Ibid.*, pág. 72.

tenerlas un poco convirtiéndose en «el azote de los duendes», y redactando una obra donde denuncia las fechorías de éstos, con el objeto de realizar la misión divina que se le encomendara. ¿Qué sacrificio acompañó ese cambio de posición? Berbiguier no oculta que el azote de los duendes debe renunciar a la carne, ha sido reducido a la impotencia por sus enemigos;¹³⁰ ahora bien, al comienzo de las perturbaciones, la criada insinuó que él no siempre había estado así.

Aunque Berbiguier haya sentido la tentación del suicidio, no llegó a decidirse y a partir de entonces en su relato no aparece ninguna muerte manifiesta del sujeto. Sin embargo, en la acepción que le da Lacan, el fenómeno de la muerte del sujeto resulta tan fácil de discernir en su testimonio como en los de Schreber o Artaud.

Cada uno de ellos experimentan en las proximidades de sus perturbaciones, en un momento de angustia paroxística, el sentimiento de estar enfrentados a las iniciativas de un Otro maléfico [brujas de Berbiguier, asesino de alma de Schreber, iniciados de Artaud], mientras que con posterioridad, aislan ese momento como el de una «modificación interior profunda». Los tres se demuestran propensos a traducir el fenómeno en la emergencia de un seudónimo: las alucinaciones de Schreber llaman a éste «El vidente»,¹³¹ Artaud se convierte en «Nalpas», Berbiguier agrega a su patronímico «de Terre Neuve du Thym». Pero los que resultan particularmente modificados son los ideales anteriores del sujeto. En Schreber el cambio es muy notable: él, que pertenecía a la legión de los incrédulos antes de su enfermedad, después del desencadenamiento de ésta se convierte en el edificador de un nuevo sistema religioso. Berbiguier, que llevaba la vida tranquila de un burgués acomodado de provincia, se convirtió en encargado de la divina misión de matar y denunciar a los duendes, con el objeto de esclarecer al género humano. Las capacidades de creación artística de Artaud se derrumbaron. Necesita-

130. El paciente hizo al Sr. Moreau «la confesión de la impotencia» para con las mujeres a la que había sido reducido, agregando que nunca pudo regresar al estado que deseaba ardientemente recuperar, y que estaba convencido de que no recuperaría sus capacidades, que le quitaran los duendes, hasta que no consiguiera triunfar plenamente contra sus maleficios (Berbiguier de Terre-Neuve du Thym, *op. cit.*, pág. 303).

131. Schreber, D.P. *Mémoires d'un névropathe*, *op. cit.*, pág. 76.

rá muchos años para reelaborar otras nuevas pasando por la emergencia de nuevas convicciones religiosas.

Algunos han querido concebir la noción lacaniana de muerte del sujeto como el estado permanente del psicótico que ha entrado en la psicosis declarada. El fenómeno designaría entonces la falta de proceso de afánisis, la ausencia de un vacío fundador, la incapacidad para situar su falta en el campo del Otro, todo aquello de lo cual dan testimonio quienes se quejan de una intrusión psicológica del significante y de una falta de interioridad. Ahora bien, Lacan designará esta posición como propia del sujeto, no muerto, sino «del goce»; por otra parte, correlaciona la muerte subjetiva con «un momento» y con un cuadro clínico —para Schreber, el del «estupor catatónico». Precisa, además, que si este último, al principio indignado por la idea de la emasculación [*éviration*], invierte luego su posición, es porque «en el intervalo el sujeto estaba muerto».¹³² No es a partir de entonces que estuvo muerto, hay que entender más bien que lo había estado en un tiempo intermedio.

Lo que está en el principio de la conmoción en la cual consiste la muerte del sujeto, no es la falta de afánisis, sino la falta de la significación fálica. En el esquema I de «Una cuestión preliminar a todo posible tratamiento...» el agujero en el cual «el asesinato de almas» ha instalado a la muerte se escribe F₀. Está claro, precisa Lacan a propósito de ese asesinato de almas, «que se trata de un desorden en la juntura más íntima del sentimiento de la vida del sujeto».¹³³ Ahora bien, corresponde al falo la función de operar esa juntura entre significantes del Otro y goce del sujeto, para dar a éste el sentimiento de la vida. Sin ello se siente incapaz de vivir como los demás, quejándose de estar allí sin estar presente, y con la sensación de que sus sentimientos y acciones son ficticios. «Puede admitirse que la sujeción de la significación del sujeto bajo el significante fálico —observa Jacques— Alain Miller— es la condición para que el sujeto, ilusoriamente, tenga el sentimiento de estar vivo, y tal como Lacan la retoma en Schreber, esa muerte del sujeto traduce el momento en que el sujeto es separado de su valor fálico».¹³⁴

Cuando el sujeto acepta pasar por la prueba de su muerte, consintiendo

132. Lacan, J. «De una cuestión preliminar...». En: *Escritos II*. México: Ed. Siglo XXI, 1975. Pág. 257.

133. *Ibid.*, pág. 256.

134. Miller, J.-A. «Des réponses du réel». Seminario inédito, 6 de junio de 1984.

a partir de entonces en un cierto renunciamiento, en su delirio sobreviven huellas del fenómeno: emergencia de un nuevo apellido, sentimiento de una conmoción decisiva, modificación radical de los ideales, certeza de la realización de un asesinato de almas, construcción de una nueva filiación, etcétera.

La interpretación edípica del caso Schreber realizada por Freud no permite a éste aislar el momento de la muerte del sujeto. El fundador del psicoanálisis sitúa el giro decisivo en la metamorfosis del perseguidor, aquella que promueve a Flechsig a la condición de Dios. Detrás de esas figuras que la paranoia divide, Freud descubre al padre de Schreber. A partir de entonces, lo que era imposible a Schreber, es decir, «complacerse en el papel de una prostituta entregada a su médico», se vuelve aceptable: «la tarea que en el presente se le impone, la de dar al propio Dios la voluptuosidad que Él busca, no choca contra las mismas resistencias del yo».¹³⁵ Lacan considera que Freud se aventura en este punto «mucho más allá de la racionalización del propio sujeto», de manera que falta la dimensión de sacrificio incluido en la inversión de la posición de indignación. No obstante, el propio Schreber articula la salida de este trance empleando el vocablo *Versöhnung*: «la palabra —precisa Lacan— tiene el sentido de expiación, propiciación, y, considerando los caracteres de la lengua fundamental, debe ser tomado aún más hacia su primitivo sentido del *Sühne*, es decir, como el sacrificio, cuando se lo acentúa en el sentido del compromiso».¹³⁶ Tener en cuenta la *Versöhnung*, subrayando la pérdida de goce que le es inherente, pone en evidencia que la lógica en acción en el trabajo del delirio implica un saber sobre el hecho de que todo ser hablante, aunque sea psicótico, se encuentra sometido a la ley de la castración. En la base de la dinámica del delirio de Schreber parece haber un sacrificio. Pocos de los comentaristas de las *Memorias de un neurópata* han tomado al presidente en serio en este punto. Un momento importante de la lógica del delirio corría entonces el peligro de malograrse.

La muerte del sujeto sólo es descubierta por el psicótico en la posterioridad de un acto que lo ha convertido en otro y que ha puesto en juego una cierta pérdida de goce gracias a la cual se hace posible una nueva elaboración de la articulación significante. Entonces, a la manera de Christian Guez, puede

135. Lacan, J. «De una cuestión preliminar...», *op. cit.*, pág. 262.

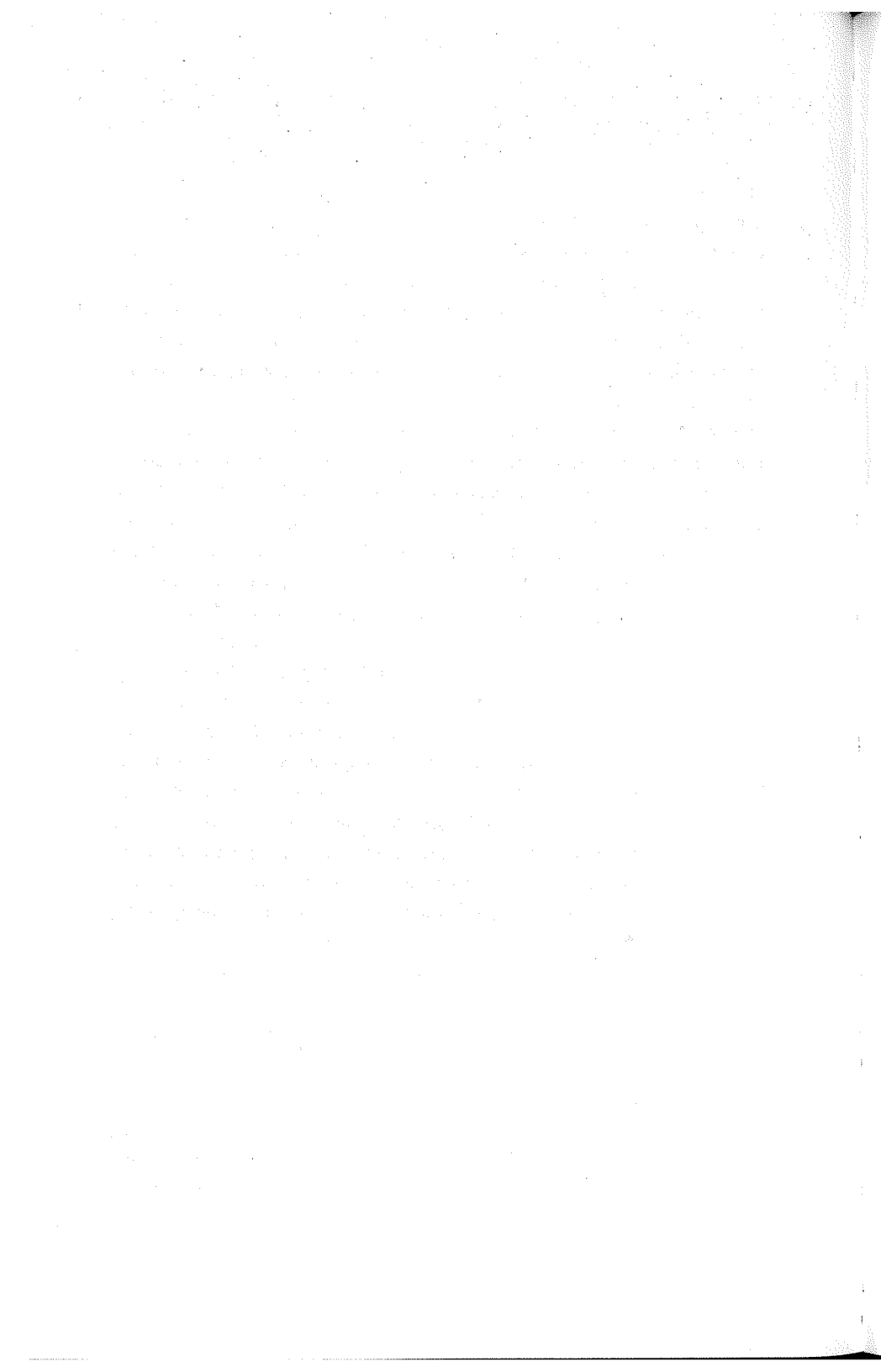
136. Lacan, J. *Ibidem*.

afirmar: «El sentido del laberinto, ahora lo decido yo. [...] Mientras que antes vivía en el laberinto como ciego, con los ojos vendados, como el alquimista de la estampa, allí, de golpe, me quito la venda y digo: *Este será mi destino*». [...] Se impone un hecho primordial: un Christian oculto, que no podía decir ciertas cosas está muerto, puesto que ahora puedo decirlas».¹³⁷ Si ha tenido lugar una cierta pérdida de goce, el enfermo indica que en su caso, pudo producirse sin duda a través de la psicoterapia. Acaso no capta lo que se encuentra en el centro de la problemática de la muerte del sujeto en la psicosis cuando afirma, al final de la construcción de su delirio, «lo importante es el itinerario de la pregunta, la búsqueda, las experiencias de la búsqueda, esto que es aventurado: desafiar a la muerte y tentarla hasta el absurdo».¹³⁸ El engranaje de la dinámica del delirio parece implicar la aceptación de enfrentarse a la fuente de la angustia, a saber: la ausencia de referencia al campo del Otro, ese «absurdo» estructural en relación al cual el sujeto no tiene otra posibilidad que recubrirlo con su fantasma o por medio de su delirio. Cuando un psicótico ya no retrocede al enfrentarse con la oquedad del Otro, cuando asume ese riesgo, y consiente en capitalizarlo con una cesión de goce, pone en juego su propia pérdida, un sentimiento de muerte del sujeto puede dejar huellas: traduce una desposesión desde el punto de vista del valor fálico, una separación en relación a la cadena signifiante, una afánisis del sujeto realizada fuera de lo simbólico. Si supera el «dejar plantado», si se sobrepone a la prueba, el sujeto deja de tener una actitud pasiva ante los mensajes de lo real, y entonces puede convertirse en el organizador de lo que le ocurre. Ese momento de transición es necesario siempre, sin duda, para que las construcciones del delirio adquieran consistencia. Por el contrario, no siempre parece anunciarse por medio de una formación imaginaria que pone en escena la muerte del sujeto.¹³⁹

137. Guez, C.; Coudray, J.-P. *Du fou au bateleur*. París: Presses de la Renaissance, 1984. Págs. 270-273.

138. *Ibid.*, pág. 275.

139. *Nota del editor francés*: Los textos tomados de la obra de A. Artaud en este capítulo se reproducen con esta aclaración: «Serge Malausséna, titular de los derechos de Antonin Artaud, quiere expresar sus muy severas reservas en relación a la transcripción póstuma de los textos originales del autor, realizada por la editorial Gallimard a partir del tomo XV de las Obras Completas:»



8. IDENTIFICACIÓN DEL GOCE EN EL OTRO [P₂]

Para quien ha asumido la ley de la castración, el goce se encuentra localizado en un objeto perdido representado por el significante fálico. Para el psicotizado, durante P₀ y P₁, se encuentra disperso en su cuerpo, en las alucinaciones, en las vagas intuiciones. Pero no ocurre lo mismo si llega a elaborar una sistematización paranoica que Lacan caracteriza como identificando el goce en el lugar del Otro.¹ Ahora bien, dicho goce no podría ser identificado sin ser significantizado. Identificarlo en el otro, implica estar en condiciones de situar en el campo del Otro un significante que permita nombrar el goce. A partir de entonces se instaura una certeza que determina sin reservas la existencia del sujeto. Numerosos ejemplos enseñan que puede llegar incluso a poner en juego su vida para sostener dicha convicción. Así, cuando la señora Delorme desarrolló un delirio de filiación que la persuadió de que su verdadero nombre era Stéphanie de Bourbon-Conti, condesa de Montcairzain, anagrama transparente de los supuestos padres, el príncipe de Conti y la duquesa de Mazarino, dicha idea tuvo en ella más importancia que el interés en conservar la vida. Durante la Revolución francesa, cuando todo parentesco aristocrático era un peligro mortal, escribió en su pasaporte el título de princesa y el cargo de superintendente de la casa de la Reina: quería compartir el cautiverio de la pareja real, y luego el de los hijos de ésta. Demostraba estar orgullosa de que la considerasen una prisionera de Estado. Lévy-Valensi comenta con razón: «aceptó la guillotina como una prueba de su origen real».²

-
1. Lacan, J. «Présentation des Mémoires d'un névropathe». *Cahiers pour l'analyse*, núm. 5 (nov.-dic. de 1966): 70.
 2. Lévy-Valensi, J. «Aventurière? Delirante? Princesse? Stéphanie de Bourbon-Conti, Comtèsse de Montcairzain». *La semaine des Hôpitaux de Paris* (nov. de 1937): 481.

En la base de toda psicosis se encuentra un enfrentamiento con el goce del Otro. Para protegerse de éste, el delirante busca significantizarlo. La definición de la paranoia no designa un goce del ser reducido a la pasividad ejercido por la malignidad de un Otro no identificado: ello conduciría entonces a incluir a la melancolía en la paranoia. De hecho, la encarnación del objeto *a* incitando al sujeto a consumir la pérdida de lo simbólico, con frecuencia expulsándose a sí mismo de la escena del mundo para servir al goce del Otro, dicha posición nunca se descubre de manera radical en el melancólico. Ahora bien, el Otro al cual se encuentra enfrentado no suele encarnarse en un perseguidor. En general, consiste en una amenaza angustiante no identificada, en cuyo blanco o diana el sujeto tiene la certeza de encontrarse.

Los esfuerzos de los paranoides tienden a significantizar el goce en el Otro, sin que lleguen a conseguirlo plenamente. Por el contrario, Blondel lo observaba muy correctamente a principios de siglo, en ocasión de sus estudios acerca de la «Consciencia mórbida», la perturbación inicial, caracterizada por una «primitiva resistencia a la conceptualización», puede borrarse progresivamente en ciertos delirios. «También ocurre —escribió— que la impresión de misterio desaparece, por decirlo así, bajo las construcciones delirantes que ella misma ha provocado. Sin embargo no puede decirse que nunca haya existido: la fase de inquietud y de extrañeza señalada por todos los autores en el inicio de los delirios sistematizados es la prueba de lo contrario. Tampoco puede decirse que no sea posible encontrar algunas de sus huellas, pero la elaboración que ha sufrido es entonces mucho más profunda como para que haya conservado mucho de su pureza original [...]. Por lo tanto sería de manera secundaria y transpuesta al tono de los delirios como la primitiva impresión de misterio, cargada de ansiedad innominada, poco a poco se volvería asimilable...»³ Para el paranoico, lo extraño angustiante e incomprensible de los períodos anteriores deja lugar a la penosa familiaridad de los perseguidores. El goce deslocalizado se adhiere al significante, de manera que el psicótico se vuelve capaz de identificar con certeza el goce ilegal que perturba el orden del mundo. «Felizmente —afirma uno de ellos haciendo referencia a diversas interpretaciones, alucinaciones y sensaciones hi-

3. Blondel, C. *La conscience morbide*. París: Alcan, 1928. Pág. 245.

pocondríacas— he llegado a conciliar todo eso.» «Mi idea es siempre fija», comprueba otro, mientras que las opiniones de aquellos que se mantienen inaccesibles al intercambio dialéctico, le parecen ser apenas unas «veletas». ⁴ Cuando Aimée abandona Melun se pregunta todavía quiénes son «los enemigos misteriosos que parecen perseguirla», ⁵ pero en París edifica progresivamente una organización delirante donde los identifica: se forja la idea de una actriz y un escritor, célebres, que conspiran contra la vida de su hijo. La convicción es tan completa que no vacila en golpear a Huguette [ex] Duflos. La intuición inicial que le informara que su hijo estaba amenazado surgió durante los embarazos que desencadenaron los trastornos. La estructura exigía de ella misma un sacrificio, en este caso ya no el de un abandono de la virilidad con el objeto de convertirse en La mujer sometida al goce del Otro, sino el de perder el objeto más valioso para Aimée, es decir, su hijo. De hecho, fueron el encarcelamiento y la internación los que realizaron el sacrificio de su vida social, contribuyendo a moderar el goce no regulado, y tuvieron como efecto sofocar los temas delirantes.

La peligrosidad del paranoico arraiga en su capacidad para identificar el goce ilegal en un perseguidor. A partir de entonces, un rigor implacable lo conduce con gran energía a remediar el escándalo de la situación. Ahora bien, a la manera de todo sujeto hablante, posee, sin saberlo, un conocimiento real de la ley de la castración, y de su exigencia de sacrificio de un objeto de goce. Por lo general, no duda de que la restauración del orden del mundo debe pasar por la realización de un acto sacrificial. Se sabe que la mayoría de los «magnicidas», ⁶ tales como Ravailac o Damien, se asombran porque la multitud no los aclama después de sus actos homicidas. Actúan para hacer respetar una ley cuya falta les produce el sufrimiento que padecen. Por esa razón uno de ellos, Passanante, después de haber intentado asesinar al rey de Italia Humberto I, en 1879, podía declarar: «¿Qué me importa la vida? quiero que se mantenga el principio». ⁷

4. Oury, J. *Création et schizophrénie*. París: Galilée, 1989. Pág. 158.

5. Lacan, J. *De la psychose paranoïaque dans ses rapports avec la personnalité* (1932). París: Seuil, 1975. Pág. 162.

6. El magnicida es quien ataca la vida de un alto personaje de este mundo, empujado por sus ideas delirantes.

7. Régis, E. *Les régicides dans l'histoire et dans le présent*. París: Maloine, 1890. Pág. 61.

Los fenómenos de transitivismo son tan imponentes en esos pasajes al acto, que agrediendo al otro el sujeto se golpea a sí mismo por repercusión. Aquél a quien apunta es por lo general una figura del goce, o de la omnipotencia —como el antepasado de *Totem y Tabú*—. Ello explica la frecuencia de las acusaciones paranoicas que se refieren a la vida sexual desenfrenada de los objetos perseguidores. Incluso en contra de toda verosimilitud, un delirante celoso se persuade de las múltiples infidelidades de su pareja. Aimée afirmaba que Huguette ex-Duflos era «una puta»,⁸ aunque lo ignorase todo acerca de ella, salvo la marca significativa de su divorcio inscrita en el apellidado. En *Mein Kampf*, Hitler acusa a «el judío» de dirigir la prostitución y la trata de blancas,⁹ así como de seducir a las jóvenes arias que habría que proteger de esa «contaminación incestuosa»,¹⁰ de manera que a todos los problemas que perturban el orden del mundo les convendría una respuesta única: el exterminio del perseguidor. El goce concedido al Otro es eco de aquel que molesta al sujeto. Es bien sabido que el perseguido se conduce con facilidad, él mismo, como perseguidor. El objeto de un goce desenfrenado que le preocupa refleja una imagen desconocida de sí mismo. También se sabe que el análisis de Lacan ha puesto en evidencia que la perseguidora de Aimée era una duplicación de su propia imagen ideal, la de una artista, una mujer de letras, pero también una «desvergonzada»; ahora bien, la propia paciente atravesó un período de «disipación» durante el cual creyó «deber ir hacia los hombres».¹¹

La pregnancia de la imagen en el campo de la paranoia indica que correlativamente a la sutura de la cadena significativa, mediante la sistematización del delirio, y a la contención del goce mediante su identificación, también se desarrolla en la dimensión imaginaria un proceso de atenuación de los trastornos. Las misas de la anatomía de Artaud, buscando construirse un «cuerpo bloque» por el ejercicio de su voluntad, las veleidades de Anna Rau, orientadas hacia la «fuerza corporal», esos proyectos de reabsorción del ser en el cuerpo, alcanzan un principio de realización en el paranoico,

8. Lacan, J. *De la psychose ...*, op. cit., pág. 162.

9. Hitler, A. *Mein Kampf* (Mi lucha). París: Nouvelles éditions latines, 1934. Pág. 66.

10. *Ibid.*, pág. 286.

11. Lacan, J. *De la psychose...*, op. cit., pág. 167.

identificado sin vacilaciones con una imagen ideal de sí mismo. Los temas de grandeza que se desarrollan están articulados con una identificación con la omnipotencia fálica. No es el falo simbólico, instalado por la ley de la castración, el que permite al paranoico enmarcar su ser, sino una imagen fálica que no incluye la función de la castración, y que no le deja otra posibilidad que asirse a la ilusión de la identidad del yo y del sujeto. Semejante posición, como puede suponerse, implica un locutor infalible incapaz de descubrir cual es su propia participación en el desorden del mundo que denuncia.

La captación masiva en un imaginario de comunión con un saber absoluto resulta de un proceso de holofrase que afecta la estructura del sujeto. Consiste en una solidificación de la pareja significativa primordial S_1-S_2 , que Lacan descubrió en el principio de la psicosis y de algunos otros fenómenos clínicos [psicosomática, debilidad].¹² Esta noción, formulada en 1964, ya se esbozaba, referida a la psicosis, en *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo*, cuando observaba que «el sujeto de la psicosis» se basta con «el Otro previo», aquel que se encuentra situado en el nivel inferior del grafo comentado en ese artículo. En el campo del Otro previo, el lenguaje es homólogo al de los informáticos: está constituido por puras oposiciones binarias. En el intervalo entre cada par significativo no se inserta principio alguno de indeterminación. Resulta de ello que el sujeto del inconsciente no se encuentra más en *fading* en un lugar indeterminado bajo la cadena significativa, sino que tiende a hacerse presente en los enunciados. La holofrase es un término de lingüística que designa a una figura de retórica que consiste en expresar una frase condensada en una palabra.¹³ Fiel a su costumbre de desviación de la lingüística hacia la «lingüisteria», Lacan procede con la holofrase igual que lo hiciera con la metáfora y la metonimia: las convierte en estructuras del inconsciente freudiano. Esta captación masiva de la pa-

12. Lacan, J. *Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse, Le séminaire Livre XI*. París: Seuil, 1973. Pág. 215.

13. Lo esencial de la investigación parafrénica de J.-P. Brisset, orientada hacia el descubrimiento de la lengua de los orígenes, se funda en la detección de holofrases insertas en el vocabulario francés. ¿Cuál es el origen de la palabra «israelita»?; se le preguntó, intentando pillarle desprevenido. Propóngame algo más difícil -respondió- en sustancia, israelita en la lengua de los dioses designaba evidentemente al pueblo elegido, puesto

reja S_1 - S_2 se convierte en una holo frase del sujeto, un achatamiento de éste, una reducción de su división en el campo del significante. Por ello interjecciones tales como «fuego», «socorro», «una ayuda», parecen ser los ejemplos princeps. En tales expresiones, subraya Lacan, «todo el peso del mensaje carga sobre el emisor». Pronunciadas en circunstancias excepcionales, dan testimonio de un estado durante el cual el sujeto se vuelve idéntico a lo que enuncia, totalmente implicado en su palabra.¹⁴ A medida que se estructura el delirio, se sujeta cada vez más a las solidificaciones de la holo frase, anclándose a partir de entonces en una certeza soportada por un locutor infalible. Los postulados del delirio paranoico ignoran la dimensión de la duda, de manera que el sujeto se expresa de buena gana en nombre de Dios. Así, la investigación de Brisset¹⁵ sobre la lengua de los orígenes, fundada en la descripción de etimologías fantásticas, le parece «un trabajo científico que tiene una fuerza de demostración superior a la de las matemáticas y la geometría». ¹⁶ Asimismo, Schreber afirma en sus *Memorias* no encontrar otro sentido a su vida que «convencer al resto de los hombres de la justeza de su pretendido delirio».

Como los postulados del delirio son holo fraseados, resulta de ello que el psicotizado se encuentra —según Lacan— «en una posición que no lo deja en condiciones de restaurar auténticamente el sentido del cual da testimonio». Sus síntomas, al contrario de los del neurótico, no pueden resolverse en un análisis del lenguaje que revele lo reprimido contenido en una metáfora.

que la descomposición de la holo frase da «il será élite» [N. del T.: cast.: *será «élite», es decir grupo de selectos, escogidos, elegidos*. Existe una eficaz homofonía en francés entre *israélite* e *il sera élite*]. Puede comprobarse la necesidad de recurrir al juego de palabras para que la holo frase sea puesta en evidencia. En su acepción lacaniana, esta expresión designa un fenómeno estructural de reducción de la escisión significante del sujeto, lo cual no debe confundirse con las holo frases buscadas por Brisset. Estas dos nociones nada tienen en común, salvo una misma referencia intuitiva a elementos tomados en masa.

14. Cf. Stevens, A. «L'hologramme, entre psychose et psychosomatique». *Ornicar? Revue du champ freudien*, núm. 42 (otoño de 1987-1988): 45-79.
15. En el enfoque propuesto aquí, el delirio parafrénico, el de Brisset, parece constituir un subgrupo del delirio paranoico, puesto que la identificación del goce en el Otro, característico de este último, constituye un rasgo común a las dos formas.
16. Brisset, J.-P. *Les origines humaines*. París: Baudoin, 1980. Pág. 24.

La captación masiva de S_1 y de S_2 implica que para el sujeto psicótico no ha funcionado un proceso de separación. La no extracción del objeto a es necesariamente correlativa de ello. La castración simbólica no ha operado la pérdida estructurante que instaura una falta adecuada para dar al deseo su ley.

Aunque cada una de las cuatro fases del delirio crónico estén fuertemente correlacionadas con cuadros psiquiátricos, hay que subrayar que las correspondencias son apenas aproximativas: el enfoque psicoanalítico introduce aquí una nueva clínica. Por otra parte, estas fases constituyen recortes un tanto artificiales, necesarios para la exposición razonada, ejecutados en la continuidad de una evolución orientada, que se puede recorrer tanto progresiva como regresivamente, y en cuyo seno con frecuencia se saltan etapas.

Con el objeto de identificar el goce en el Otro, muchos psicóticos creen encontrar en el trabajo del lenguaje matemático una vía real conducente a una completa comprensión de lo esencial. El rechazo que provocan en la comunidad científica suele alimentar con frecuencia sus delirios reivindicativos. El fenómeno es tan corriente que los propios matemáticos lo advierten muy bien y se hacen eco de ello. La mayoría de nuestros colegas han tenido la siguiente experiencia, escriben dos universitarios norteamericanos, Philip Davis y Reuben Hersh, «y aquellos que gozan de una cierta notoriedad la han tenido con frecuencia: se recibe una carta espontánea de un individuo desconocido, y la carta contiene una demostración matemática de una naturaleza totalmente sensacional. El autor pretende que ha resuelto uno de los grandes problemas matemáticos sin solución, o que ha refutado una aserto clásico de las matemáticas. En el pasado, la cuadratura del círculo ha sido una actividad favorita; de hecho, esta actividad es tan antigua que Aristófanes ha parodiado a quienes en el mundo se entregaban a ella. En una época más reciente, la demostración del *último teorema* de Fermat ha sido muy popular. El autor de una carta semejante es generalmente un aficionado sin demasiada formación en matemáticas. Suele tener una débil comprensión de la naturaleza del problema al que se ha abocado, y una imperfecta noción de lo que es exactamente una demostración matemática y cómo opera ésta. El autor es habitualmente de sexo masculino, con frecuencia un jubilado que dispone de tiempo ocioso para continuar con las matemáticas; suele haber alcanzado un nivel profesional

considerable en la sociedad y exhibe los símbolos de su rango en el interior de su propio trabajo matemático.

«Con mucha frecuencia –prosiguen Davis y Hersh– el remitente no solo «ha tenido éxito» en resolver uno de los grandes problemas matemáticos insolubles, sino que también ha encontrado el medio para construir un refugio antigraedad, interpretar los misterios de la Gran Pirámide y de Stonehenge, y está en el buen camino para crear la piedra filosofal. No hay en esto ninguna exageración.

«Si el destinatario de una carta semejante la responde, por lo general se encontrará enredado con una persona con quien no puede comunicar científicamente, y que presenta muchos síntomas de paranoia. Se llega a reconocer a esa clase de corresponsales de un vistazo y sus cartas se dejan sin respuesta, lo cual, desgraciadamente, aumenta su paranoia.

«En el momento en que escribo este informe –precisa uno de los autores– tengo sobre mi escritorio un artículo de esta clase que acaba de enviarme el editor de una de las principales publicaciones periódicas de matemáticas de los Estados Unidos. Como medidas de autodefensa cambio los detalles personales conservando el sabor del escrito tanto como puedo. El artículo está bella y costosamente impreso en papel satinado; procede de Filipinas. Está escrito en castellano y pretende ofrecer una demostración del último teorema de Fermat. Hay una fotografía del autor, un octogenario de bella apariencia que ha sido general del ejército de tierra de Filipinas. En el transcurso del texto matemático se incluye una autobiografía del autor. Según parece, sus antepasados eran aristócratas franceses cuya rama no primogénita fue enviada a Oriente, de allí la familia emprendió camino hacia Filipinas, etcétera. El artículo sobre el último teorema de Fermat también incluye grabados donde se representa a los tres últimos reyes de Francia, y una larga defensa de la restauración de la dinastía de los Borbones. Después de la primera página, las matemáticas se pasean en la incomprendibilidad.»¹⁷ El autor comprueba la confusión de un trabajo pseudomatemático con temas de filiación y temas mesiánicos, y observa atinadamente que la falta de respuesta a semejantes corresponsales da a éstos una fácil ocasión de alimentar ideas de persecución.

17. David, P.J.; Hersh, R. *L'univers mathématique* (1982). París: Bordas, 1985. Págs. 54-55.

Tan cierto es que el delirio no se caracteriza ni por una ruptura de la comunicación ni por un déficit del pensamiento, que algunos de estos sujetos insertan a veces auténticos hallazgos matemáticos en sus trabajos. Así, las *Obras matemáticas* del polaco Jozef Wronski [1776-1853] asocian una importante contribución a la teoría de las ecuaciones diferenciales lineales con el descubrimiento de la «Ley suprema de la generación de las cantidades», que contiene la clave del universo. Esta última se expresa en una fórmula matemática abstrusa impresa en todas las obras de Wronski, situada en un cartón donde aparece santificada por el zodiaco y custodiada por una esfinge.¹⁸ Además, se sabe que Janos Bolyai pudo elaborar, conjuntamente con sus investigaciones matemáticas que le condujeron al descubrimiento de la primera geometría no euclidiana, construcciones delirantes centradas en una «doctrina de salvación universal» que aspiraba a establecer la felicidad humana por la intermediación de una lengua perfecta.¹⁹

Cuando el sujeto, convencido de su genio matemático, se instala en la cima de la megalomanía, considerando desde entonces indigna de su consideración la opinión de sus contemporáneos, se desliza fuera de la posición paranoica para alcanzar la última fase de desarrollo de la lógica defensiva del delirio.

18. *Ibid.*, págs. 57-58.

19. Hermann, I. «Janos Bolyai, Naissance d'une pensée», (1945). En: *Parallélismes*. Denoël, París, 1980. Pág. 40.

9. EL CONSENTIMIENTO REGULADO DEL GOCE DEL OTRO [P₃]

La moda de las clínicas del medicamento y conductista incita en la actualidad a archivar la semiología psiquiátrica de los clásicos en el estante de las antiguallas inútiles. Por añadidura, muchos analistas desconfían de ésta, no sin cierta razón, subrayando que comporta riesgos de obturación desde el punto de vista de la palabra del sujeto. ¿Entonces es preciso inquietarse porque un síndrome menor como el de la parafrenia sea ignorado a partir de los DSM III y IV? No sólo el término no está registrado, sino que su clínica está ausente del catálogo de casos adjunto al DSM III-R. Es verdad que se trata de la forma más infrecuente del delirio psicótico; y además, todo conduce a creer que a partir del empleo masivo de los neurolépticos se ha hecho aún más excepcional. La administración de dichas drogas en la actualidad no habría permitido que Schreber usara de todos los recursos de su mente para llegar hasta la última elaboración en el desarrollo de su delirio. Es el acceso a dicho estadio lo que autoriza a Kraepelin a calificarlo de «parafrenia sistemática»: se sabe que dicho autor copió ese cuadro sindrómico de la famosa descripción en fases del «delirio crónico de evolución sistemática» de Magnan, de la cual, los trastornos del presidente pueden sin duda considerarse una de las mejores ilustraciones. Si, en efecto, el delirio constituye la tentativa de curación aislada por Freud, y si la parafrenia sistemática se revela como la forma más alta de la construcción autoterapéutica del psicótico, hacia la cual se orienta cuando no se obstaculiza el síntoma en el transcurso de su desarrollo, se comprende que ningún síndrome resulte más extraño a los DSM III y IV, porque estos eventos son los testigos más brillantes de los recursos de una dinámica psíquica inconsciente que esas diferentes ediciones del Manual norteamericano de psiquiatría se esfuerzan en evacuar.

No obstante, situar de esa manera a la parafrenia en el apogeo del delirio, es una tesis que no acredita la psiquiatría tradicional, que de buena gana, estimulada por criterios excesivamente limitados a un enfoque formal, la convierte en una forma intermedia entre los delirios paranoides y paranoicos.

Por otra parte, en su enseñanza, Lacan no ha otorgado al concepto de parafrenia el estatuto de un verdadero concepto teórico. En el transcurso de la presentación de un caso clínico, realizada por J.-A. Miller, éste la califica rápidamente de «enfermedad mental por excelencia», y hasta «de excelencia de la enfermedad mental».¹ Dando a entender que se trata de una enfermedad mental que lleva las características de ésta hasta un grado de excelencia. Ahora bien ¿qué es el [enfermo] mental? Es —indica Lacan— aquel que sólo encuentra su consistencia adorando al cuerpo, también se encuentra en el principio del amor propio y de la imaginación,² y no deja otro recurso al ser hablante que pensar débil.³ La paciente que ilustra este enfoque de la parafrenia revela, efectivamente, no tener más que precarias referencias imaginarias para sostenerse en la existencia. «Quieren valorizarme», dice de entrada, —informa J.-A. Miller— y tenía razón, puesto que el numeroso público se lo confirmaba —«siempre tengo problemas con mis jefes, no acepto que se me den órdenes cuando hay un trabajo por hacer, que se me impongan horarios, me gusta hacer lo que me plazca, rompo mis nóminas, no tengo ninguna referencia, busco un lugar en la sociedad, ya no tengo lugar, no soy ni una verdadera ni una falsa enferma, me había identificado con numerosas personas que no se me parecen, me gustaría vivir como un traje.» Sin duda —comenta J.-A. Miller— podían observarse algunos esbozos de creación de len-

-
1. Miller, J.-A. «Enseignements de la présentation de malades». *Ornicar? Revue du champ freudien*, núm. 10 (julio de 1977): Pág. 22.
 2. A propósito de Joyce, Lacan comenta: «tiene mentalidad -es decir, amor propio. Es el principio de la imaginación. Adora su cuerpo. Lo adora porque cree que lo tiene. En realidad no lo tiene, pero su cuerpo es su única consistencia- mental». (Lacan, J. «Le sinthome». Trece de enero de 1976.)
 3. «Hay que aceptar las condiciones del (enfermo) mental en cuyos primeros rangos está la debilidad, lo cual quiere decir la imposibilidad de sostener un discurso contra el cual no hay objeciones, mentales precisamente.» (Lacan, J. «L'insu que sait de l'une-bévue s'aile à mourre». 19 de abril de 1977, en: *Ornicar?*, núm. 14 (1979): 17-8)

gua, ella tenía una idea muy vaga de que se la hipnotizaba y que se la quería manejar, pero nada de todo eso adquiriría consistencia. Se mantenía en una perpetua vacilación, tal como la paciente lo tradujo muy lúcidamente con una fórmula notable: «soy interina de mí misma». Es madre, y querría «parecerse a una madre», pero la evocación de su hijo, del cual está alejada, la fotografía de éste, no le hace el menor efecto».⁴

Una forma semejante de parafrenia no tiene nada en común con la fase terminal del delirio de Schreber. Lacan no lo ignora, y también precisa: «es muy difícil pensar los límites de la enfermedad mental. Esta persona no tiene la menor idea del cuerpo que tiene para meter bajo ese vestido, no hay nadie para habitar la ropa. Ella ilustra lo que se llama la apariencia. Nadie que haya llegado a hacerla cristalizar. Allí no hay una enfermedad mental seria, una de esas formas reconocibles, que se encuentran. Lo que dice no tiene peso ni articulación, velar por su readaptación me parece utópico y fútil». Luego, aludiendo a Kraepelin: «Eso puede llamarse una parafrenia... ¿por qué no imaginativa?». ⁵ Esta tentativa de situar a la paciente en la nosología kraepeliana asombra, por una parte, porque Lacan acaba de precisar que la paciente no presenta una forma de patología reconocible, por otra, porque para llevar el diagnóstico de parafrenia se exige la presencia de una rica elaboración delirante; y finalmente, por añadidura, porque la parafrenia imaginativa es ignorada por los clásicos, y no corresponde a ninguna de las cuatro formas descritas por Kraepelin [sistemática, confabulante, expansiva y fantástica]. Sin embargo, la parafrenia fue con frecuencia comparada con el delirio de imaginación de Dupré y Logre. Es posible encontrar una inteligibilidad en la perspectiva de las discusiones que tuvieron lugar a principios de siglo en la psiquiatría francesa: la sugestión de reagrupar tres formas de parafrenia bajo la denominación de «imaginativas», para oponerlas mejor a una cuarta.

La acepción dada por Lacan a la parafrenia durante esta presentación de caso clínico resulta muy original. Designa los trastornos de un sujeto cuyas identificaciones imaginarias no «precipitan un yo»,⁶ por no disponer de un rasgo unario para anclar su identidad más allá de las imágenes. Se trata de

4. Miller, J.-A. «Enseignements de la...», op. cit., pág. 22.

5. *Ibidem*.

6. *Ibidem*, pág. 23.

un ser de pura apariencia cuyas tentativas de estabilización recurriendo al funcionamiento «como si» se revelan ineficaces. La adoración de sí apoyándose en el cuerpo ni siquiera llega a dar alguna consistencia ilusoria al sujeto. Los recursos de su mente parecen demasiado perturbados como para estar en condiciones de producir una elaboración autoterapéutica.

Considerada desde este punto de vista, la «parafrenia imaginativa» se sitúa en el extremo opuesto de la «parafrenia sistemática», y podría por ello calificarse también de «excelencia de la enfermedad mental». No sólo porque constituye en el psicótico la construcción autoterapéutica más alta del intelecto, sino también porque lleva hasta el límite el pensar débil, propio del enfermo mental, mediante la adhesión sin reservas a las significaciones del Otro, y por la exaltación de la adoración del cuerpo hasta la megalomanía.

No es frecuente aprehender la parafrenia de esta manera. Además, es necesario precisar lo que conduce a este original enfoque.

En otros tiempos, los alienistas consideraban que los paranoicos no se curaban, pero que con la edad, según la fórmula de Tanzi, «se moderaban». Ahora bien, la atenuación del delirio de persecución, por regla general, está acompañada de un desarrollo de las ideas de grandeza. «Para nosotros, se trata —escribieron Magnan y Sérieux en 1911— de una transformación fundamental de la psicosis. El delirio de persecución acaba por atenuarse, en efecto: «Son necesidades —dice el enfermo— ya no les presto atención.» Por último se borra poco a poco, para dejar lugar a las nuevas concepciones delirantes.⁷ Magnan y Sérieux, aprovechando la expansión de estas últimas, caracterizadas por el primado del tema megalomaniaco, observan que «las denuncias y recriminaciones cesan. El enfermo fabrica una actitud llena de altanería y de desprecio. Sonríe irónicamente, se niega a dar la mano, se mantiene en desdeñoso silencio. Si se decide a hablar, confiesa las persecuciones que le hicieran padecer antes, pero ya no hay nada, en la actualidad está completamente libre y, si quisiera, les abriría las puertas...»⁸ Ciertos autores han supuesto que el tránsito desde la persecución a la megaloma-

7. Magnan, M.; Sérieux, O. «Délire chronique». En: A. Marie. *Traité international de psychologie pathologique*, II. París: Alcan, 1911. Págs. 605-639. Retomado en: *Les édifices du délire*. Analytica, núm. 50 (1987): 11-37. París: Navarin.

8. *Ibid.*, pág. 26.

nía se producía gracias a una deducción lógica: puesto que han atraído tantos odios encarnizados, los sujetos llegarían a la conclusión de ser personajes importantes. Ahora bien, en relación a estos fenómenos, en su comentario del caso Schreber, Freud recusa el valor explicativo de los razonamientos conscientes. «Nos parece —afirma— que atribuir a una racionalización consecuencias afectivas de tanta importancia es pensar de la manera menos psicológica, es por eso que nos separamos claramente de los autores de esas tesis.»⁹ Esas líneas fueron publicadas el mismo año que el artículo de Magnan y Sérieux. En este sentido, éstos matizan, aunque consideran que la tesis de Foville acerca de la «deducción lógica» «con frecuencia» se revela fundada; sin embargo conciben muy bien sus limitaciones: «Camuset —escribieron— no piensa que la deducción lógica pueda bastar para transformar el delirio. No se alcanza —subraya— a colocar al perseguido en el camino de las ideas ambiciosas, a pesar de los argumentos que puedan hacerse valer para provocar la aparición de aquéllas. Asimismo, las causas accidentales nada pueden mientras el cerebro no está maduro para las ideas de grandeza.

«También nos vemos conducidos a admitir —prosiguen— que la alucinación auditiva no basta para crear el delirio ambicioso. La transformación del delirio está preparada desde hace mucho tiempo y el trastorno sensorial, como dice Garnier, no hace más que darle una fórmula.

«A veces, por último, la transformación del delirio se realiza espontáneamente, sin que se pueda comprender la causa determinante. Parece que el terreno se haya vuelto propicio para la eclosión de las ideas ambiciosas...».¹⁰ Los presupuestos organicistas de estos autores los incitan a postular la existencia de un largo trabajo cerebral preparatorio necesario para el surgimiento de la megalomanía. Habrían podido objetar a Freud, con derecho, que su enfoque permite dar cuenta de las regularidades en la evolución del delirio con mayor facilidad que lo que pueda hacerlo la tesis psicoanalítica. En efecto, según ésta, la defensa delirante intenta resolver un problema salido de la fantasmática singular del sujeto, y constituye una respuesta a una preocupación siempre original, en consecuencia, nada per-

9. Freud, S. Observaciones psicoanalíticas..., op. cit., t. VI, pág. 1.500.

10. Magnan, M.; Sérieux, P. «Délire chronique», op. cit., pág. 24.

mite pretender que deba inscribirse en un marco lógico preexistente. A principios de siglo, tomar en serio la división del delirio en períodos iba acompañada de la suposición de que la causa de dicho fenómeno radicaba en una misma lesión del tejido cerebral de los enfermos mentales. Además, el enfoque psicoanalítico fue incitado hasta nuestros días a desviarse de todo estudio basado en el esquema evolutivo del delirio crónico. Sin duda debió esperarse la introducción a un enfoque estructural de la psicosis, gracias al concepto de forclusión del Nombre del Padre, para que se hiciera posible superar la antinomia entre la singularidad de la historia y la regularidad de la marcha del delirio, situando la metáfora cerebral como una evocación ingenua de la lógica de la estructura.

La falta que se esfuerzan en remediar los psicóticos es estructuralmente idéntica para todos, aunque se haga presente de manera original aprovechando los condicionantes de la historia de cada sujeto.

EL CONCEPTO PSIQUIÁTRICO DE PARAFRENIA

Entre P_2 y P_3 , el sujeto pasa de la identificación del goce en el Otro al consentimiento del goce del Otro; clínicamente ello corresponde de manera bastante aproximada, a un deslizamiento desde la paranoia a la parafrenia sistemática.

Tal como se entiende en el discurso psiquiátrico, este último concepto no corresponde exactamente a P_3 . Para comprender la diferencia, aquí se impone un rodeo por la situación nosológica del delirio parafrénico. Ésta ha dado lugar a múltiples discusiones que en la actualidad no han acabado; por eso sigue siendo complicado precisar en qué se diferencia de los delirios paranoicos y paranoicos.

El grupo de las parafrenias fue introducido a principios de siglo en la 8ª edición del *Tratado* de Kraepelin [1909-1913], con el objeto de responder a las objeciones de los autores franceses que habían hecho observar que en el seno de los delirios crónicos había lugar para formas alucinatorias que no evolucionan hacia una desorganización del pensamiento. En dicha obra se diferencian cuatro formas: sistemática, expansiva, confabulante y fantástica.

La parafrenia sistemática está caracterizada por el desarrollo insidioso de un delirio de persecución progresivo con ideas de grandeza y sin disgre-

gación de la personalidad. Las tres fases de inquietud, alucinaciones y megalomanía recuerdan el delirio crónico de evolución sistemática de Magnan. Pero Kraepelin no reconocía la fase de demencia descrita por aquél.

La parafrenia expansiva representa el desarrollo de un delirio megalómano exuberante, con una ligera exaltación del humor y a veces episodios de ansiedad. En las fantasías oníricas se mezclan temas religiosos y eróticos; abundan los falsos recuerdos y falsos reconocimientos. Fijado en su convicción delirante, el enfermo permanece claro y ordenado. El conjunto de las capacidades se mantiene poco alterado. Kraepelin reconocía haber tenido a esos enfermos por maníacos durante mucho tiempo. Ciertos sujetos insertos en ese cuadro evocan lo que Clérambault aislará algunos años más tarde como síndrome erotomaniaco.

Las parafrenias confabulantes son más infrecuentes. A diferencia de las formas precedentes, donde predominan las alucinaciones, las ideas delirantes son alimentadas por falsificaciones de recuerdos que desembocan en la construcción de historias extravagantes. Cada día enriquece las elaboraciones extrañas que no comportan trastornos importantes de la inteligencia.

Las parafrenias fantásticas también son bastante infrecuentes. Se caracterizan por producciones extraordinariamente exuberantes de representaciones delirantes móviles y deshilvanadas. Estas ideas fantásticas, eróticas y megalomaniacas, suceden a un período de inquietud y de interpretación. Luego, es un continuo enriquecimiento por medio de una especie de fabulación paramnésica, que respeta la actividad intelectual del sujeto largo tiempo. En este grupo los trastornos del lenguaje son más frecuentes.

¿Qué situación nosográfica puede concederse a este grupo de las parafrenias? En Alemania, su originalidad no se impuso: fue rápidamente refundido en la esquizofrenia. En Francia ha alimentado múltiples trabajos, en la mayoría de los casos con miras a situar al grupo en un lugar intermedio entre la esquizofrenia y la paranoia. Muchos intentan restringir el campo de la parafrenia atribuyendo ciertas formas a la primera y otras a la segunda.

Los dos principales maestros de psiquiatría junto a quienes se formó Lacan durante sus años de interno, tuvieron una actitud muy diferente en relación a este debate. Clérambault no participó ni tampoco utilizó el concepto de parafrenia. Él situaba el campo clínico de ésta en el cuadro de la psico-

sis alucinatoria crónica en cuyo automatismo mental tiene la base. Claude, por el contrario, se interesó mucho más. En 1925, en un trabajo acerca de *Las psicosis paranoides*, luego en 1936, tratando los *Delirios de imaginación y parafrenias*, desmembró el concepto kraepeliano: hizo entrar «una parte de las parafrenias sistemáticas» en los delirios paranoides, «a causa de su evolución sin debilitamiento psíquico y de la estructura *paranoica* de su delirio»; mientras que situó las demás formas de parafrenia en los delirios paranoides.¹¹

Lacan no ignora nada de este debate en el cual es necesario resituarse con el objeto de aclarar lo que podría sugerir la noción de «parafrenia imaginativa». En su tesis de 1932, concerniente al diagnóstico diferencial del caso Aimée, parece adoptar la enseñanza impartida en el hospital de Sainte Anne, que acercaba la «psicosis paranoide esquizofrénica de Claude» con las tres formas kraepelinianas de parafrenia incluidas en aquella, precisando que unas y otras deben desecharse por las mismas razones.¹² No dice nada de la parafrenia sistemática, incluyéndola sin duda, en lo esencial, igual que Claude, en los delirios paranoides. Sin embargo, más tarde, la posición de Lacan, aunque un tanto vacilante, mostrará una cierta originalidad, buscando no la refutación del concepto de Kraepelin, sino hacerle un lugar. En 1936, en los *Complejos familiares*, cuando intenta repartir los diversos delirios en una serie de formas de detención en las relaciones con el objeto, sitúa la parafrenia como la forma más regresiva de retorno al narcisismo primario, en el cual el objeto y el yo se confunden. «Finalmente —escribió— es la estructura fundamentalmente antropomórfica y organomórfica del objeto la que aparece a la luz en la participación megalomaniaca, donde el sujeto, en la parafrenia, incorpora el mundo a su yo, afirmando que éste incluye el Todo, que su cuerpo se compone de las materias más preciosas, que su vida y sus funciones sostienen la existencia y el orden del universo.»¹³ El aisla-

11. Claude, H. «Délires d'imagination et paraphrénies». *Concours médical*, 3, núm. 19, 1 (1936): 152.

12. Lacan, J. *De la psychose paranoïaque dans ses rapports avec la personnalité* (1932). París: Seuil, 1975. Pág. 200.

13. Lacan, J. *Les complexes familiaux dans la formation de l'individu* (1936). París: Navarin, 1984. Pág. 81.

miento progresivo de una estructura de la psicosis es una conmoción para esta problemática, hecho atestiguado por ejemplo, por una observación de 1955, que recomienda conservar una cierta unidad entre los delirios paranoicos y parafrénicos, por razones derivadas de una temática muy diferente: la abundancia de las producciones literarias.¹⁴ Por último, en una presentación de caso clínico más tardía, lanza dos indicaciones un tanto enigmáticas, ya mencionadas, acerca de la «parafrenia imaginativa» y sobre «la excelencia de la enfermedad mental».

La paciente que le sugiere esta innovación nosográfica evidentemente no puede asemejarse a una paranoica. Ahora bien, cuando Lacan consagró un seminario al caso Schreber, del cual recuerda en una nota de su Tesis, que debe incluirse entre las parafrenias,¹⁵ asocia estas últimas a las paranoias. Estas diversas observaciones a mi juicio sólo encuentran una cierta coherencia si se relacionan con las clasificaciones de Claude. Las parafrenias expansivas, confabulantes y fantásticas, aquellas que dicho autor incluye en los delirios paranoides, las que más se acercan al delirio de imaginación de Dupré y Logre, porque la exuberancia de los temas fantásticos no está contenida por una exigencia de sistematización, todas ellas podrían muy bien reagruparse bajo la expresión «parafrenia imaginativa». Por el contrario, la parafrenia sistemática de Schreber es de una naturaleza del todo diferente. En relación a ella, Claude está justificado por señalar sus afinidades con la paranoia. Las observaciones de Lacan siguen siendo fugaces en este sentido, pero me parece que pueden encontrar una coherencia en la perspectiva desarrollada en este trabajo: las parafrenias imaginativas o delirios de imaginación se destacan como tentativas de significantización del goce deslocalizado que atestiguan un trabajo de elaboración del delirio mucho menos desarrollado que el de la parafrenia sistemática. En cuanto a esta última, no sólo se asemeja a la paranoia, sino que está en el progreso de ésta y constituye la elaboración más alta del delirio crónico, justificando que se la califique de «excelencia de la enfermedad mental». Fue en el trabajo acerca de la parafrenia sistemática de Schreber donde Lacan descubrió el «consentimiento progresivo» que se pone de relieve¹⁶ aquí.

14. Lacan, J. *Les psychoses*, op. cit., pág. 89.

15. Lacan, J. *De la psychose paranoïaque*, op. cit., pág. 261.

16. Lacan, J. *Les psychoses*, op. cit., pág. 290.

La característica más importante de las parafrenias, la que da unidad al concepto psiquiátrico, reside en la asombrosa yuxtaposición de una buena adaptación a la vida cotidiana en sociedad con la adhesión a temas inverosímiles en cuyo seno las creencias megalománicas se muestran, en general, predominantes. La fabulación fantástica es clásicamente considerada como el carácter más visible de estas construcciones delirantes que en la mayoría de los casos consisten en ficciones irreales que a veces se asemejan a las fantasías poéticas. Los sujetos hacen de buena gana relatos líricos de extraños acontecimientos o de aventuras extravagantes. Demuestran una ininfinita capacidad para crear nuevas peripecias en una lengua hermética, inspirada, y hasta poética. Sus producciones de escritos, dibujos, poemas, son abundantes. El comportamiento [gestos, costumbres], subraya con facilidad el desarrollo de asombrosas invenciones. Además, el parafrénico mantiene fuera de contacto dos planos del pensamiento que permanecen heterogéneos. Esta superposición de dos mundos constituye la originalidad más notable de esos sujetos que van y vienen desde su mundo mágico a la vida cotidiana, con una sorprendente desenvoltura. Los temas del delirio intervienen muy poco en el comportamiento real y social. Además, en general, estos sujetos son de escasa peligrosidad y para sus contemporáneos suelen ser dulces e inofensivos visionarios.

Entre las cuatro formas aisladas por Kraepelin, una de ellas, la parafrenia sistemática, revela ser muy semejante a lo que Magnan describió con el nombre de «delirio crónico de evolución sistemática». No obstante, el maestro de Munich no observó una fase terminal de demencia; por el contrario —según él—, al igual que en la paranoia, la evolución no se encamina hacia una «desintegración de la personalidad».

Numerosas críticas han intentado desarmar el grupo de las parafrenias, sin embargo, ha llegado hasta nuestros días, sobre todo, gracias al crédito y al interés que le concediera Henri Ey. Después de algunas vacilaciones, en 1978, en su última obra, el *Tratado de las alucinaciones*, dicho autor acepta plenamente la enseñanza de Kraepelin, recogiendo lo esencial de las cuatro formas de parafrenia en lo que él prefiere llamar «la psicosis delirante fantástica». Cuadro que define por las siguientes características:

- enorme producción delirante de temas múltiples principalmente megalománicas y cósmicos;

- pensamiento arcaico, mágico o paralógico indiferente en la elaboración de sus concepciones a los valores lógicos de una inteligencia por otro lado intacta;
- conservación de una buena relación con el mundo real, a pesar de lo absurdo de la ficción que se yuxtapone o superpone a él;
- ausencia de deterioro psíquico notable, incluso al final de la evolución.¹⁷

La mayoría de los delirios de filiación y de imaginación pueden incluirse en el cuadro definido de este modo.

A la manera de la mayoría de sus predecesores, Henry Ey considera el delirio fantástico como una forma intermediaria entre el delirio paranoide y el delirio paranoico. Ahora bien, la acepción psiquiátrica del concepto de parafrenia, tal como se menciona más arriba, es tan amplia que se vuelve difícil diferenciarla de la correspondiente al delirio paranoide. El mayor criterio de diferenciación radica menos en las características inherentes al delirio en sí, que en la calidad de la adaptación a la realidad: la noción de «fantástica» es demasiado imprecisa, la de «grandeza» demasiado poco discriminatoria, resulta de ello que nada impide calificar de parafrénico a un paranoide que «conserva una buena relación con el mundo real».

El enfoque psicoanalítico propuesto aquí, precisa y restringe el campo de la parafrenia, situándolo en el consentimiento del goce del Otro y en la expansión de la megalomanía que atestigua. Si se acepta concebirla en esta acepción limitada, ya no parece una forma intermedia entre el delirio paranoide y paranoico: se sitúa en el final de la lógica evolutiva del delirio crónico. Semejante perspectiva conduce a diferenciar dos grandes clases de patologías en el interior del concepto de parafrenia de los clásicos.

LOS DELIRIOS CICATRICIALES

Nodet ya había tenido en 1938 la intuición de la existencia de una dicotomía semejante. En su Tesis propone, por una parte, distribuir ciertas parafrenias kraepelinianas entre las psicosis paranoides y las psicosis paranoicas, y por otra, para las demás, crear un grupo de delirios de estructura parafrénica

17. Ey, H. *Traité des hallucinations*, II. Paris: Masson, 1973. Pág. 834.

que serían delirios cicatriciales.¹⁸ Berze, en Alemania, ya había sostenido una tesis parecida, considerando a la parafrenia como una esquizofrenia postprocesal, es decir, que sobreviene después de la extinción del proceso activo de la esquizofrenia. La intuición que preside la creación del último grupo de Nodet participa de una orientación parecida a la nuestra. Según él, existirían tres parafrenias postprocesales, poseyendo cada una ellas un cuadro correspondiente activo; estos últimos serían la esquizofrenia, la manía y la melancolía. No cabe duda, en efecto, que un delirio parafrénico pueda suceder a cada una de esas tres patologías: las fases de la evolución del delirio crónico no constituyen un paso obligado en ellas; en cambio parece sorprendente que Nodet omita mencionar el deslizamiento desde la paranoia hacia la parafrenia, a pesar de que está clínicamente muy bien comprobado. Sin duda el presupuesto clásico que postula que esta última forma constituye un estado intermedio entre la esquizofrenia y la paranoia le condujo a desinteresarse en todo un sector de la clínica, ilustrado no sólo por Schreber sino también por numerosas observaciones que se detallan más adelante. Sea como fuere, Nodet aporta un dato precioso cuando comprueba que todo un campo de la parafrenia merece ser calificado de «cicatricial». Cuando la elaboración del delirio se eleva hasta P_3 , la terminación de su trabajo autoterapéutico se encuentra efectivamente alcanzado: Magnan y Sérioux observan que en dicha fase «las denuncias y las recriminaciones cesan», de manera que la imagen de la cicatriz no carece de cierta pertinencia.

Cuando los clínicos modernos se interrogan acerca de la incierta aceptación del concepto de parafrenia, hay un solo punto que les parece bien establecido: «nadie —subraya A. de Waelhens— lo emplea para calificar una psicosis de origen reciente». Todos parecen de acuerdo en el hecho de que este delirio, en su forma sistemática, implica un trabajo de elaboración más largo que cualquier otro. «Hablar de parafrenia —precisa Waelhens en 1972— es reconocer siempre, o afirmar que el enfermo a quien se aplica no es un psicótico de fecha reciente, aunque las circunstancias de la admisión no permitan, provisionalmente o no, tener la prueba biográfica de ello. Nuestra conclusión es que la antigüedad de una psicosis debe ser reconocible

18. Nodet, C.H. *Le groupe des psychoses hallucinatoires chroniques*. París: Doin, 1938. Págs. 151-153.

—lo cual es un hecho— y que ella tiene un papel en la definición de los rasgos específicos de la parafrenia. ¿Cómo y por qué? Obviemos detenernos en el concepto bien conocido —aparentemente— de *deterioro* que pesa, ordinariamente mucho, en la determinación de dicha antigüedad. Justamente los parafrénicos son, entre los psicóticos con antigüedad, aquellos cuyo deterioro es relativamente el más débil. De hecho, lo que orienta decisivamente el diagnóstico es, por una parte el aspecto poco vivaz del delirio, la relativa indiferencia del enfermo en relación a él, su enquistamiento más o menos total, pero también, por otra parte, su señalada coherencia, dirigiéndose incluso hacia la sistematización, la riqueza de elementos, y por último la *diplopía* que la acompaña: el enfermo se identifica plenamente con el personaje de su delirio, pero esa identificación no le impide para nada estar también *en otro lugar*, es decir, allí mismo donde nosotros lo vemos.¹⁹ Es evidente que en esta líneas Waelhens piensa particularmente en la parafrenia sistemática: el delirio sólo muestra «una notable coherencia, dirigiéndose incluso hacia la sistematización» en esta modalidad. Por añadidura, la observación de la señora Van R., que sirve para apoyar las líneas precedentes, se alinea incuestionablemente en esta patología. Restringida a la parafrenia sistemática, la observación que postula que la antigüedad de una psicosis tiene un papel en la definición de la parafrenia parece singularmente razonable. Por el contrario, y ese es un elemento de diagnóstico diferencial, el delirio de imaginación no implica necesariamente un prolongado trabajo de elaboración.

En la acepción restringida que hemos dado aquí, la parafrenia se ancla en un momento de la evolución del delirio crónico, con frecuencia observado, pero que permanece enigmático, calificado de «hecho fundamental» por Magnan y Sérieux, y que consiste en la «transformación de las ideas de persecución en ideas de grandeza».²⁰ Esta articulación participa de un fenómeno cicatricial que hasta la fecha fue poco estudiado. Schreber lo describe en los siguientes términos: «Cada vez más claramente la balanza de la victoria se inclina hacia mi lado —escribe en el final de sus *Memorias*— el

19. Waelhens, A. *De la psychose. Essai d'interpretation analytique et existentielle*. Lovaina: Nauwelaerts, 1972. Págs. 151-152.

20. Magnan, M.; Sérieux, P. «Délire chronique», *op. cit.*, pág. 26.

combate librado en contra de mi persona pierde cada vez más su carácter odioso; se vuelven cada vez más soportables, y mi condición física –por el hecho del recrudescimiento de la voluptuosidad de alma– y las condiciones exteriores de mi existencia. Y así, no creo equivocarme cuando me digo que finalmente me está reservada una palma de la victoria muy especial [...]. Si es verdad que el mantenimiento de la Creación entera sobre nuestra tierra depende únicamente de la relación singular en la que Dios está comprometido en relación a mí, el salario de la victoria por mi leal perseverancia en el difícil combate difícil que llevo, tanto para afirmar mi razón como para la purificación de Dios, sólo puede consistir en algo absolutamente fuera de lo común».²¹ Es evidente que se produjo una localización tranquilizadora del goce: los mensajes del Otro poco a poco dejan de ser percibidos como escandalosas intrusiones, el sujeto acepta hacerlos suyos aprovechando su progresiva transformación en consideraciones aduladoras que le están dirigidas.

La notable atenuación de los fenómenos alucinatorios que acompaña el desarrollo de las construcciones delirantes, confirma el carácter autoterapéutico de éstas. En este sentido, Henri Ey observa, que resulta singular comprobar en la evolución de la parafrenia que en lugar «de sobrevivir en forma de actitudes alucinatorias, como en la paranoia, o de evolucionar hacia la incoherencia verbal y la disociación, como en la demencia paranoide, la actividad alucinatoria pierde su forma a continuación, según la evolución ideológica y paralógica del delirio. La forma alucinatoria está sumergida por su contenido. El contenido estalla fuera del núcleo alucinatorio primitivo, se convierte en fabulación pura».²² La apariencia alucinatoria, precisa Nodet, está reducida a simples fórmulas verbales a las cuales se refiere el enfermo por las preguntas del interrogador, pero que ya no le interesan más. No queda más que el delirio, y la actitud justificadora de objetivación.²³ En lo esencial, Schreber confirma la descripción de Nodet: «cuanto más asciende en mí la voluptuosidad del alma –escribió en 1901– [...] más forzado estoy a estirar, y cada vez más, las voces en longitud, para alcanzar

21. Schreber, D.P. *Mémoires d'un névropathe*. París: Seuil, 1975. Págs. 237-238.

22. Ey, H. citado por Nodet, C.H., *op. cit.*, pág. 150.

23. Nodet, C.H. *Le groupe des...*, *op. cit.*, págs. 150-151.

a franquear con la ayuda de una pequeña cantidad de frases miserables que siguen disponibles, y que hago volver, siempre las mismas, las monstruosas distancias que separan de mi cuerpo los puntos de partida. El susurro de las voces actualmente puede compararse con la música que en el reloj de arena hace la arena al caer. Casi nunca consigo ya distinguir las palabras separadas unas de otras [...] desde hace algún tiempo, el alargamiento del sonido de las voces se intensificó todavía más, si eso fuese posible, de manera que el hablar de las voces ha degenerado, como ya lo he dicho, en sonido sibilante ininteligible».²⁴

Henri Ey, al retomar tardíamente el estudio de esta clínica, subrayó que en el mundo del delirio fantástico, las alucinaciones no se pueden discernir porque parecen cambiarse en fabulaciones. Describe con agudeza la desaparición progresiva de aquéllas a medida que se significantizan y se confunden con el delirio. «La alucinación —comprueba— estalla y se convierte en ficción pura. Aquí tocamos —precisa— el punto en que la estructura fundamental de esta manera delirante de estar en el mundo coincide con el propio movimiento de la metamorfosis de la alucinación en fabulación. De tal modo que en el cuadro clínico, es decir, en las palabras, en la masa de significantes que produce el delirante [sus metáforas, alegorías, historias, creaciones pictóricas o extrañas] el clínico tiene dificultades para descubrir la alucinación que busca. Y cuando intenta precisar por qué caminos sensoriales [¿Lo oye usted? ¿Cómo lo sabe? ¿Qué siente? ¿Lo ve con sus ojos? etc.] el delirante percibe el delirio, éste responde por el propio delirio, el cual, habiendo abolido la separación del Yo y de su mundo en el espacio de su delirio fantástico, suprime el sentido de la pregunta [...]. La «voz» que anunciaba el delirio, esa voz que había tronado como la trompeta del Juicio Final, como el signo en el que se concretaba en principio la producción imaginativa como para autenticar la objetividad, esa voz ahora cubierta por su difusión y repetida en sus infinitos ecos, incluso se confunde con lo que expresa y, dejando de ser significante o portadora de mensajes, se desvanece en el mundo que ha hecho aparecer...»²⁵ Se sabe que el dogma del organodinamismo postula una desorganización psíquica generadora de las alucinaciones, las

24. Schreber, D.P. *Mémoires d'un névropathe*, op. cit., págs. 249-250.

25. Ey, H. *Traité des hallucinations*, II, op. cit., págs. 842-843.

cuales estarían en el origen de los delirios, lo que incita a Henri Ey a acordar a aquéllas una importancia esencial, y a suponer siempre su presencia; ahora bien, en la parafrenia él mismo debe aceptar que se desvanecen en el interior del delirio. En síntesis, sin compartir la tesis órganodinámica, hay que coincidir con su fundador en que «el Delirio fantástico sólo lleva a su más extrema potencia lo que está en germen o en primer desarrollo en todos los delirios crónicos».²⁶ En la parafrenia, a medida que se despliegan las elaboraciones fantásticas se borra la alucinación: cuando el goce deslocalizado se fija a las construcciones significantes del delirio, las xenopatías verbales se «cicatrizan» al tiempo que el sujeto se apropia su contenido. Ése es el trabajo de curación del delirio que se encuentra elevado a su máxima potencia.

La observación siguiente también se revela característica de fenómenos «cicatriciales». Jeanne D... «maestra nacida en 1880, viuda desde 1917, presentó un primer episodio de delirio a la edad de treinta y un años. Ejerció su oficio llevando una existencia de pequeño burguesa tranquila y algo triste, en París, hasta 1924. A partir de ese momento –informa Henri Ey– se manifestó un enorme delirio alucinatorio [...]. Después de varios años se la estableció en la clínica de la facultad [...] donde fue «el objeto» privilegiado de todas las investigaciones y estudios [...] sobre la estructura del delirio, a medida que ella misma, sonriente, siempre maravillosamente atenta a todos los acontecimientos del servicio, siempre acogedora, sensible y simpática, desarrollaba uno de los más fantásticos delirios que se puedan imaginar. A partir de los cuarenta y cinco años de edad y hasta su muerte, vivió en una doble existencia, la de los acontecimientos reales y la de la «mesonirencia», es decir, en un mundo revelado a ella por la omnipotencia de los espíritus que la habitaban. Éstos en principio han cohabitado con ella de una manera esencialmente alucinatoria, luego han sido absorbidos por la ficción, cuando los agentes de su información, convertidos en inútiles, dieron lugar a lo imaginario cósmico de los acontecimientos prodigiosos de su megalomanía. Hasta el fin de su existencia ella siempre ha sido presentada a la realidad «ordinaria», pero únicamente ocupada –habiendo cesado de estar preocupada o inquieta– en la magia de una fabulación di-

26. *Ibid.*, pág. 842.

vertida y poética al mismo tiempo. Murió a los sesenta años de edad deslizándose suavemente en un más allá que ya era como la creación de una infinitud y de una eternidad de dulces fantasmagorías sin cesar renacientes y sin cesar renovadas, como la respiración de su ser consagrado a lo maravilloso». ²⁷ Esta ejemplar observación de parafrénia permite comprender claramente el proceso de contención del goce deslocalizado que se opera aprovechando la modificación de la posición de Jeanne: las alucinaciones, al principio preocupantes, subrayémoslo, se encuentran poco a poco «absorbidas» por la ficción y se vuelven «inútiles». Cuanto más acepta el sujeto convertirse en portavoz de sus «espíritus», más tienden éstos a callar. Deja de ser desgarrada por la malignidad de las palabras del Otro gozador, cuya propensión a la injuria se conocía. El parafrénico se reconcilia con éste: su megalomanía atestigua que participa del saber absoluto. La verosimilitud de éste importa poco a un sujeto ante todo preocupado por el mantenimiento de su identidad excepcional. ²⁸

La observación de Henri Sch... merece ser considerada con el objeto de subrayar la omisión operada por Nodet, concerniente a la posibilidad de comprobar el ejercicio del trabajo cicatricial del delirio parafrénico en relación con los trastornos paranoicos. Nacido en 1874, Henri Sch... era farmacéutico y diputado. «Carácter paranoico —escribió H. Ey [idealista apasionado]. El delirio se desarrolló progresivamente a partir de los cuarenta y tres años de edad. Muy preocupado por la microbiología, sus pretensiones científicas se volvieron cada vez más aberrantes. Se convirtió en curandero y fue condenado por ello. Muy exaltado por sus investigaciones, desarrolló en principio un delirio de reivindicación [no se reconocía su ciencia, descubrimiento, invenciones y dones]. A continuación vivió enclaustrado durante años, y en un estado de suciedad repugnante. Progresivamente, el delirio se transformó en delirio alucinatorio de inspiración y comunicación divina. Lo que durante quince años fuera la polarización de un sistema delirante de persecución se convirtió en delirio fantástico cósmico. Durante los años en

27. *Ibid.*, págs. 766-767.

28. En este sentido se impone la comparación con ciertas formas de transexualidad, en las cuales el sujeto consiente al goce del Otro hasta la castración real, con el fin de asegurar una nueva identidad.

que lo hemos podido observar –prosigue H. Ey– se mostraba de grandiosa solemnidad, habiendo adquirido la fisionomía de Dios Padre, la figura más majestuosa de la iconografía religiosa. Tenía cabello blanco, una ancha y sedosa barba blanca, un rostro luminoso y ojos azul celeste. Reinaba literalmente en su cama, en medio de sus innumerables folios donde amontonaba planos, esquemas, cálculos y profecías. Se había convertido verdaderamente en *Dios Todopoderoso*, que apenas se dignaba a echar una mirada sobre las miserables «criaturas médicas». Caía en éxtasis con frecuencia y así absorbía en la fuerza cósmica la inspiración profética cuyas divinas palabras a veces consentía prodigar. Reinaba verdaderamente sobre el mundo. Todos los acontecimientos giraban a su alrededor. Una mañana, después del bombardeo de una ciudad vecina, interrogado acerca de lo que oyerá, le indignó que este pobre médico tuviera la audacia de pretender haber oído explosiones que sólo él podía oír. Murió en esa omnipotencia fantástica, de caquexia, a la edad de sesenta y nueve años.»²⁹ Otra vez se observa que el trabajo del delirio llevado hasta su término permite a Henri Sch. consentir el goce identificado en el Otro, por la intermediación de las comunicaciones divinas, de manera que llega a estar en condiciones de interrumpir las denuncias del desorden del mundo. Su sentimiento de participar en el saber absoluto alimenta una megalomanía tan exaltada que nada podría contradecirla, a tal punto que ni siquiera tiene necesidad de tomarse el trabajo de argumentar sus aserciones, tal es la comprobación implícita en el calificativo «fantástico», cuando está aplicado a estos fenómenos.

Más allá de la descripción clásica del delirio crónico de evolución sistémica, el trabajo mental de Henri Sch., el de Schreber y el de Jean X.,³⁰ todos los datos clínicos confluyen para establecer que la transformación del delirio paranoico en delirio parafrénico constituye un hecho bien probado. El obstáculo para el reconocimiento de la importancia de esta comprobación clínica reside en las limitaciones del enfoque descriptivo que incita a la mayoría de los psiquiatras, a la manera de Claude o de Henri Ey, a hacer de la parafrénia una forma intermedia entre la esquizofrenia y la paranoia. Eso se verifica más o menos en lo que concierne a las parafrénias expansi-

29. Ey, H. *Traité des hallucinations*, II, op. cit., págs. 768-769.

30. Su observación se trata más adelante.

va, confabulante y fantástica; por el contrario, en lo que respecta a la parafrenia sistemática, la mayoría de las veces se observa que ésta sucede a la paranoia, reabsorbiéndola.

No puede sorprender que la estabilidad sea una de las características de esta última forma de parafrenia, puesto que constituye el acabamiento de un proceso curación. Aunque su aparición se revela en general bastante tardía, no es infrecuente que perdure muchos años, y suele suceder, como en el caso Henri Sch., que se mantenga hasta la muerte del sujeto. Así, en la siguiente observación, el delirio parafrénico parece haberse mantenido durante casi treinta años. «Nacida en 1901 —informa Henri Ey— amante y criada de un pequeño burgués que se casó con ella después de algunos años de concubinato, a la edad de treinta y cuatro años Madeleine presentó un delirio de persecución y de influencia con temas místicos y eróticos [experiencias delirantes oniroides con excitación psíquica]. Durante muchos años ese delirio correspondió a la descripción clásica francesa de la «psicosis alucinatoria crónica» con síndrome de automatismo mental muy rico [diálogos alucinatorios constantes, voces, transmisiones de pensamiento]. Pero hacia 1942 el delirio experimentó una verdadera metamorfosis fantástica, manifiesta en su conducta y en su atavío [ahora ya no soy la hipnotizada, yo soy quien hipnotiza]. Sus actitudes y lenguaje excéntricos revelaban la mutación megalomaniaca. Princesa del Sahara y emperatriz de Tenania, trataba con altanería y desdén a todo el personal de la clínica que debía estar a sus pies. El delirio de omnipotencia fálica y de hermafroditismo le confería una identidad múltiple [soy señora, señorita, señor y bebé. Tengo la edad de un hombre de cuarenta años. Soy un banco y en la dirección de un banco hay un hombre. Mis órganos son de dos caras, para la transformación automática en hombre y en mujer]. A esas fantasías de transformación sexual se agregaba la de lo maravilloso corporal [soy un feto que no ha nacido, un feto en una madre. Yo mi cuerpo de hombre está en mi madre. No he nacido completamente. Soy pedazos]. Se marchó una tarde de invierno, en 1958, cuando helaba con una temperatura de -20°C . Durante mucho tiempo resultó imposible encontrarla y se la creyó muerta. Luego supimos que había sido internada en un hospital psiquiátrico de la región parisina, algunos días después de su fuga. A partir de entonces el delirio fantástico no cesó pero tampoco se enriqueció. En cambio —escribió Henri Ey a principios de los años 1970— es capaz de una

adaptación bastante buena a la vida social del servicio donde todavía permanece internada».³¹

Recordemos la afirmación de Madeleine cuando supera su delirio de influencia: «ahora ya no soy la hipnotizada, yo soy quien hipnotiza». Sitúa muy bien la posición del parafrénico. Ya no hay más sentimiento de padecer el efecto de sugestión inherente al discurso del Otro. El paciente deja de situarse en oposición en relación a aquél, ya no se siente más entregado a su goce maligno: ha llegado a establecer una relación de connivencia. Participa del Otro que lo hace existir, y acepta recibir sus propios enunciados sin inversión. Convertido en portavoz de la Verdad, se afirma en condiciones de enunciar el goce al que consiente. Alcanzar así el mayor control de éste genera un sentimiento de omnipotencia fácilmente correlativo de la seguridad de poseer poderes excepcionales. El parafrénico no se inquieta más a causa del deseo del Otro: adhiere plenamente a las significaciones que le son transmitidas. Semejante consentimiento sin restricción caracteriza el pensar débil propio del enfermo mental. La debilidad debe entenderse aquí en su sentido etimológico: anclada en una carencia de la enunciación.

Es usual remitir el cuadro del delirio de filiación ora a la paranoia ora a la parafrenia, por esa razón el tema merece que nos detengamos en él durante algunas líneas en las cuales buscaremos precisar la diferencia entre esas dos organizaciones del delirio psicótico. La observación siguiente permite mostrar que el tema de la filiación puede elaborarse de tal manera que se superen las persecuciones paranoicas para alcanzar una beatitud propia de la parafrenia P₃. Soltero, hijo de un erudito geógrafo, Jean X. —escribió H. Ey— presentó en varias oportunidades, entre los veinticinco y los treinta años de edad, ataques de excitación delirante llamados por la escuela de Magnan [fue atendido antes de 1914 en Ingresos del hospital Sainte Anne] accesos delirantes de los degenerados [...]. Excitado y excitable, hipomaniaco, debió ser internado en numerosas oportunidades, sus relaciones sociales estaban profundamente trastornadas. Fue sobre ese fondo de perturbaciones cíclicas que se edificó en principio un delirio alucinatorio [con experiencias de persecución, alucinaciones auditivas, sensación de transformación corporal], luego, esencialmente interpretativo. El trabajo del de-

31. Ey, H. *Traité des hallucinations*, II, op. cit., pág. 771.

lirio constituyó el tipo propio de una sistematizaciónseudorazonante. La elaboración, rica y sólidamente construida de ese delirio de interpretación se desarrolló sobre un tema de filiación [era nieto de un príncipe de Bonaparte, bastardo de Persigny]. Esa alienación de su persona ocupó veinte o treinta años de su existencia en acumulación de pruebas y documentos, búsqueda de símbolos, demostraciones mediante signos «evidentes». Al final de su existencia [hacia los cincuenta y cinco o sesenta años], había alcanzado la certeza, por no decir una perfecta beatitud. Al fin lo había probado todo... como lo atestiguaba —decía— la flor de lis que tenía en la espalda y que «percibía», se puede decir, sin verla. Una interpretación «alucinatoria» por el carácter absoluto del sello sensorial que autentificaba ante todos la verdad que siempre había *sabido* percibir en todos los acontecimientos históricos, circunstancias cotidianas de su vida, en sus galimatías, sus archivos... como supiera percibir en todos los signos y todos los llamados que se le dirigían misteriosamente, o descifrar los secretos que ocultaba la verdad de la Historia común y de la propia historia de su persona. Murió a los sesenta y siete años de edad en la satisfacción de un triunfo total sobre sus enemigos, cuyas intrigas había desbaratado —nos decía— gracias a su lucidez y su extralucidez... Así, este hombre dotado de inteligencia, elocuente y encantador, pasó la mayor parte de su existencia componiendo una novela, pero una novela cuyas peripecias eran percibidas por él como los únicos acontecimientos de su vida enteramente falsificada hasta el punto que nada entraba en el campo de su percepción que no llevara el signo de una «realidad» oculta que él sacaba a la luz del día.³² He ahí un tema de filiación que confirma que el delirio paranoico puede perder su tono reivindicativo cuando el sujeto alcanza a elaborarlo hasta la megalomanía tranquilizadora de la parafrenia.

EL PERÍODO DE DEMENCIA

Sin embargo, según Magnan y Sérieux, el fenómeno bien conocido de la sustitución de los temas de persecución por los de grandeza no constituye

32. Ey, H. *Traité des hallucinations*, II, op. cit., págs. 764-765.

el término del delirio crónico. Dichos autores describen en éste un cuarto período caracterizado por el advenimiento de un estado demencial. Muchos han rechazado enseguida esas conclusiones; no obstante estaban fundadas, como toda su clínica, en observaciones precisas y no en especulaciones. Nos vemos conducidos a admitir, escribían, «que después del período de grandeza del delirio crónico se manifiesta un real decaimiento de la inteligencia, nueva fase de la enfermedad que puede denominarse con el nombre de demencia, esa expresión alude de manera general a los estados intelectuales en proceso de decadencia [...]. Poco a poco el nivel mental se reduce, la memoria se debilita, el recuerdo de los diversos períodos del delirio se borra, la actividad intelectual se limita a repetir ciertas fórmulas estereotipadas. A partir de entonces el delirante crónico se muestra indiferente a cuanto le rodea, a veces adopta actitudes especiales invariables, manteniéndose al margen, a veces inmóvil, otras hablando solo en voz baja, o haciendo de pronto ciertos gestos, siempre los mismos, en relación con concepciones que no cambian más. Si se le interroga, mira, en apariencia asombrado, no responde o en un lenguaje cargado de neologismos da una respuesta confusa difícilmente inteligible».³³ Si hubiesen conocido al presidente Schreber, Magnan y Sérieux habrían podido citar su observación en apoyo de su tesis. No cabe duda alguna, en efecto, que el delirio de Schreber, que abandonó el asilo en 1902, gracias al apaciguamiento aportado por la elaboración parafrénica, presentó una evolución que confirma el desarrollo en cuatro períodos del delirio crónico, hasta el déficit terminal. La muerte le sobrevino en 1911, en un estado de demencia esquizofrénica del cual no había salido desde su recaída de 1907.

Henry Ey sostiene una tesis parecida a la de esos dos ilustres colegas, cuando afirma que las tres grandes especies de delirio [paranoide, paranoico y parafrénico] en su desarrollo evolutivo poseen «una tendencia natural, por así decir, a caer en la esquizofrenia»,³⁴ pero agrega: «ese desarrollo no es inexorable y ni siquiera muy frecuente». Observa que en una perspectiva dinámica, «la enfermedad delirante [...] aparece al mismo tiempo como un proceso de destrucción y un proceso de restauración, que alternando y com-

33. Magnan; Sérieux. «Délire chronique», *op. cit.*, pág. 27.

34. Ey, H. *Traité des hallucinations*, II, *op. cit.*, pág. 847.

binándose, hace de esta alienación no una suerte de evolución siempre irreversible e incurable, sino una forma de existencia que tiende a constituir una solución, aunque sea delirante, a los problemas existenciales del delirante». Agrega que si se estudia el movimiento evolutivo del delirio en su conjunto, «en sus movimientos de restauración como en sus movimientos de agravación, surge con claridad que [...] las diversas especies de delirio representan las fases de la enfermedad delirante en su generalidad, y a partir de entonces se ve que el delirio sistematizado y el delirio fantástico representan cicatrizaciones o detenciones de la marcha del delirio hacia la esquizofrenia y su demencia vesánica».³⁵ De hecho, son los presupuestos de Henri Ey acerca de la somatogénesis de la enfermedad mental, los que le inducen a situar la demencia al final del delirio crónico. En este sentido zanja rápidamente en un debate en el cual la sola consideración de la clínica impide toda certeza. En su enfoque, la última palabra corresponde a la perturbación cerebral, supuesta generadora de la disgregación psíquica situada en el principio de la psicosis: si convoca a la esquizofrenia terminal es para atestiguarlo. A ello puede objetarse, y el propio autor lo ha comprobado, que esa evolución no es la más frecuente; por añadidura, cuando se produce, deben tenerse en cuenta numerosos factores: por una parte, las condiciones poco estimulantes en las cuales se encuentra internado durante años el delirante crónico; por otra, las consecuencias de la aparición de un proceso de senilidad, tomado en cuenta por Magnan y Sérieux³⁶, y hasta, por último, como fue el caso de Schreber, los efectos de un mal encuentro desestructurante. «La demencia —escribe a este propósito Lévy-Valensi— puede faltar [Falret] incluso después de una larga evolución [40 años, caso personal]. Con frecuencia no es más —agrega— que el hecho de la senilidad y de la vida de *confinamiento* en el manicomio.»³⁷ De hecho, se comprueba que la mayoría de los parafrénicos y de los paranoicos no desembocan en la esquizofrenia al final de su existencia cuando no están internados, cuando no dejan de ser estimulados para ejercer sus capacidades intelectuales. Por cuanto conocemos acerca de sus vidas, Brisset

35. *Ibidem*.

36. «A la decadencia intelectual debida a la evolución de la psicosis se agrega por otra parte la senilidad, al iniciarse el delirio crónico en la edad adulta, y tener una evolución de veinte, treinta y hasta cuarenta años.» (Magnan, M.; Sérieux, P. *Op. cit.*, pág. 27.)

37. Lévy-Valensi, J. *Précis de psychiatrie*, X. París: Baillière, 1948. Págs. 237-238.

y Berbiguier confirman el postulado, pero también Auguste Comte, Wilhelm Reich, Adolf Hitler o Jim Jones. Todo conduce a creer que cuando la internación senilizante no induce una erosión de las aptitudes mentales del sujeto, sus construcciones delirantes tienden a perdurar.

LA TERMINACIÓN DE LA AUTOTERAPIA

Si los paranoicos y los parafrénicos comparten una misma aptitud para identificar el goce del Otro, se distinguen en que los primeros se rebelan contra el Otro gozador, mientras que los segundos se acomodan a él. A partir de entonces, entre el enfoque descriptivo y el enfoque estructural, las acepciones de los términos tienden a repartirse de manera un tanto diferente, aunque permanezcan centradas en núcleos comunes, lo cual incita a conservarlos.

Observaciones que de buena gana se han presentado como típicas de la parafrenia, tales son los casos de Berbiguier o de Denise Cl.,³⁸ de acuerdo con el enfoque propuesto en este libro, apenas superan la evolución paranoica P₂. Uno y otra no dejan de pasar la mayor parte de sus existencias luchando contra torturadores invisibles. Para el primero, éstos son los duendes, para la segunda «el pequeño hombrecillo» y «la niñita», para un tercero³⁹ los «lemurianos» y los «atlantes», etcétera. Gracias a sus incesantes combates, el mundo podrá mantenerse en un precario equilibrio. Ellos deben empeñarse en proseguir día tras día la depuración del goce escandaloso; de ahí que resulte evidente que sus trabajos de reconstrucción de la realidad no están terminados. No obstante, la invisibilidad del perseguidor confiere a sus delirios un carácter fantástico y no incita al sujeto a fomentar actos de violencia en relación con sus semejantes. Las construcciones mentales se abren sobre el apaciguamiento parafrénico, pero no llegan hasta él, porque todavía permanecen excesivamente movilizadas en la defensa paranoica contra el Otro gozador.

Las características mayores del delirio parafrénico, la megalomanía, lo fantástico y la separación del mundo real, encuentran su causa en la lógica

38. Cf. Ey, H. «Extraits du journal d'une hallucinée». En: *Traité des hallucinations*, II, op. cit., págs. 1417-1431.

39. Se trata de Gilbert Bourdin, el «mesías cosmoplanetario», fundador de la religión aumista cuyo «Mandarom» fue instalado en Castellane (Haute Provence).

inconsciente del delirio. El sujeto sólo puede consentir el goce del Otro desconectando a éste de toda encarnación en un personaje real; por el contrario, es infrecuente que el paranoico lo consiga. El Otro gozador del parafrénico se separa de toda concreción en imagen para participar sólo en los nuevos significantes adecuados para restablecer el orden del mundo. En esta desconexión se origina la propensión a lo fantástico: el mundo de las imágenes ya no opone obstáculo alguno a la deriva de las construcciones delirantes. El parafrénico da pruebas de una depuración exitosa del goce escandaloso, erradicado tanto del cuerpo como de la realidad. En virtud de dicho fenómeno, el sujeto se revela en condiciones de adaptarse a aquélla llevando una existencia rutinaria de la cual se ha ausentado su deseo. Su vida social se encuentra trivializada al extremo, pero continúa orientándose convenientemente con la ayuda de referencias imaginarias. La exuberancia de las construcciones significantes prueba la enorme importancia concedida a las elaboraciones mentales. El goce que éstas identifican se ha emancipado de las endebles coacciones de la imagen. Todos los obstáculos para la exaltación de la megalomanía se han borrado.

En sus formas extremas, estos fenómenos hasta permiten al sujeto mantener a distancia los dolores corporales. La siguiente anécdota, aportada por Leuret en 1840, muestra con crudeza hasta qué punto el goce del parafrénico se encuentra enteramente cogido por su delirio. El alienista confiesa haber suministrado a un paciente duchas frías a diario, durante dos meses, «sin que haya querido ceder en punto alguno». Mientras estaba en el baño —precisa— se aplicó el cauterio actual a numerosos enfermos, y se le previno que si no cambiaba se le haría lo mismo a él. No cedió por miedo al cauterio. Se le aplicó una vez en la coronilla, y dos veces en la nuca, un hierro calentado al rojo; sufrió quemaduras, sin renunciar ni a una sola de sus ideas. El médico que lo trataba nunca pudo hacerle decir: *soy Dupré, no soy Napoleón*.⁴⁰ Parecía dispuesto a sufrirlo todo antes que a renunciar a su excepcional identidad.⁴¹

40. Leuret, F. *Du traitement moral de la folie*. París: Baillière, 1840. Pág. 426.

41. Cabe observar que Leuret llegó con posterioridad, por medio de un tratamiento moral más sutil, a obtener un cierta mejoría de este paciente, haciendo casi desaparecer un delirio de quince años de antigüedad. No obstante observa la subsistencia de un «gran fondo de vanidad» y comprueba una recaída en mayo de 1840, durante la redacción de su trabajo.

La realización en el presente del tema de la grandeza atestigua la extrema satisfacción obtenida consintiendo sin reservas al goce del Otro. El mundo del parafrénico es maravilloso porque sus construcciones delirantes lo colman. Para aprehender la locura, las imágenes populares han dado pruebas de una certera intuición durante largo tiempo, poniendo el acento en la megalomanía. Ésta se encuentra en el horizonte de la terminación de todo delirio crónico. Además, los megalómanos llaman enseguida la atención de los observadores despiertos: a principios del siglo XIX, en Bicêtre,⁴² Pinel ya observaba la presencia simultánea de cuatro Luis XVI, un Luis XIV y de numerosas divinidades.⁴³

Para quien encarna al Otro no barrado, o para quien se encuentra en comunicación directa con él, las verdades últimas se revelan al alcance del enfermo mental sin mayores dificultades. Basta que Brisset se detenga sobre no importa cual palabra de la lengua francesa para que tenga acceso a la lengua de los antepasados descomponiendo la precedente mediante un procedimiento semejante al juego de palabras. ¿Cuál es el origen del vocablo israelita? se le preguntó, intentando pillarlo desprevenido. Propóngame algo más difícil, —respondió— en sustancia, israelita, en la lengua de los dioses designaba evidentemente al pueblo elegido, puesto que la descomposición de la palabra da: *il sera élite* [cast.: será elegido, destacado, notable...]. En cuanto al verbo *barboter* [cast.: chapotear, moverse en el agua; farfullar; hablar confusamente; moverse con torpeza...], sin duda alguna significa «ôter la barbe» [cast.: «quitar la barba»], lo cual permite establecer que los antepasados se rasuraban en el agua, chapoteando; el origen de la palabra «*confidentiel*» [cast.: *confidencial*] es más difícil de adivinar, sin embargo el vocablo revela que los amantes se unen en el cielo, puesto que «*queue on fit dans ciel*» [cast.: en el cielo hicieron cola].⁴⁴ Por último, los cetáceos [fr.: *cétacés*] designan sin lugar a dudas a los mayores animales del mundo, tan es así que el creador decidió ¡Ya es suficiente! [*c'est assez*].⁴⁵

42. N. del T. Se refiere a un importante establecimiento hospitalario neuropsiquiátrico de París.

43. Pinel, P. *Traité médico-philosophique sur l'aliénation mentale*, 1ª edic., An IX. París. Pág. 23.

44. N. del T. Hay homofonía entre la palabra y la frase.

45. N. del T. Homofónico con cetáceos.

Aunque hayan sido más aceptables para sus contemporáneos, las construcciones de Auguste Comte también forman parte de un delirio parafrénico. En las postrimerías de su vida, los sentimientos de persecución de dicho delirio se apaciguaron cuando el sujeto se autoproclamó el «venerado Sumo Sacerdote de la religión positivista», considerándose desde entonces en condiciones de asumir el pontificado que le fuera «normalmente frustrado». ⁴⁶ En su calidad de mediador se sitúa no como Schreber, entre Dios y los hombres, sino entre estos últimos y el saber del Otro positivista. Con éste, Comte no duda que se encuentra en comunicación directa, sin esfuerzo, situación excepcional que justifica el yo grandioso.

Hay que subrayar por otra parte, como observan Kraepelin y Henri Ey, que un diagnóstico psiquiátrico riguroso debe concluir, en lo que concierne a Schreber, no en la paranoia sino en la parafrenia. ⁴⁷ En la terminación de su delirio, mediante la elevación de su feminización a la categoría de una «redención que concierne al universo», llega a consentir sin reservas el goce del Otro. En la lectura de su testimonio, podemos seguir paso a paso —afirma Lacan— como Schreber reconstruye su mundo, «en una actitud de progresivo consentimiento». ⁴⁸ «La hostilidad de Dios en contra mío —escribe el presidente en el final de sus *Memorias*— cada vez pierde más resolución y [...] el combate sostenido contra mí adquiere formas que cada vez más se prestan para la conciliación y anuncian quizá la completa comunidad de puntos de vista; los nervios divinos, en efecto, después de una breve pausa, recuperan en mi cuerpo aquello mismo a lo que debieran renunciar justamente debido al propio hecho de la atracción: la beatitud o voluptuosidad de alma; en otras palabras, estos nervios, por otra parte condenados a desaparecer, recuperan en mí un bienestar total [...]. El curso de las cosas aparece entonces como el grandioso triunfo del orden del universo, triunfo al cual, en modesta parte, creo haber contribuido». ⁴⁹ El carácter fantástico de semejantes

46. Kofman, S. *Aberrations, Le devenir-femme d'Auguste Comte*. París: Aubier-Flammarion, 1978. Págs. 5-297.

47. Lacan no lo ignoraba, porque en 1932 escribió: «Observamos que este caso [el del presidente Schreber] según la clasificación kraepeliniana debe ser incluido en las parafrénias.» [Lacan, J. *De la psychose paranoïaque dans ses rapports avec la personnalité*. París: Seuil, 1975. Pág. 261.]

48. Lacan, J. *Les psychoses*, op. cit., pág. 290.

49. Schreber, D.P. *Mémoires d'un névropathe*, op. cit., págs. 286-287.

construcciones intelectuales no pasa inadvertido a nadie. El goce del presidente se condensa tan bien en ellas que se sujeta a sus luces «que conciernen a lo sobrenatural» antes que a «todo el oro del mundo». ⁵⁰ Para él, como para Dupré, las satisfacciones que saca de las últimas formas de su delirio lo acaparan hasta tal punto que nada podría contrarrestarlas. Incluso su mujer, a quien Schreber no había dejado de amar, le oyó decir que tendría que separarse de él si objetaba o contradecía sus convicciones. ⁵¹ Se consideraba el único ser humano en contacto permanente con Dios, y ante eso, todo lo demás tenía poca importancia. Además, subraya muy claramente la escasa repercusión de los temas delirantes en su comportamiento social. En la *Exposición sobre los medios de apelación*, redactada para responder a las decisiones de un primer juicio que no autorizaba su salida del manicomio, cita un informe de peritaje, redactado por el doctor Weber, que concluye que su caso es de paranoia. «El elemento más importante en la apreciación de la capacidad civil del paciente —escribe el experto— sigue siendo el hecho de que todo aquello que para un observador objetivo se presenta como alucinación y delirio, es para él a] certeza inquebrantable y b] motivo plenamente justificado de actuar.» Tratándose de esta tesis —comenta Schreber— tanto suscribo con un *sí* perentorio la primera proposición que sostiene [sub a], como de la manera más categórica opongo un *no* definitivo a la segunda [sub b], según la cual mis ideas delirantes son para mí motivo plenamente justificado para actuar. *Mi reino no es de este mundo*, podría decir con Jesucristo. ⁵² El doctor Weber no disponía del concepto de parafrénia cuando redactó su informe, aquél aún no había sido formulado, por esa razón la «paranoia» de su paciente no le pareció original. Al liberarse de los temas de persecución, el presidente alcanzó una singular tranquilización, que le permitió, en particular, diferenciar muy bien «el alma examinada Flechsig», principal perseguidora inicial, del profesor del mismo nombre, de manera que no existía riesgo alguno de pasaje al acto en relación a este último.

El delirio parafrénico induce menos que cualquier otro una demanda terapéutica, y presenta la particularidad de desarrollarse con bastante faci-

50. *Ibíd.*, pág. 189.

51. *Ibíd.*, pág. 316.

52. *Ibíd.*, págs. 333-334.

dad fuera del manicomio. Y más aún: los estudios estadísticos concuerdan en considerarlo la modalidad más infrecuente de los delirios crónicos. Además, la acepción restringida que se le da en el enfoque introducido en este libro, apunta a un fenómeno todavía más excepcional. Todo ello contribuye a hacer de esta modalidad delirante una patología poco conocida y poco estudiada. No hay necesidad de datos cuantificados precisos para observar clínicamente que la tendencia que se aísla es clara: desde el delirio paranoide hasta el delirio parafrénico, pasando por la forma paranoica intermedia, la frecuencia se revela decreciente. Esta comprobación masiva sirve para apoyar la hipótesis que postula que el delirio paranoico atestigua un trabajo de elaboración intelectual que en la fase paranoide está sólo esbozado, mientras que en la fase parafrénica tiene su terminación, la cual sólo se alcanza aprovechando la construcción más acabada de que la psicosis sea capaz. En consecuencia, no es infrecuente ni notable, como lo comprobaba el doctor Weber, que un buen número de esos sujetos «que simplemente pasan por originales, cumplan con los deberes de su profesión, se ocupen ordenadamente de sus asuntos, e incluso que lleven a buen término actividades científicas, todo ello a pesar de un funcionamiento mental profundamente perturbado, y aunque estén bajo el imperio de un sistema delirante en ocasiones completamente absurdo [...]. No puede negarse —continuaba el experto— que muchos casos de esta especie «no llegan en general hasta el médico, y escapan completamente a su campo de acción; a veces sólo son conocidos por los más allegados, y los interesados llevan una existencia burguesa bien establecida, en lo esencial, sin alborotos».⁵³ Unos sesenta años después, otros autores confirman esas palabras cuando señalan que la mayoría de los parafrénicos están «fuera de los hospitales psiquiátricos, llevando una vida paralela, paralógica, parapsicológica». Concluyen su trabajo con el aforismo que postula: «las parafrasenias auténticas son probablemente parapsiquiátricas».⁵⁴ Lantéri-Laura, Khaiat y Hanon expresaron en fecha más reciente una opinión semejante: «Aunque el término pa-

53. Schreber, D.P. «Expertise du Dr Weber en date du 5 avril». En: *Mémoires d'un névropathe*. París: Seuil, 1975. Pág. 350.

54. Blanc, M.; Bourgeois, M.; Favarel-Garrigues, B.; Bargues J.-F. «A propos d'une paraphrène». *Annales médico-psychologiques*, núm. 2 (1967): 420.

rafrenización—escribieron en 1990— nos parece inarmónico y un tanto bárbaro, evocador de una desaparición de la discordancia en el diafragma, debemos recordar lo que designa, de lo cual Kraepelin fuera sin duda el precursor. De hecho, cierto número de delirios crónicos alucinatorios representan el desenlace de tipos clínicos que durante un tiempo más o menos prolongado aparecían como psicosis paranoides, pero habían evolucionado de una manera diferente a lo que podía preverse, hacia un estado bastante particular. Dicho estado muestra un cierto contraste entre una vida personal, social y profesional, trivial en todos sus aspectos cotidianos, y convicciones delirantes de gran importancia, señaladas mucho menos en experiencias vividas que resultan de un pasado caducado que en un relato exuberante ofrecido en la crónica. La palabra *parafrenia*, empleada sin adjetivo, epíteto ni complemento directo, puede emplearse con bastante precisión para designar tales fenómenos, donde el carácter fantástico de los temas no es siempre un requisito indispensable». ⁵⁵ Estas últimas observaciones confirman, si era necesario, que el fenómeno de parafrenización continúa observándose y si el progreso de las quimioterapias lo ha atenuado, no lo erradicó totalmente.

La lógica presente en el interior de la tentativa de curación desarrollada por el delirio crónico, evidentemente nada debe a las funciones cognitivas, puesto que sus elaboraciones más satisfactorias para el sujeto desembocan en lo fantástico y lo inverosímil. Por el contrario, todas las características del delirio parafrénico, reunidas de manera desordenada por el discurso psiquiátrico, se aclaran teniendo en cuenta una lógica centrada en la economía del goce, confrontada al problema de la deslocalización de éste, y resuelta por un consentimiento del goce del Otro, posterior a su identificación en el significante. La mayoría de los clínicos han observado la orientación del delirio paranoico, por una parte hacia una tendencia a moderarse, por otra, hacia una exaltación de la megalomanía, es decir, hacia los dos principales atributos del delirio parafrénico. Para la elaboración de este último casi siempre se revela necesario un largo trabajo, por eso puede comprenderse perfecta-

55. Lanteri-Laura, G.; Khaïat, E.; Hanon, G. «Délires chroniques de l'adulte en dehors de la paranoïa et de la schizophrénie». *Psychiatrie*, 37299 A10, 11-1990. *Encycl. Méd. Chir.* París: Editions techniques.

mente que sea «el patrimonio de la edad madura y a veces de la edad avanzada». ⁵⁶ La dificultad para llevarlo a término explica su infrecuencia. Además, posee una dimensión «cicatrizial» que para Nodet o Ey designa su aptitud para borrar progresivamente las alucinaciones que en general le han dado nacimiento. La aptitud recuperada para una cierta vida social, la satisfacción experimentada por el sujeto y el carácter particularmente inquebrantable de la certeza delirante atestiguan el extremo éxito de la defensa psicótica. Quizá ninguna otra se revele más incompatible con el establecimiento de una relación transferencial: se ha comprobado que las curas psicoanalíticas de esos sujetos son muy escasas, y hasta inexistentes. La tesis de Freud que postula que la libido del psicótico desinviste los objetos del mundo exterior para retirarse por entero en el yo, en esta patología se verifica mejor que en cualquier otra. A causa de la riqueza de sus construcciones defensivas, el parafrénico se convierte en el antianalizante por excelencia.

En relación a tales sujetos, cuando no se encuentran internados, los psiquiatras con experiencia preconizan casi siempre la abstinencia terapéutica. Sin duda advierten, a pesar del obstáculo instaurado por la teoría clásica, que un proceso autoterapéutico ha llegado a su terminación. ¿Aún puede ser posible movilizarlo? Algunos escasos clínicos lo han intentado. Éstos afirman que una cura del parafrénico puede comenzar aprovechando un proceso de paranoización. Sin embargo, en ese caso se choca contra un límite, puesto que la iniciativa terapéutica reposa por entero en la voluntad del terapeuta. Tal vez la psicoterapia del parafrénico sea posible ;pero es legítimo trastornar el largo y difícil trabajo autoterapéutico de un individuo que no demanda nada?

El precio a pagar para alcanzar esa estabilidad se revela muy alto, claro está: el sujeto ya no está más en *fading* bajo la cadena significativa, el proceso de su representación se realiza sin resto, está por entero atrapado en y por el Otro. El polo creador de la psicosis conduce a solidificaciones holofrásticas. Este fenómeno se verifica tanto en el paranoico como en el parafrénico. Sin embargo, el primero no deja de investir imágenes especulares constituidas como perseguidoras, al tiempo que el segundo de separa de estas últimas. Al no tener en cuenta lo bastante los elementos de la realidad, la preo-

56. Ey, H. *Traité des hallucinations*, II, op. cit., pág. 839.

cupación por la demostración reglamentada desaparece en el parafrénico. Éste llega a la terminación de la defensa delirante, constituida para remediar la deslocalización del goce, produciendo una construcción que constituye el más eficaz de los procesos de localización de aquél. El parafrénico supera la prueba de rigor paranoico para alcanzar una extrema significantización del goce generador de la exuberancia del delirio fantástico.

Y más aún, hay que subrayar que al final de la escala de los delirios, los sujetos, como observa Lacan, atestiguan una propensión a la producción literaria, en el sentido —precisa— en que «literaria quiere simplemente decir hojas de papel cubiertas con la escritura».⁵⁷ Sin duda evoca la calidad artística, casi siempre mediocre, de esos trabajos; pero también pone el acento en la dimensión objetual. Sabemos que más tarde insistirá en este aspecto, recordando el equívoco de Joyce: *a letter, a litter*. Ahora bien, no sólo los parafrénicos producen escritos en abundancia, sino que por añadidura, con frecuencia llegan a hacerse publicar. Proveen una gran parte de la legión de los locos literarios.⁵⁸ Todo indica, tal como hemos intentado establecer en otra oportunidad,⁵⁹ que sus producciones sirven en principio para depositar y significantizar el goce deslocalizado, y al mismo tiempo, además, llevan ese proceso de alivio hasta una tentativa de vaciamiento del goce a través de la «basurización» del mismo. Existen otros medios para experimentar ese alivio. En el período de expansión de su delirio, Schreber ofrece testimonio de uno entre todos ellos, cuando observa que la defecación y la micción le procuran un intenso bienestar debido a un estrechamiento de la conexión de su ser con el Otro divino.⁶⁰ Él siente —observa Lacan— «reunirse los elementos de su ser cuya dispersión en el infinito de su delirio constituye su sufrimiento».⁶¹ Cuando una intuición semejante, que concierne a la función estructurante de la pérdida de un objeto de goce, llega a formularse en el delirio, es en general porque el sujeto se considera en una situación de excepción. «Aquél que haya llegado

57. Lacan, J. *Les psychoses*, op. cit., pág. 89.

58. Blavier, A. *Les fous littéraires*. Henri Veyrier, 1982.

59. Maleval, J.C. «Función de lo escrito para el psicótico». *Cuadernos de Apertura*, núm. 12. Barcelona, 1977.

60. Schreber, D.P. *Mémoires d'un névropathe*, op. cit., págs. 187-188.

61. Lacan, J. «De una cuestión preliminar...», op. cit., pág. 267.

hasta una relación equivalente a la mía con los rayos divinos —comenta Schreber— podría sentirse habilitado a ca... [cagar] sobre el mundo entero.» Ahora bien, encarnar la excepción constituye una manera de atestiguar acerca de la función estructurante de una falta, puesto que ésta se soporta en un elemento que quita completud al Todo, garantizándolo como construible. Es exacto en tal sentido, que la excepción confirma la regla. A partir de entonces puede comprenderse que para quien encarna La mujer que falta en el universo del discurso, es posible creerse en condiciones de «excrementar» sobre el mundo o «basurizarlo»; y puede verse que el sujeto saca provecho de ese proceso de separación. La reconstrucción simbólica llega hasta la intuición de una estructura agujereada organizada por una pérdida real. Mientras el parafrénico pasa con más facilidad a través de sus objetos, todo parece indicar que el paranoico suele estar frecuentemente dispuesto a poner en juego su propio ser para satisfacer a éstos.

«La pasión por demostrar su unicidad a todos»,⁶² que Lacan descubrió muy pronto en el principio de la locura, encuentra su consumación en la instauración de una identidad excepcional. Ésta ocupa el lugar del Nombre del Padre. Su advenimiento atestigua una regulación del goce Otro, con frecuencia poniendo conjuntamente en juego procesos de significantización y de vaciamiento de aquél. El parafrénico es quien se iguala sin vacilaciones a la imagen ideal de excepción.

Este modo de apaciguamiento de la psicosis, por pacificante que resulte en cuanto a la angustia del sujeto, no deja por ello de comportar un renunciamiento primordial. El parafrénico renuncia a las exigencias del deseo. En la mayoría de los casos, de ello resulta una existencia amputada, de buena gana centrada en un goce solitario del delirio. Todos los otros modos de estabilización del sujeto psicótico no llevan consigo la exigencia de un renunciamiento tan exorbitante.

¿Pero está en poder del clínico incitar al sujeto a una elección más compatible con la ética del psicoanálisis?

62. Lacan, J. «Propos sur la causalité psychique». En: *Écrits*. París: Seuil, 1966. Pág. 176.